

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1872. — TOMO XL.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE y MÉLAN.

Administracion general y Redaccion : Passage Saulnier, número 4, en Paris.

AÑO 31. — N° 1,027.

SUMARIO.

Djemil-bajá; grabado. — Literatura sanscrita. — La Exposicion de Moscou; grabados. — La isla de Pascua; grabados. — Revista de Paris. — Poesia. — Los palomos viajeros; grabados. — Estudios históricos. — Emilia y Clara, novela original. — Cuadros de la naturaleza, por Bodmer; grabado. — Actualidades, por Bertall; grabados. — ¿Qué hará de ello? — Problemas de ajedrez; grabado. — La música de la guardia republicana en el Havre; grabado.

tratado de comercio entre la Turquía, el Austria y la Holanda. En 1862 era elevado á la dignidad de visir y muchir y acreditado como embajador en Paris y en Madrid. En 1865 asistia como plenipotenciario á la conferencia internacional telegráfica y regresaba á Constantinopla para tomar asiento en el gran consejo de Justicia y despues en el del Tesoro. Por último, en 1866 volvia por tercera vez de embajador á Paris, cargo que deja para entrar en el nuevo gabinete que preside el gran visir Midhat-bajá.

R. S.

Literatura sanscrita.

EL RAMAYANA.

(Continuacion. — Véase el número 1,026).

Además de los melanios ocupaban la India varias naciones *dravidianas*. Los dravidianos son una de las dos ramas en que se divide la raza *turanica*, de oscuro origen y no menos oscura filiacion, y que parece ser un tipo intermedio entre la amarilla y la blanca. De esta raza que desposeyó de sus dominios á los melanios, se conservan aun en la India restos numerosos: tales son los Tuluvas, los Malabares, los Tamuls ó Tamils, los Telingas, los Karnatas y los Singaleses (habitantes de Ceylan). La mayor parte de esas tribus han adoptado la civilizacion brahmánica; pero otras continúan en su barbarie primitiva, que no era menor que la de los negros, al decir de las tradiciones aryas.

Por último, una tercera raza se encontraba en la India en la época de la invasion arya, raza que sin duda hizo con los dravidianos lo que estos habian hecho con los melanios. Tal es la raza Kuschita de quien desciende la casta de los Sudras. A esta raza pertenecian, segun las sabias investigaciones de Lassen, los Sudras (no la casta así llamada, sino una nacion), los Nischadas, los Kchudrakas, los habitantes de Abhira (el Ofir de la Biblia), los Oritas y los Arbitas. Estos Kuschitas eran rama desgajada de la gran raza de Kusch, una de las varias en que se divide la raza llamada de Cam; es decir, que pertenecian á la raza blanca, aunque no fueran la mas pura de sus ramas. Los Kuschitas fueron los creadores del Sivaismo ó culto de Siva, incorporado á la religion brahmánica, cuando se verificó la célebre transaccion entre los sectarios de Brahma, de Vishnú y de Siva, que dió por resultado la adoption de la Trimurti.

Los invasores aryas no se establecieron en la India sin luchar encarnizadamente contra estas diversas tribus. Profesábanlas un odio mezclado de desprecio que á cada paso se revela en sus monumentos literarios. Los primeros pueblos Kuschitas, mezclados con elementos tibetanos que encontraron en su camino, fueron calificados con los epítetos denigrantes de *Dasyus* (enc-

Djemil-bajá.

Entre los personajes que se han formado en la escuela de Rechid-bajá, el iniciador de la reforma en Turquía, se debe contar en primer término á su hijo Esseid-Muhammed Djemil-bajá, que acaba de ser llamado al ministerio de Negocios extranjeros por el sultan Abdul-Aziz.

Djemil-bajá, que en tres ocasiones ha representado á su pais en Francia, ocupaba en el seno mismo de la alta sociedad parisiense uno de esos puestos que solo se conquistan por las prendas personales, por el talento, la distincion, por todo lo que constituye al perfecto caballero.

Analizaremos rápidamente las diferentes fases de la carrera de este eminente hombre de Estado.

Despues de haber empezado por el empleo de secretario en la embajada de su padre en Lóndres y en Paris, fué nombrado en Constantinopla miembro del Amedi y luego (1848) secretario del sultan Abdul-Medjid. En 1854 representaba á la Turquía en Paris y en Turin, y asistia en 1856 como segundo plenipotenciario al Congreso de Paris. En 1857 tomaba parte como plenipotenciario en la conferencia relativa á la cuestion del Danubio y á la demarcacion de las fronteras turcorusas.

De vuelta en Constantinopla, y nombrado miembro del gran consejo del Tanzimat, gran canceller del divan y encargado interinamente de la cartera de Negocios extranjeros, fué uno de los negociadores del



DJEMIL-BAJÁ, nuevo ministro de Negocios extranjeros en Turquía.

migos), *Mlechas* (bárbaros), *Anasas* (sin narices), *Vrischasipras* (narices de toro), *Kravyads* (devoradores de carne cruda), y *Asutripas* (antropófagos).

Nada tiene de extraño, en vista de esto, que al referir los autores del *Ramayana* la conquista de Lanka, negasen á los pueblos de raza distinta de la suya la cualidad de hombres y calificasen á los enemigos de Rama de demonios (Rakshasas), y á sus aliados Kuschitas ó Dravidianos de monos y de osos (1). El pragmatismo y el color oscuro de estos pueblos se prestaba perfectamente á esta calificación engendradora por el orgullo de raza. El odio y el desprecio que á estos pueblos profesaban los Aryas llegó fácilmente hasta el extremo de identificarlos con las divinidades infernales, con los malos genios; así vemos á los demonios (Asuras) calificados de Dasyus, á los Rakshasas (demonios vampiros) identificados con los dravidianos y los negros, y el nombre de Butas (Tibetanos) aplicado á los demonios nocturnos, compañeros de los Rakshasas. Mas tarde y una vez constituido de un modo estable el poderío de los Aryas y formado el sistema religioso, político y social del brahmanismo, los pueblos indígenas vencidos formaron las castas inferiores y degradadas ó fueron expulsados de toda casta, según el mayor ó menor grado de odio que se les profesaba.

Así los Kuschitas formaron la casta de los *Sudras*, nacidos del pié de Brahma, y sobre los cuales estaban los *Vaisyas*, compuestos de la masa general de los Aryas y nacidos de los muslos del mismo dios; las tribus Tibetanas, Dravidianas y Melanias, así como muchas de las Kuschitas formaron las castas degradadas, formadas, al decir de los brahmanes, por la mezcla de otras castas y colocadas en diferentes grados de envilecimiento; tales fueron las castas de los Nischadas, Maghadas, Ambaschthas, Sutas, Ugras, Djhallas, Mallas, Nitchivis, Vaidehas, Svapakas, Tchandalas, Natas, Karanas y Khasas, hasta llegar á los Parias, los mas degradados de todos, formados por una tribu negra. Una de estas castas degradadas, los Tchandalas, ha dado origen á los gitanos.

Fácil es, despues de estas prolijas, pero necesarias indicaciones, descifrar el sentido del *Ramayana*. Esta gran epopeya no es otra cosa que la forma simbólica dada por la fantasía popular al gran hecho del establecimiento de los Aryas en la India y de su victoria sobre los pueblos indígenas. Rama es la personificación de la raza Arya, como Ravana y sus Rakshasas lo son de aquellas primitivas poblaciones; los osos y monos que se alian con Rama para vencer á Ravana son probablemente las poblaciones Kuschitas que antes de la invasión Arya sujetaron y vencieron á los Dravidianos y Melanios (2).

En nuestra opinion la identificación de los vasallos de Sugriva con los Kuschitas es tan probable, como segura es la de los Rakshasas con las tribus Dravidianas y Melanias que poblaban la India antes de la invasión Kuschita y que formaban la población de Lanka, capital de los Rakshasas, según el poema. Lanka (Ceylan) estaba habitada, con efecto, por los Singaleses y Tamules, tribus de origen draviniano mezcladas con otras melanias anteriores, á quienes sujetaron. Las mismas tradiciones de Ceylan designan á estos habitantes con los nombres de Rakshasas ó Yaschkas y los pintan como feroces gigantes (3), notas todas que convienen con la descripción que de los súbditos de Ravana hace el *Ramayana*. Es pues evidente que el *Ramayana* simboliza la lucha de los Aryas y Kuschitas contra los Dravidianos y Melanios, disfrazada en la forma alegórica del combate de Vishnú encarnado en Rama con Ravana, príncipe de los demonios.

Resumiendo nuestras opiniones acerca del sentido verdadero del *Ramayana*, diremos con Lenormant que es un lejano recuerdo de las expediciones colonizadoras de los Aryas en la península meridional, mezclado con leyendas relativas á la extensión de la raza Kuschita en la dirección del Malabar. Ningun vestigio se halla en la historia de la India de la expedición de Rama contra la isla de Lanka, isla que hasta el siglo VI (a. d. C.) no fué colonizada por los Aryas; mucho menos de una confederación Aryo-Kuschita, cual la que se refiere en el poema. El recuerdo de la conquista Kuschita confundido con el de la conquista Arya, ambas personificadas en un mismo hecho legendario (la conquista de Lanka); tal es el fondo del poema. Los Aryas personificados en Rama, los Kuschitas representados en Sugriva y sus monos, por las razones anteriormente indicadas, los Dravidianos y los Melanios figurados en los Rakshasas; tales son sus personajes. Confundidos en el poema lo religioso y lo heroico, la lucha entre los Aryo-Kuschitas y los Melanio-Dravidianos tomó fácilmente las proporciones de

una guerra de dioses y Rama, personificación de los Aryas, fué Vishnú encarnado para combatir con el demonio Ravana, titán enemigo de los dioses y de los hombres, uno de los mas importantes caudillos de los Asuras (demonios) que fueron vencidos por Indra (1), cuyos terribles rayos han dejado en su cuerpo cicatrices indelebiles, como las que en el suyo ostenta el Satanás cristiano. De esta manera confunde y revuelve el orgullo nacional de los Aryas lo humano y lo divino, identificando su lucha con los habitantes de la India, con la eterna lucha entre los dioses y los demonios, de la cual es un episodio el combate de Rama con Ravana; y no es por cierto una de las menores dificultades que ofrece la interpretación del poema esta constante confusión entre los hechos humanos y divinos, tan propia de toda literatura panteista.

Inútil juzgamos hacernos cargo de las ligerezas imperdonables en que Barthelemy Saint-Hilaire y Lenormant incurren al ocuparse del *Ramayana*. Calificar de cuento de hadas á una gran epopeya, porque el hecho que canta no se halla explícitamente consignado en la historia y porque su oscuro simbolismo personifica los pueblos en demonios y animales, es dar muestras de escasisimo criterio literario. Para crear una epopeya no se necesitan hechos ciertos en todos sus detalles; basta un vago recuerdo de un hecho general y grandioso. Si por ventura la guerra de Troya fuera una fábula (y al menos en su forma épica lo es), nada perdería por ello la *Iliada*, ni por eso dejaría de expresar un grande y verdadero hecho: la lucha entre el Asia Menor y la Grecia, esto es, entre Oriente y Occidente. Si es cierto que Lanka no fué gobernada por Ravana, ni conquistada por Rama y Sugriva, lo es el grande hecho que bajo esta leyenda se encubre: la lucha entre los Aryas y las poblaciones de raza inferior, como lo es la guerra entre los Dravidianos y Kuschitas, envuelta con el anterior hecho y representada en Sugriva y sus monos. Si todo poema, cuyo fondo no sea un hecho rigurosamente histórico, ha de merecer la censura ó el desprecio de la critica, pocos serán los que se salven; juzgar así es aplicar al ancho campo del arte y de la poesía el criterio estrecho del erudito: preferir las epopeyas en razon de su verdad histórica conduciría á menospreciar el *Ramayana*, la *Iliada*, la *Odisea* y el *Orlando furioso*, y rendir en cambio religioso culto á la *Henriada*, la *Araucana*, la *Austriada* ó el *Carlo famoso*.

Con respecto á las censuras que al *Ramayana* se dirigen por contar entre sus personajes á los monos y á los osos, mostrada queda su injusticia, como la ignorancia de los que la formulan. Ningun critico serio toma al pié de la letra semejantes simbolos, cuya explicación dejamos expuesta; y es ciertamente extraño que Barthelemy Saint-Hilaire haga de los tales monos capítulo de acusación y de critica, como no lo es menos, aunque en otro sentido muy diverso, que Michelet (2) se entusiasme al llegar á este episodio del poema y encuentre en él un caudal de doctrinas emancipadoras y humanitarias que conducen nada menos que á la igualdad del animal y del hombre, á la fraternidad con los orangutanes y á otras sublimidades democrático-zoológicas que prueban á la vez las buenas intenciones y la caridad inmensa del escritor francés y su absoluta ignorancia en este género de estudios.

Determinado de esta suerte el asunto del *Ramayana* y sin perder de vista su doble carácter religioso-nacional ó mitológico-heroico, como tampoco su forma constantemente simbólica, expondremos con algun detenimiento su contenido, como base indispensable para el estudio que de él hemos de hacer.

III.

Comienza el *Ramayana* con un brillante y grandioso proemio en que el poeta se prepara para la grande empresa de componer su obra. Retirado Valmiki en su ermita solitaria, situada en el fondo de los bosques, dispónese, mediante purificadoras abluciones en las aguas del Tomosa, á recibir la inspiración divina. Cuando ya purificado ha llegado á un estado de santidad perfecta, Brahma en persona desciende del cielo y penetra en su cabaña bajo una forma humana. Reconocido por Valmiki, este lava sus piés divinos y le ofrece un escaño de sándalo; entonces el dios le ordena que cante las hazañas de Rama en estos términos: «Acaba el divino poema de Rama. Mientras los montes descansan en sus bases y los rios sigan su curso, el *Ramayana* será repetido por la boca de los hombres, y mientras el *Ramayana* dure, mis infinitos mundos te servirán de asilo.» De esta suerte se muestra desde el principio el carácter religioso del poema,

(1) Esta lucha de Indra contra los Asuras y contra la serpiente Ahi ofrece semejanzas sorprendentes con la lucha de Ormuzd y Ahriman, la de Apolo con la serpiente Python, la rebelión de los titanes, la caída de Luzbel, y tantas otras formas simbólicas del dualismo que existe en el fondo de todas las religiones. La ciencia muestra hoy que todas esas narraciones son formas mas ó menos alteradas de la leyenda arya.

(2) Véase su *Bible de l'humanité*, libro en que lo vacío é insustancial del fondo compete con lo sonoro y pretencioso del titulo; achaque muy frecuente en las obras francesas.

carácter confirmado con estas promesas de bienaventuranza hechas al que lo lea: «El que lea la relación de las acciones de Rama, quedará libre de todos sus pecados y de toda desgracia en la persona de su hijo y de su nieto. ¡Feliz el que oyendo el *Ramayana* lo haya entendido hasta el final! ¡Feliz el que solamente ha leído la mitad! Este poema da sabiduría al sacerdote, nueva nobleza al noble, riqueza al comerciante, y si por acaso un esclavo lo escucha, este esclavo queda ennoblecido.» Recibida por el poeta la inspiración del cielo, retirase á meditar bajo la sombra de un árbol secular: allí se desarrolla ante su vista el plan de la obra; allí se dispone á comenzarla. Una vez concluida, encarga á sus discípulos que la divulguen entre los sabios, los sacerdotes y los reyes; indicación preciosa que confirma la opinion ya expuesta de que el *Ramayana* es debido á una escuela de populares rapsodas que cantaban públicamente sus fragmentos (1). Despues de esta introducción majestuosa, comienza el primer libro de los seis en que se divide el poema.

Ravana, monarca de los Rakshasas y de los Yatavas, hermano menor de Kuvera, dios de las riquezas (el Pluto de los indios) y rey de Lanka, tenia declarada mortal guerra á los hombres, y sobre todo á los Brahmanes, acaso en venganza de la derrota que sufrió cuando en union con los demás Asuras (demonios) libró formidable batalla á los dioses, batalla en que fué vencido por Indra y por Vishnú. Terrible pintura hace el *Ramayana* del espantoso demonio, pintura que no cede en belleza á la que el Dante traza del Satanás cristiano. «Sentado entre sus consejeros, delante de su carro, como el hijo de Vasu entre los Maruttas (los vientos) hallábase Ravana, azote del mundo, sobre un trono de oro, elevado por encima de todos, brillante como el mismo sol, y semejante al fuego divino cuando se le deposita sobre el altar. Rodeado estaba de su corte admirable; tenia diez caras, veinte brazos, ojos de color de cobre, vasto pecho; adornábanle los signos naturales en que se reconoce á un rey. Eran sus adornos de oro purísimo, largos sus brazos, blancos sus dientes, grande su rostro, abierta siempre su boca, como la de la muerte; tal era aquel héroe semejante á una montaña, igual á las lluviosas nubes, invencible en los combates, jamás vencido por los magnánimos Rishis, por los Yakshas, por los Davanas, ni por los mismos dioses. Surcado por las heridas que le causó el rayo en las guerras de los Asuras contra los dioses, su cuerpo mostraba las numerosas cicatrices de las llagas que Airavata (el elefante de Indra) le hizo con la punta de sus colmillos, y las múltiples señales que le dejó el disco acerado de Indra al caer sobre él en sus combates con los inmortales.»

Decididos los dioses á librar al género humano de tan formidable enemigo, resuelven que uno de ellos se encarne en forma humana, pelee contra él y lo venza, y prestándose á ello el dios Vishnú, segunda persona de la Trimurti, poder conservador siempre dispuesto á salvar y redimir á los hombres, la encarnación se verifica inmediatamente, tomando cuerpo el dios en un individuo de la casta de los Radjas ó Kchatriyas (guerreros).

Reinaban en la India desde tiempo muy remoto dos grandes é ilustres dinastías: la dinastía Solar (*Suryavansa*) que dominaba á los Tritsus ó Kosalas, y tenia su capital en Ayodhya (Oudda), y la dinastía Lunar (*Tchandravansa* ó *Ailavansa*) que gobernaba á los Bharatas y tenia establecida su corte en Hastinapura. La dinastía solar de Ayodhya se llamaba así porque pretendía descender directamente del primer hombre, Manú, hijo de Vivasvat (el sol). El sexagésimo primer monarca de esta dinastía, según el Vishnú-Purana, vigésimo primero según el *Ramayana*, se llamaba Dasaratha y habia llegado á una edad avanzada sin tener sucesión.

Ayodhya era una ciudad populosa y próspera, semejante por su grandeza á las antiguas ciudades del Oriente: Nínive, Babilonia, etc. Veanse los términos en que el poeta la describe, términos que aun descartados de toda exageración, revelan un estado asombroso de civilización comparable solo al de las grandes monarquías orientales.

«Feliz y hermosa ciudad, de tres yodjanas de anchura (15 millas inglesas) extendía Ayodhya en una longitud de doce yodjanas (60 millas) su resplandeciente recinto de nuevas construcciones. Provista de puertas bien distribuidas, la atravesaban anchas y largas calles entre las que brillaba la calle Real, donde un continuo riego quitaba el polvo. Numerosos mercaderes frecuentaban sus bazares, y multitud de joyas adornaban sus tiendas. Ayodhya era inexpugnable (2); grandes casas ocupaban su suelo, embellecido por parterres y jardines públicos; fosos profundos imposibles de saltar la rodeaban; sus arsenales estaban llenos de variadas armas; arcos adornados coronaban sus puertas, y en ellos velaban continuamente los arqueros. Resguardada bajo las banderas que flotaban en los arcos esculpidos de sus puertas; dotada de todas las ventajas que la procuraba una variada multitud de artes y oficios; llena de carros, caballos y elefantes; provista de todo género de armas, mazas, máquinas guerreras y *satagnis*, (3) — Ayodhya era bulliciosa y agitada por la continua circulación de los mercaderes, mensajeros y viajeros que se agolpaban en sus calles,

(1) Quinet, *le Génie des religions*, libro III, cap. III.

(2) *Ayodhya* significa inexpugnable en sanscrito.

(3) Se cree que eran armas de fuego como las nuestras.

(1) De Rakshasas y Yaschkas han calificado siempre los Aryas indios á las poblaciones de otra raza que han suplantado ó subyugado. — (LENORMANT.)

(2) Las relaciones entre los Aryas y los Kuschitas no fueron tan tirantes como las que aquellos tuvieron con otros pueblos. Aparte de que la mayoría de los Kuschitas formó la casta de los Sudras, muy superior á todas las degradadas, las tradiciones refieren hechos que confirman esta opinion. Así la leyenda presenta á Rama de vuelta de su expedición fundando un reino en Kosala y colocando en él á su hijo Kusa, á quien se debe la construcción de la ciudad de Kusasthali (la morada de los Kuschitas), que fué mas tarde un gran centro comercial.

(3) Lenormant, *Histoire ancienne de l'Orient*, tomo III, libro VIII, capítulo VII.

cerradas por sólidas puertas, y en sus bien distribuidos mercados. Por su recinto circulaban sin cesar millares de hombres y mujeres; adornada con brillantes fuentes, jardines públicos, salas para las Asambleas y grandes edificios perfectamente distribuidos, parecía además, por los numerosos altares que consagraba á todos los dioses, que en ella paraban los carros animados de los inmortales.»

Después de esta magnífica descripción refiere el poeta que deseoso el rey Dasaratha de tener sucesión, resolvió ofrecer á los dioses el solemne sacrificio del caballo (*asvamedha*), encargando su dirección al brahman Vasistha, el primero de sus directores espirituales. El sacrificio se verificó en efecto con extraordinaria pompa, con presencia de todos los reyes feudatarios de Dasaratha, de los Brahmanes y del pueblo entero. Pero en el momento de ofrecer el sacrificio, sale del fuego sagrado un ser sobrenatural, mensajero de los dioses, que presentando al rey un vaso que contiene un licor misterioso, le ordena que le dé á sus esposas para que beban el sagrado néctar; seguras de que obtendrían la sucesión que desean: dichas estas palabras, desaparece el celestial mensajero.

Lleno de alegría Dasaratha, penetra en su harem con la misteriosa bebida, y dividiéndola en cuatro partes la reparte entre sus mujeres en la siguiente forma: da á Kosalya dos partes y reparte las otras dos entre Kekeryi y Sumitra, quedando las tres mujeres fecundadas en el acto.

El néctar misterioso traído del cielo no era otra cosa, como fácilmente se comprende, que la esencia divina de Vishnú. Encárnase, por tanto, este dios en las entrañas de las tres reinas; mas como quiera que la porción de néctar bebida por cada una es diferente, diferentes son también los frutos de la concepción maravillosa, aunque todos sean encarnación de la divinidad. El hijo de Kosalya, la que bebió dos partes del licor, es Rama, el héroe del poema, el vencedor futuro de Ravana; el hijo de Kekeryi, la que solo bebió una parte, es un príncipe ilustre, Baratha, inferior sin embargo á Rama; en cuanto á Sumitra, como quiera que bebió la parte restante del néctar dividido en dos diversas porciones, da á luz dos gemelos: Lakshmana y Satrugna. Estos cuatro hermanos forman dos parejas estrechamente unidas: Lakshmana es el Pilates de Rama; Satrugna es el Piritoo de Bharata. Ninguno de ellos tiene conciencia de su naturaleza divina, ni aun el mismo Rama, á quien sus virtudes, valor y belleza hacen dar el nombre que lleva: Rama, en efecto, significa *el hombre que agrada, el hombre que se hace amar*.

Cuando Rama se halla en edad de cumplir los altos destinos á que está reservado por el cielo, el gran solitario Visvamitra, personaje importantísimo en las leyendas indias, acude á Dasaratha pidiéndole que se le entregue para que le libre de los Rakshasas que constantemente interrumpían los sacrificios. Accede á ello el rey, y Rama, acompañado de Lakshmana, se pone en marcha á las órdenes de Visvamitra.

Llegados al río Sarayu, el santo Visvamitra purifica á Rama por una especie de bautismo, que le confiere sobrenaturales poderes, después de lo cual continúan su camino.

El poeta aprovecha esta larga peregrinación para referir multitud de leyendas teológicas que son otros tantos episodios del poema. La importancia de estas narraciones nos impulsa á dar cuenta de ellas y tratar de interpretarlas con la posible exactitud.

Una de estas leyendas se relata con ocasión de llegar los viajeros á un bosque que lleva el extraño nombre de *la ermita perfecta ó ermita del enano magnánimo*, nombre que se refiere á una de las más notables encarnaciones de Vishnú (1). Esta encarnación se verificó en las siguientes circunstancias: habiendo el gigante infernal Bali destronado á Indra, este acudió á Vishnú en demanda de socorro. Vishnú se presentó á Bali en la figura de un enano llamado Vamana y le pidió toda la extensión de terreno que pudiera abarcar con tres pasos. Accedió Bali, y entonces, transformándose Vishnú en titán inmenso, de un paso abarcó la tierra, de otro el cielo austral y de otro el espacio atmosférico, dejando á Bali únicamente los infiernos. Al decir de los críticos, esta leyenda simboliza el triunfo de la religión brahmánica, representada en Vishnú, sobre la religión de los indígenas de la India, representada en Vali, que no es otro que Siva, antiguo dios kuschita, incorporado más tarde en la Trimurti, como anteriormente dejamos dicho.

Después de este episodio comienza Visvamitra los preparativos del sacrificio, quedando Rama y Lakshmana encargados de velar por su seguridad y vencer

á los Rakshasas que le persiguen. No tardan estos en presentarse á las órdenes de Maritcha y Subahu; pero bien pronto son vencidos y muertos por los jóvenes guerreros.

Verificada esta hazaña, Visvamitra manifiesta á Rama su designio de conducirlo á la corte de Djanakra, rey de Mithila, donde había de celebrarse un sacrificio. Djanakra poseía un arco famoso que le fué dado por Indra; arco tan maravilloso, que nadie, ni aun los mismos dioses, era capaz de tenderle (1). Visvamitra deseaba que Rama viera este arco notable.

Pónense en marcha hacia el reino de Mithila, continuando Visvamitra sus entretenidas narraciones de sucesos mitológicos. Entre ellas merece citarse la siguiente:

Había un poderoso monarca llamado Kusa, que tenía cuatro hijos: Kusasva, Kusanabha, Amurtaradja y Vasú. Estos príncipes fundaron cuatro ciudades en que establecieron sus reinos: Kusasva fundó á Kosasvi; Kusanabha á Madohaya; Amurtaradja á Pragdjyotisha y Vusu á Girivradja.

Uno de estos reyes, Kusanabha, tuvo de la ninfa Ghrithachya cien hijas gemelas resplandecientes de hermosura. Hallábanse un día en un jardín estas doncellas, cuando el Viento se presentó ante ellas y las requirió de amores, á lo que contestaron negativamente. Furioso el Viento, las quebró á todas por mitad del cuerpo y las dejó horriblemente corcovadas. En memoria de este suceso, la ciudad de Mahodaya cambió su nombre por el de Kanyakubja, es decir, *ciudad de las jóvenes jorobadas*.

Después de este suceso, el rey de Kampilya, Brahmadata, hijo del anacoreta Hali y de la ninfa celeste Saumada, pidió en matrimonio á las cien doncellas, que recobraron su perdida belleza en el momento mismo de tocar la mano de su futuro esposo.

Entre tanto Kusanabha celebró un sacrificio para tener un hijo varón, gracia que le fué concedida por el cielo. Este hijo, llamado Gadhi, fué padre del mismo Visvamitra que refiere la historia, y de Satyavati, mujer hermosísima que casó con Ritichika, y fué después de su muerte convertida en río. Nuestros lectores comprenderán fácilmente que es casi imposible descubrir el fundamento histórico ó el sentido filosófico que pueda tener esta extraña leyenda, á no ser que en ella se busque una tradición lejana de la fundación de algunos reinos importantes (entre ellos el de Magadha) por los Kuschatas.

Cuando los viajeros llegan á la orilla del Ganges, Rama pregunta á su venerable guía el origen é historia del célebre río. Visvamitra la refiere, y su narración constituye uno de los más bellos episodios del poema, uno de los trozos más admirables de poesía que se hallan en él. La fábula del origen del Ganges es por demás complicada y oscura; trataremos, no obstante, de dar una idea aproximada de ella, advirtiéndole que para entender lo que vamos á decir, no ha de olvidarse que el nombre del río Ganges es femenino en sanscrito (*Ganga*).

El Himalaya, refiere Visvamitra, casó con Mena, hija del monte Merú, y tuvo de su matrimonio dos hijas: Ganga (el Ganges), que es la mayor, y Uma (2). De estas dos hijas, una contrajo matrimonio con el dios Siva; en cuanto á Ganga, es la esposa de todos los dioses.

Pregunta Rama al oír esto, por qué razón, siendo Ganga esposa de los dioses, desciende á la tierra y repartida en tres cauces baña y purifica los tres mundos, á lo que Visvamitra responde, ampliando su narración anterior con los siguientes detalles.

Sagara, rey de Ayodhya, no tenía hijos, y deseoso de tenerlos, proyectó consagrarse á la penitencia en compañía de sus dos esposas, Kesini, hija del rey de los Vidarbhas, y Sumati, hija de Arishthanemi y hermana de Garuda, el pájaro de Vishnú, muy semejante al águila de Júpiter. Después de mil años de mortificaciones ascéticas, Brighú, uno de los diez *Maharchis* ó grandes *Rischis*, (3) le promete que una de sus esposas tendrá un hijo, y la otra nada menos que 60,000. Preguntando entonces las dos mujeres cuál de ellas será madre de un hijo y cuál de 60,000, Brighú le deja á su elección, en la inteligencia de que el hijo único dejará descendencia, pero los otros no la dejarán; Kesini entonces elige tener un hijo y Sumati opta por los 60,000, todo lo cual les es inmediatamente concedido. El hijo de Kesini se llamó Asamandjas; en cuanto á Sumati, dió á luz una gran calabaza que se rompió, saliendo de ella los 60,000 hijos, todos iguales en vigor y valentía.

(Se continuará.)

(1) Esta historia del arco de Djanakra ofrece notables semejanzas con la del arco de Ulises de que habla la Odisea.

(2) Este símbolo es bien transparente. Ganga es hija del Himalaya; es decir, el río Ganga tiene su origen en las montañas del Himalaya, y así es en efecto. La personificación del río en una ninfa es análoga á la de los ríos en dioses, tan frecuente en la mitología griega.

(3) Estos *Maharchis*, *Pradjapatis*, (señores de las criaturas) ó *Brahmadikas* (emanados de Brahma) son hijos del Manú primordial ó Manú-*Svayambhuva* uno de los siete Manús (*demiurgos*, ángeles, genios organizadores y directores del mundo), que presiden las edades del mundo y engendran las diversas humanidades. Este Manú primordial es en realidad el Adam primitivo, como los *Maharchis* son los primeros patriarcas.

La Exposición de Moscu.

Moscu 29 de julio (9 de agosto).

La Exposición de Moscu no ha tomado el título de universal, contentándose con el de *politécnica* (*Polytechnisches kaia vystavka*), lo cual quiere decir que no ha admitido sino á lo relativo á las artes industriales, y que las bellas artes propiamente dichas, han quedado severamente excluidas. No obstante esta rigurosa clasificación, la Exposición no carece ciertamente de un verdadero interés artístico.

Encuétrase al pié del Kremlin y á lo largo de una parte de los muelles del Moskva. En los patios del Kremlin hay dos anexos, que son los pabellones de la guerra y de Sebastopol. La mayor parte de las máquinas se hallan instaladas en un magnífico picadero que en tiempos ordinarios sirve para los ejercicios de las tropas, y que han transformado con mucha habilidad y buen gusto á su nuevo destino.

Este picadero es, con los pabellones de la marina, de la guerra y de Sebastopol, el único gran local de que han podido disponer los organizadores. La mayor parte de los objetos expuestos se hallan diseminados en cierto número de pabellones construidos, ya á expensas de los industriales, ya gracias á la generosidad de particulares. Elevados en medio de los tilos del jardín Alejandro, esos pabellones ofrecen las más variadas y graciosas muestras de lo que llaman el estilo ruso.

Nada iguala la habilidad de los rusos para trabajar la madera: los visitantes de la Exposición de 1867 recuerdan todavía el *izba*, *la escuela rusa*, y las notables caballerizas del emperador Alejandro. La exposición anual ofrece las más variadas muestras de tan elegante arquitectura. Llamen mucho la atención el modelo de una escuela y un hospital de aldea, una iglesia de aldea enteramente construida de madera, y una *villa* que reúne todos los tipos del mueblaje ruso en su elegante sencillez.

El adorno interior de los pabellones es admirable. Algunos encierran verdaderos tesoros bajo el concepto artístico, como los objetos de malaquita y esas obras maestras de platería bizantina esmaltada.

Otro talento poseen los rusos en alto grado, y es el de fabricar maniqués, que visten y disponen en grupos del tamaño natural. En la sección del Tuskestan, en la de la guerra y en la de correos hay preciosas muestras.

En la sección del Tuskestan es casi imposible distinguir los indígenas vivos que trabajan á vista del público, de los maniqués de cartón que se presentan al espectador bajo todas las formas y en todas las posiciones.

En la sección de la guerra hay una colección de maniqués que representan todos los uniformes del ejército ruso, desde Pedro el Grande hasta nuestros días.

Por último, en la de correos el ministerio ha instalado dos grupos de una admirable ejecución: la posta de reníferos en los gobiernos del norte de Rusia y la posta de perros en la Siberia. Se ven unos trineos del tamaño natural con tiros de animales disecados, que producen el mejor efecto; la nieve se imita con algodón en rama sembrado de mica, y una luz polar atraviesa por unos vidrios azulados; el todo de la ejecución es perfecto.

Al multiplicar esos grupos y figuras los organizadores de la Exposición han querido sobre todo instruir por los ojos á un pueblo bastante ignorante todavía, y donde falta mucho para que todo el mundo sepa leer.

A mayor abundamiento, con la idea de que se aproveche bien la Exposición, cada día se hacen conferencias y demostraciones públicas por personas competentes.

Por ejemplo, en la sección de pedagogía se dan lecciones sobre los métodos de enseñanza, y asisten á ellas una multitud de maestros y maestras de todos los puntos de Rusia. Evidentemente, la Exposición marcará una etapa considerable en la vía del progreso, por la que caminan los rusos desde el siglo último.

Entre las potencias extranjeras, las únicas que están bien representadas en Moscu son la Alemania (principalmente el reino de Wurtemberg), Inglaterra, Suecia, Austria-Hungría y Francia. Varias casas de París han hecho envíos importantes.

L. R.

La isla de Pascua.

DIARIO DE UN OFICIAL DEL ESTADO MAYOR DE «LA FLORE.»

(Conclusion. — Véase el número 1,026.)

Atravesamos toda la isla y nos volvemos á encontrar frente al Pacífico. Distinguimos la misión de Vailla, guardada por una vieja de una fealdad repugnante.

Almorzamos, antes de proseguir el camino, con el anciano danés que se ha reunido á nosotros y nos en-

(1) Vishnú ha tenido diez encarnaciones (*avatars*) siempre para salvar los dioses ó á los hombres. La primera se llama *Matsyavatara* (encarnación en pescado); la segunda *Kurmatavatara* (encarnación en tortuga); la tercera *Varahavatara* (encarnación en jabalí); estas encarnaciones son cósmicas. La cuarta se llama *Narasinhavatara* (encarnación en hombre-león); la quinta *Vamanavatara* (encarnación en el enano Vamana); la sexta es la encarnación en Parasu-Rama; estas encarnaciones se llaman brahmánicas. La séptima encarnación en Krishna y la octava en Rama, son guerreras ó heroicas: la novena es la encarnación en el reformador Budha; la décima, cósmica, es la última, y se llama *Kalkiavatara* (la que está por venir).



RUSIA. — La Exposicion de Moscou : vista general de los edificios de la exposicion.



RUSIA. — La Exposicion de Moscou : el pabellon del ministerio de la Guerra.

seña en lontananza el cráter de Rano-Raraku. Dista unas cinco millas: el país que cruzamos es un desierto, nuestro guía nos asegura que jamás pasan por allí los indígenas, y sin embargo, por estas partes está surcado de senderos, que parecen muy frecuentados.

¿Qué pensar de esto? El comandante de L... se asombra tanto con este hecho extraordinario, que supone que los salvajes van al cráter para cumplir alguna ceremonia misteriosa.

Entre Vailla y Rano-Raraku, la tierra está cubierta de ruinas: los senderos pasan por en medio de antiguos cementos de piedra, por entre gruesas paredes y restos de gigantescas construcciones. A lo largo de las rocas hay inmensos terrados donde antiguamente hubo estatuas y á los que se subía por escalinatas como las de los antiguos templos indios.

Todos esos colosos yacen hoy en el suelo, con las piernas en el aire y la cara enterrada en los escombros: los enormes gorros de lana encarnada que les cubrían la cabeza, han rodado á lo lejos.

En medio de esas ruinas descubrieron los misioneros hace algunos años unas tablillas de madera cubiertas de geroglíficos que nadie ha podido descifrar todavía.

Las estatuas se multiplican á medida que nos acercamos á Rano-Raraku y también se aumentan sus dimensiones; ya no solo se encuentran al pié de los terrados, sino que el



Vista de cara.



Vista de perfil.

Cabeza de estatua de una sola pieza traída á Francia.

suelo está sembrado de ellas.

Al cabo de tres horas de marcha, divisamos en pié sobre la vertiente del cráter, grandes personajes que proyectan sombras desmesuradas, agrupados sin orden y mirando casi todos hácia nosotros, menos algunos grandes perfiles de nariz puntiaguda que miran hácia el Norte.

El contraste es notable entre esos nuevos colosos y los que ya conocíamos: estos no tienen busto, solo sus cabezas salen de la tierra y miran al cielo; su expresión es despreciativa ó irónica y tienen grandes orejas, sin duda alguna pertenecen á otra época que las primeras que son mucho más toscas; algunas estatuas están pintarrajeadas y llevan en el cuello y en las orejas adornos de pedernal con incrustaciones...

¡Es un espectáculo singular el que ofrece ese mundo de piedra!

Tenemos el cráter sobre nuestras cabezas y á nuestros piés esos llanos desiertos plantados de estatuas que tan pocos europeos han podido contemplar, y por horizonte el Océano Pacífico...

El regreso es precipitado. Dejo atrás tendidos en las yerbas á mis compañeros rendidos de cansancio y de sed y camino con el anciano danés que hace caracolear su caballo en el Morac y recoge una porción de calaveras para el doctor que estudia las razas primitivas.



Cara pintada de un jefe salvaje.

Hé formado el osado proyecto de pasar antes que sea de noche por el cráter de Rano-Kan; me extravió y sin embargo, al fin vengo á encontrarme enfrente de Rano-Kan.

Este cráter es una de las curiosidades de la isla.

Forma un inmenso coliseo de una regularidad perfecta, en el cual podría maniobrar todo un ejército. Allí se refugió con su pueblo el último de los reyes del país cuando la invasión peruana y allí fueron degollados todos. Los caminos adyacentes están llenos de huesos humanos y de trecho en trecho se ven esqueletos enteros tendidos en la yerba.

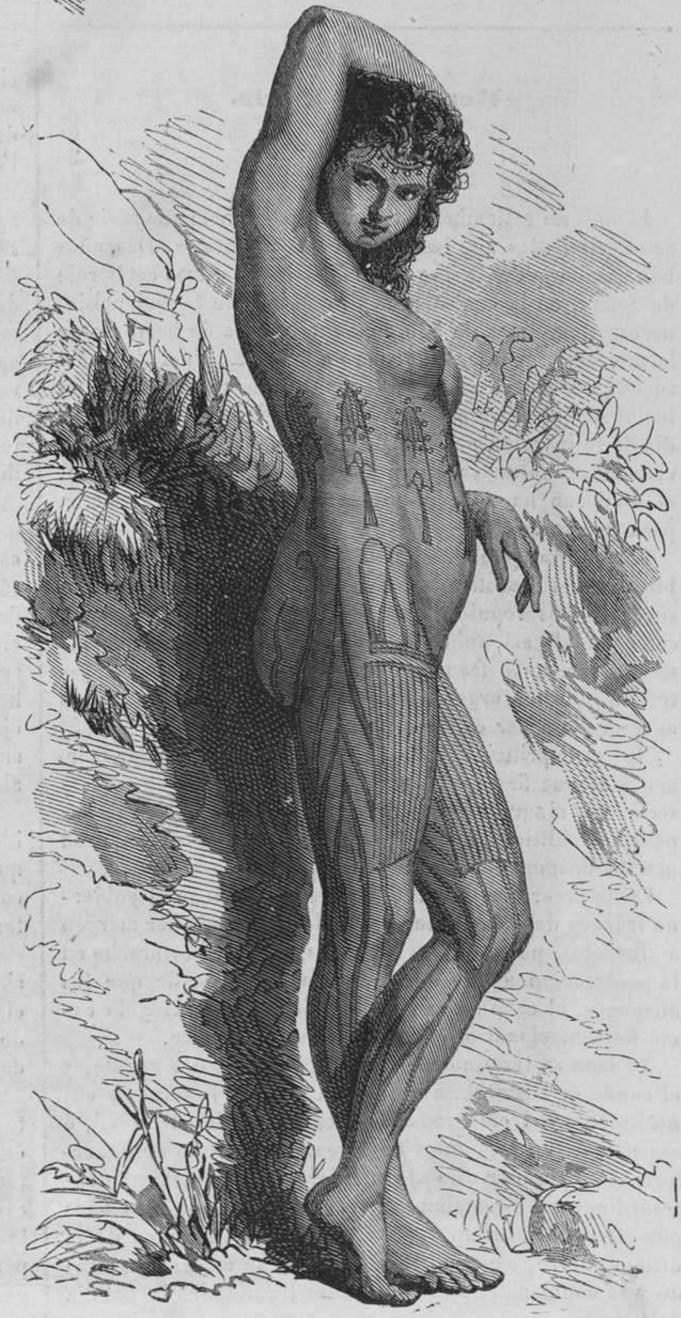
Los actuales indígenas no tienen respeto ninguno por esos vestigios de sus antepasados y juegan con una calavera como con un objeto grotesco.

Nuestra visita á Rapa-Nui fué bastante larga. Salimos mañana temprano, á las seis me despido de aquellos pobres salvajes que no volveré á ver nunca.

A las ocho me llama el almirante y me dice que desea también llevarse un ídolo. Mañana me enviará á tierra para que trate de procurármelo; pero yo le aseguro que estaré de vuelta á las seis con el ídolo y siento mucha alegría porque voy á



Salvaje pintado.



Salvaje pintada.

ver otra vez mas á mis pobres amigos Nuga, Atamon y compañeros. J... me enseña algunas frases de lengua moari para que se abra la puerta del anciano jefe á aquella hora matutina, pues en un rincon de su casa distinguí la estatuilla que ambiciona el almirante.

**

7 de enero.

A las cuatro estoy en marcha á bordo de la ballenera del almirante. El tiempo es favorable.

El aspecto de la aldea en la oscuridad es tan fantástico como el día que la vi por primera vez: aquí y acullá hogueras en la yerba y por delante de las llamas pasan las sombras de algunas salvajes madrugadoras que vigilan la coccion de las batatas.

Señalan mi llegada al anciano jefe que sale á mi encuentro; y le ofrezco en cambio de su ídolo una hermosa levita de almirante que se pone inmediatamente: no tengo tiempo que perder para el regreso, con aquel fácil cambio. En pocos instantes todos los amigos vienen á verme: aquí está Nuga, que corre medio dormido aun envuelto en una manta de corteza de morena; aquí están Petero, Atamon, etc... Esta vez sí que me despido de veras. Dentro de algunas horas la isla de Pascua desaparecerá de mi vista para siempre...

Comienza á amanecer, los salvajes están todos en la playa contemplando á la ballenera hasta que la pierden de vista.

**

El almirante asegura que le inspira vivos recelos la suerte del anciano danés. Los salvajes de Rapa-Nui no son crueles ni malvados; pero de tiempo en tiempo se encuentran en la isla algunos viejos jefes de traza sospechosa. Además no puede saberse hasta qué grado se exalta la ferocidad de un salvaje, manso y pacífico por costumbre, cuando está excitado por alguna pasión desconocida á los hombres civilizados ó por alguna superstición misteriosa. En suma, el almirante que se ha entretenido en estudiar la actitud de los salvajes respecto del anciano danés, cree que solo esperan nuestra marcha para devorarle...

Cuando dentro de algunos meses venga la goleta de M. Brander á buscar la cosecha de batatas, dirán lisa y llanamente que Adam Smitt ha muerto y nadie irá á averiguar por qué ni cómo.

J. V.

Revista de Paris.

El mes de setiembre recuerda á la Francia una serie de acontecimientos que hará época en su historia. Dos años han pasado ya desde que tuvo efecto la espantosa catástrofe de Sedan, en la cual hizo la Prusia mas de 80,000 prisioneros y tomó mas de 500 cañones, y lejos de borrarse de la memoria, aparece mas viva en la mente de todos. Así sucede que queriendo ciertos republicanos solemnizar con banquetes el aniversario del 4 de setiembre, que fué el día de la invasion popular del Cuerpo legislativo y la proclamacion del nuevo orden de cosas en el Hotel de Villa, el gobierno ha negado terminantemente la autorizacion para que se celebre semejante fiesta.

Con efecto; ¿no está ligado el nacimiento de la República con el desastre de Sedan? ¿Cómo separar esos dos sucesos? Los republicanos á que nos referimos lo han comprendido así, sobre todo cuando aun ocupan una parte del territorio francés los alemanes, y por todas partes los mismos organizadores de los banquetes se han apresurado á dar contra-orden.

No; si el principio del mes de setiembre debe dar margen á alguna fiesta, no es en Francia, es en Alemania; y seria muy singular que por una confusion nacida de las pasiones políticas, los dos pueblos enemigos se entregaran por los mismos días á una demostracion de alegría.

Es de creer que además del deseo que tiene el gobierno francés de impedir todo aquello que pueda dar margen á alborotos, por pacíficos que sean, ha influido mucho en la prohibicion á que nos referimos esa idea de que los alemanes, al cabo de largas discusiones, han elegido como fiesta nacional esa fecha del 2 de setiembre.

No bien se terminó la guerra se habló ya del asunto, y el conde de Bismark, á quien se consultó, lo puso en conocimiento del emperador Guillermo. Ya el 4 de abril, ó sea mas de un mes antes de firmarse el tratado de Francfort, el emperador dijo al canciller « que tendria una extraordinaria satisfaccion en ver celebrar todos los años por el pueblo aleman los grandes acontecimientos de la última guerra, como por largo tiempo se ha conmemorado y se conmemora aun en algunas localidades la batalla de Leipzig. »

Decidióse establecer la fiesta nacional que querian los

alemanes, y se trató desde luego de fijar la fecha en que deberia celebrarse.

Propusieron cuatro, á saber: la de la batalla de Gravelotte, la de la jornada de Sedan, la de la proclamacion del imperio en Versalles, y la en que se firmó el tratado de Francfort.

Los que abogaban en favor de la fecha de la batalla de Gravelotte decian que debia honrarse mas á los muertos que á los vivos, y que el 18 de agosto fué el que mas sangre costó á la patria.

Muchos, y eran los mas, querian que la fiesta se celebrase el 2 de setiembre, aniversario de la batalla de Sedan, alegando que esa es la fecha mas importante de todas las de la guerra, pues que ella produjo la caida del imperio francés y dió la señal del imperio aleman.

Entre esas cuatro fechas, el gobierno acaba de elegir la de la jornada de Sedan. Los periódicos dicen que la mayoría del pais está satisfecha de esta determinacion, puesto que de todos los combates el que mas entusiasmo produjo en Alemania fué el de Sedan. Berlin, que cuando la capitulacion de Paris y la caida de Metz apenas manifestó su regocijo, se entregó á grandes expansiones de júbilo al día siguiente de caer prisionero Napoleon. En una palabra, la jornada de Sedan fué de todos los sucesos de la guerra el mas imprevisto y el que goza aun de mas popularidad.

El 2 de setiembre es, pues, la fecha fijada para la celebracion de la fiesta nacional. De todas partes llegan ya noticias de los festejos que se preparan en ese día. En Weimar, el ministerio de Estado ha expedido una circular para que las escuelas y los templos tomen parte en esa fiesta. En Magdeburgo habrá repique de campanas, y se adornarán las Casas Consistoriales y las casas particulares. En Erfurt y en Dusseldorf habrá festejos análogos, y tambien en Francfort y en de Oder.

Entre tanto, la Francia no hará nada, ni nada debe hacer: su fiesta nacional no debe ser otra que la de reorganizarse.

Empero, si carece de fiesta pública, no por esto deja de tener ocasiones de fiestas privadas.

En la última semana ha habido en el Instituto una sesion verdaderamente interesante.

Era un aniversario.

El decano de los miembros de la Academia de ciencias, M. Chevreul, ha cumplido ochenta y siete años, y con este motivo acaba de recibir solemnemente una medalla conmemorativa, á cuya entrega acompañó un discurso de M. Dumas, que fué oido con demostraciones de entusiasmo.

Rara vez han resonado en el seno de la docta corporacion tales aclamaciones.

El discurso de M. Dumas es la historia de los méritos de M. Chevreul, uno de los químicos mas famosos de Francia.

Sesenta y seis años hace que publicó su primera obra, apreciada en el día como en la época en que salió á luz, segun la expresion de M. Dumas.

No podemos hacer aquí el análisis detallado de esa vida de estudio y de trabajo continuo, que se perpetúa con el mismo ardor que hace medio siglo; ardor que lejos de gastarse parece rejuvenecerse cada año, por un privilegio raro cuyo secreto querriamos saber para aprovecharle y divulgarle. Sin embargo, queremos señalar á nuestros lectores el retrato del hombre, tal como está pintado en el discurso.

« Habéis vivido siempre en el laboratorio, dice M. Dumas. Cada uno de los días de vuestra larga vida ha sido consagrado á la observacion. Apasionado por estudios filosóficos, que os habian conquistado un puesto en la Academia de ciencias morales, no os han extraviado porque el estudio de la naturaleza os devolvía constantemente el sentimiento de lo verdadero. Tampoco la práctica os ha hecho bajar hasta un mezquino realismo, pues á vuestros ojos la observacion de los hechos nuevos debe conducir siempre á una consideracion mas general, mas elevada y abstracta de la naturaleza. »

« Vuestra erudicion sin igual os permite seguir cada idea que aparece al través de los caminos subterráneos que ha recorrido, antes de presentarla al público, de reconocer su punto de partida y de señalar el primer inventor á la gratitud pública. »

« Cuando los trigos naciesen asoman en los campos, si su aspecto os embriaga de gratitud, no por eso olvidáis el trabajo oscuro del labrador, cuyas manos han preparado la tierra, abierto los surcos y esparcido la semilla de donde saldrá la cosecha. »

« Teneis pasion á la verdad, y la buscáis incesantemente fiel á la modesta divisa de Malebranche: encaminarse á la infalibilidad sin aspirar á ella. Pero si buscáis ante todo los hechos exactos, no sois, sin embargo, uno de esos experimentadores de espíritu mezquino que colocan toda la ciencia en los hechos, sino que dais al pensamiento la parte que le corresponde, y demostráis que en la investigacion de lo desconocido siempre hay que dirigirse de lo concreto á lo abstracto, y volver de lo abstracto á lo concreto. »

« Perteneceis á ese grupo de hombres reflexivos, amantes del método, que no solo quieren ver justo, sino que tratan de explicarse cómo están seguros de ver justo. La química no es para vos mas que uno de los ramos de la filosofía natural, y el estudio científico de la naturaleza no es otra cosa para vos que un medio de poner en evidencia el orden que reina en el universo. Así se explica la curiosidad universal que os anima, no menos que esa fe apacible en el destino del hombre de bien, que se revela en todas vuestras acciones. »

¿Quién no recuerda la calma de que disteis pruebas durante el sitio de Paris, cuando los prusianos bombardeaban el Museo de historia natural que corre á vuestro cargo? Habíais previsto el peligro para limitarle; le desafiábais en medio de las bombas para dominar sus efectos destructores, y como otro Arquímedes, proseguíais con firmeza vuestros estudios, en medio de tan terribles escenas. ¿Cómo olvidar tambien vuestra fuerza de alma durante el segundo sitio de Paris, cuando todos los peligros amenazaban á la vez vuestra persona y los preciosos establecimientos que con vuestra actitud habéis salvado de la ruina? »

El discurso enumera despues los largos servicios del agraciado con la medalla conmemorativa. El Jardin de Plantas, la manufactura de Gobelinos, la Sociedad central de agricultura, la Escuela Politécnica, han tenido ocasion de apreciar como la Academia de Ciencias, su fidelidad á todos los deberes, su alta razon, su espíritu de justicia y de benevolencia.

M. Dumas termina su discurso emitiendo el voto de que la Providencia conserve largo tiempo aun á M. Chevreul, esas raras facultades que no decaen con la edad, y que completan la personificacion de un noble carácter y un corazon recto, con la ciencia mas elevada y el mas acendrado patriotismo.

Saliendo ahora del Instituto donde nos ha detenido hoy un momento tan interesante ceremonia, diremos á nuestros lectores que la semana no ha sido estéril para la crónica parisiense.

El 1º de setiembre era el día señalado por la autoridad para la inauguracion de la caza, y con este motivo, todos los aficionados se hallaban desde la víspera en movimiento.

¿Qué de anécdotas podria referir el cronista que siguiera tales expediciones! Desgraciadamente á vuelta de los lances risibles se encuentran las desgracias. Los accidentes han sido numerosos como de costumbre, y mas de un cazador inexperimentado se halla á esta hora en su lecho de muerte.

Mientras los cazadores se dirigian á los diferentes lugares de sus proezas, muchos parisienses marchaban al campo donde les llamaban diversiones mas inofensivas.

Las fiestas de Saint-Cloud y de San German han tenido estos días una multitud de visitantes.

Son, digámoslo así, las preferidas en todas las del contorno, y verdaderamente merecen la boga de que disfrutan.

La de San German es pintoresca cual ninguna.

Situada en un espacio abierto del interior del inmenso bosque, lejos de todo pueblo, se improvisan en ella restaurants, cafés, tabernas, todo al aire libre. Las cocinas en donde se asan aves en número infinito, constituyen la eterna admiracion de los concurrentes.

Delante de las cocinas están las mesas donde se celebran largos banquetes.

Luego empiezan los bailes y toda la noche se observa un movimiento continuo en las inmensas alamedas de la selva.

El tiempo ha sido bueno este año, cosa extraordinaria, pues es sabido que la fiesta de San German atrae la lluvia.

Entre tanto los teatros de Paris preparan las novedades de la temporada de otoño, y ya varios de ellos anuncian sus funciones.

La Opera Cómica y el Odeon, abren la marcha.

En el primero se ha aprovechado el tiempo para hacer obras que se necesitaban mucho.

Lo mismo en la sala que en el escenario todo parece nuevo.

En punto á novedades se anuncian varias.

Además del *Don César de Bazan*, de M. Massonet, y el *Rey lo sabe*, de MM. Gondinet y Delibes, se prepara una obra de M. Bizet, titulada: *la Llave de oro*, y la repetición de *Romeo y Julieta*, de M. Gounod.

Mientras oímos estas novedades, se cuenta con el atractivo de ciertas piezas del antiguo repertorio, como la *Dama Blanca*, y el *Pré-aux-Clercs*, que ejercen siempre gran accion sobre el público, principalmente cuando en su desempeño figura una artista del talento de madama Carvalho.

En cuanto á la Grande Opera, daremos una noticia, no que se ensaya ninguna partitura nueva, pues parece haberse perdido ya tal costumbre en la Academia nacional de música, sino que comenzarán muy luego las funciones del célebre baritono Faure con *Don Juan*, uno de sus papeles mas característicos.

El teatro de los Bufos Parisienses inaugura sus fun-

ciones con *la Timbale d'Argent*, que dió tan buenas entradas en la primavera, y que no las promete inferiores en este mes de setiembre.

En Folies-Dramatiques se ensaya la nueva ópera bufa de MM. Dupuis y Pourny, *Mazeppa*, á la que seguirá la de Litoff, titulada: *Eloisa y Abelardo*.

El teatro de Folies Marigny, la Tertulia y otras escenas líricas de órden inferior, se disponen á ofrecer tambien nuevos espectáculos.

Finalmente, los periódicos musicales publican ya el programa de la compañía que ha de actuar en los Italianos desde el 1º de octubre, y en él vemos los nombres de artistas eminentes, de celebridades de primer órden. Cuando llegue á nuestro poder, le daremos á conocer á nuestros lectores.

MARIANO URRABIETA.

Poesía.

AMOR Á LOS PADRES.

El amor filial es no solo un deber de gratitud, sino de infalible conveniencia.

SILVIO PELLICO.

(De los deberes del hombre).

¿Ves, hijo, esa flor hermosa
Que por la brisa arrullada,
Perfumes embriagadores
En nuestro jardín exhala?
¿La ves?... Hoy por su belleza,
Por su belleza extremada
Es sin rival, entre todas
Las otras flores, sultana.
Mas si tú de ella prendado,
Creyendo de su fragancia
Gozar mejor, la apartases
De su trono de esmeralda;
En breve, hijo idolatrado,
De encantadora y lozana,
En mustia y descolorida
La hermosa flor se trocará.
¿Y no sabes, no descubres
Reflexionando la causa
Que en breve producirá
Tan lastimera mudanza?
No la sabes.. Me lo dicen,
Me lo dicen tus miradas
Que afanosas á mis labios
Una explicación demandan.
Oyeme, pues, y procura
Que eternamente grabadas
En la memoria, tu guía
Sean mis humildes palabras.

Como todo lo que el orbe
En su ancho círculo abarca,
Esa flor por otros seres
Semejantes fué engendrada.
Sin ellos no exhalaría
Los perfumes que hoy exhala,
Ni los matices que ostenta
En su corola, ostentará.
¿Quiénes fueron, me preguntas,
Esos seres? ¿Dónde se hallan?
De uno de ellos quizá nadie,
Ni la misma flor logrará
Dar la respuesta que piden
Tus labios, hijo del alma.
Acaso no se halle lejos,
Acaso á grande distancia
De este jardín, lo columpian
Los suaves besos del aura,
El otro ser á tu vista
Se presenta; es esa planta
Que con orgullo y cariño,
Sostiene su hermosa carga.
Ella, cediendo flexible
Del viento á las fuertes ráfagas,
De una muerte prematura
A la flor preciosa salva.
De punzadores espinas

Cubre su tronco y la guarda
De fingidos amadores
Que traicioneros la asaltan.
Ella le da generosa
Una parte de su savia,
De la savia, que es en ella
Lo que en nosotros el alma.
Ella es la madre, hijo amado,
De la flor pura y lozana
Que embriagadores perfumes
En nuestro jardín exhala.
¿Y ahora, dime, no comprende
Tu inteligencia la causa
Que en breve producirá
Aquella triste mudanza?
La comprende... Me lo dicen,
Me lo dicen tus miradas
En el mudo, aunque expresivo,
Lenguaje de los que se aman.
Y no mienten; porque es cierto,
Como lo son las palabras
De Aquel que en la cruz muriera
Por redimir nuestras faltas,
Que esa flor se agostaría,
Si del jardín la elejaras;
Porque amor tiene á su madre,
Porque á su madre idolatra,
Porque su madre alimento
Y vida al par le regala.
Pues mira, dulce amor mío,
Azucena nacarada,
Manojito de claveles,
Céfiro de la mañana;
Mira, aprende, hijo adorado,
De la flor, que su enseñanza
Es enseñanza que el cielo
Por medio de ella propala;
Pues es la naturaleza
Sabio libro que en sus páginas
Del mismo Dios para el hombre
Profundas lecciones guarda.
Quiere á tus padres; venera
En la ancianidad sus canas,
Sin que tu apoyo les falte,
Sin que le falten tus gracias;
Pues haciéndolo, hijo mío,
Lo que les debes les pagas.
Por tí se desvelan ellos,
Por tí con afán trabajan;
Si tú ries, ellos rien,
Y por enjugar tus lágrimas
Cuando lloras, todo, todo
Lo dieran, menos el alma;
Porque es el alma precisa
Para amarte como te aman.
¿Y sabes lo que te piden
Del cariño que te tienen
Y el amor que te consagran?
Mucho amor, mucho cariño,
Y que huyendo de las malas
Acciones, les des la gloria
Que á la virtud acompaña.
Ámalos siempre, hijo mío,
Pues sin tu amor, no bastarán
Todas las dichas del mundo
A hacerles la vida grata.
Recuerda y no olvides nunca
Que en terminantes palabras
Honra á tu padre y tu madre
Dicen las divinas tablas;
Recuerda que Dios castiga
Al que sus leyes no acata,
Y recuerda, hijo, que amándonos
Lo que nos debes nos pagas.

MANUEL CORCHADO.

Los palomos viajeros.

(Continuación. — Véase el número 1,026).

Desde que escribimos nuestro anterior artículo se ha producido un hecho que confirma la importancia que tienen hoy en Francia los palomos viajeros, cual

es el de la creación de escuelas militares de palomos, bajo la dirección de uno de los grandes organizadores de las sociedades belgas, M. de la Pierre de Roo.

Hé aquí lo que sobre este punto leemos en la *Liberté*:

« Paris como estación general y centro del gobierno, tendrá 25,000 palomos viajeros, á fin de que en caso de invasión, se puedan poner 500 palomos á la disposición de cada comandante de las fortalezas amenazadas, y conservar así en todo evento un medio de comunicación con las provincias. Otra estación situada en Burdeos, podría reemplazar la de Paris si hubiera otro sitio.

» Cada cuerpo de ejército que se pusiera en campaña llevaría palomos viajeros de Paris y de las fortalezas á las cercanías de los puntos de operaciones, á fin de poder comunicar constantemente con el gobierno y con el comandante de la fortaleza que necesitara su auxilio.

» Cada fortaleza de Francia poseerá 1,000 palomos cuando menos.

» Supongamos que estalla la guerra: inmediatamente se cambian palomos entre Paris y las fortalezas; y el gobierno los distribuye despues en parte, entre los comandantes en jefe de los ejércitos de socorro, para que puedan informar al jefe de la ciudad sitiada de sus movimientos, dia por dia y hora por hora.

» Mediante este ingenioso sistema, el general en jefe que tiene en sus manos los hilos de la acción, conocerá siempre de un modo exacto la posición de las tropas; las comunicaciones no estarán nunca cortadas, y se evitarán desastres como los que sufrieron en la última guerra los ejércitos de Mac-Mahon y de Bourbaki.

Así pues, la cría y enseñanza de palomos viajeros que el descubrimiento del telégrafo eléctrico, habia relegado en todas partes á la categoría de juegos inocentes, va á tener una grande importancia en las instituciones militares. En tanto que las sociedades hípiacas han sabido conservar el pretexto de su existencia, la mejora del caballo, los de los palomos habian perdido el suyo, y ahora le encuentran, la mejora de los medios estratégicos. Sea enhorabuena.

No dudamos que este sport, hasta hoy exclusivo de los flamencos, se hará conocer á todos los pueblos. Por lo pronto en Francia se observan ya los síntomas de una pasión naciente, como lo demuestra la boga de los *lachers* del palacio de la Industria. El del domingo último, del que hablaremos, llamó mucha concurrencia y provocó un entusiasmo mas vivo que el primero.

Por tales motivos, pensamos que es oportuno profundizar la cuestión, y si de tiempo en tiempo tenemos que entrar en detalles técnicos, lo haremos con la mayor discreción posible.

EL PALOMAR.

La disposición interior del palomar no ofrece complicación alguna. Compartimientos, nidos, perchas, comedero y bebedero.

Los *compartimientos* constituyen la habitación de familia de nuestros viajeros. Allí pone la hembra y comparte con el macho los cuidados de la incubación y de la cría.

Son cajas de madera rectangulares, de 80 centímetros de ancho, 50 centímetros de alto y 40 centímetros de profundidad, cuyo fondo se apoya en la pared del palomar, por manera que la tapa se baja perpendicularmente al suelo.

En la parte inferior de la tapa á derecha é izquierda, una abertura (es la puerta) de cuyo pié sobresale una tablilla oblonga que es el umbral.

Debe haber tantos compartimientos como parejas. Se colocan uno al lado de otro á lo largo de las paredes, en hileras sobrepuestas, si es preciso. Deben estar contra la luz, si es posible, pues sus habitantes buscan la sombra.

Los *nidos* son como unas cazuelas de tierra cocida de 20 centímetros de diámetro sobre 4 centímetros de profundidad. Hay que colocar dos, pues la madre, á los veinte dias de vida de los hijos, puede poner de nuevo, en cuyo caso se aprovecha el segundo nido.

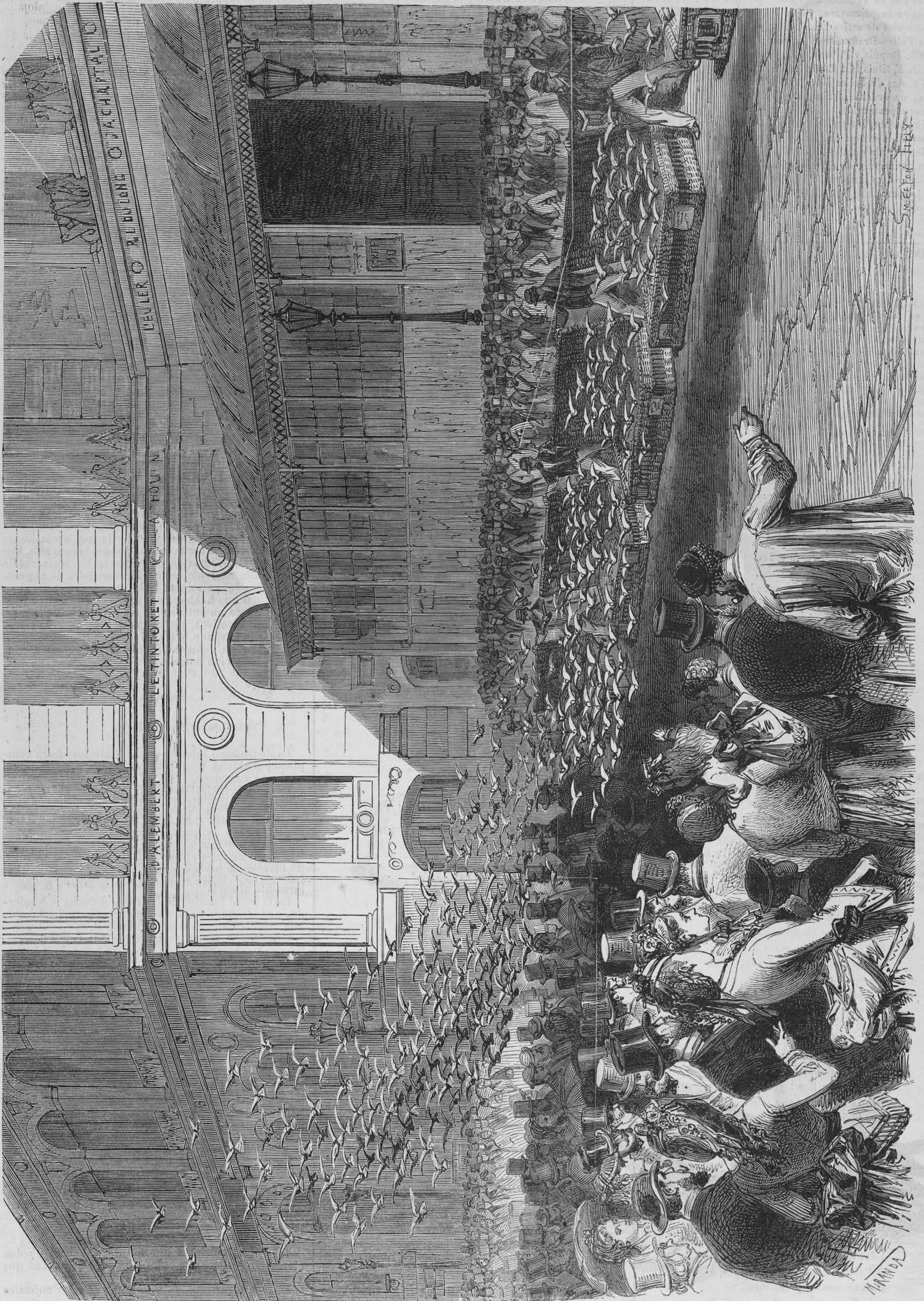
Las *perchas* son palos redondos como mangos de escoba y á veces se colocan tambien tablillas. Se distribuyen aquí y acullá en el palomar. Su disposición es lo de menos, con tal que se dividan en otras tantas *boxes* particulares como pares de patas hay en el palomar. El palomo no abandona ni su palo ni su compartimiento; el que no le tiene le busca y se debe evitar la guerra.

El comedero horadado y el bebedero sifoide, no difieren mucho de los modelos que se usan en los gallineros y en las grandes pajareras, y por tanto su descripción seria ociosa.

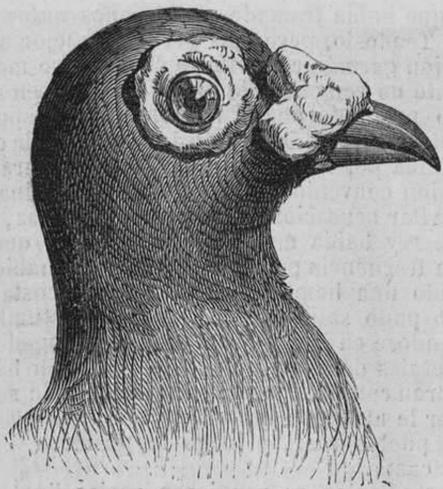
Tal es la disposición interior del palomar. Quedan ciertas prescripciones de higiene y de seguridad que vamos á señalar rápidamente.

Los enemigos íntimos del palomo son los animales de fuera, la humedad y las sabandijas.

En el diccionario de M. d'Orbigny, refiere M. Par-



LOS PALOMOS VIAJEROS. — Salida de los palomos belgas del palacio de la Industria : el *lacher*.



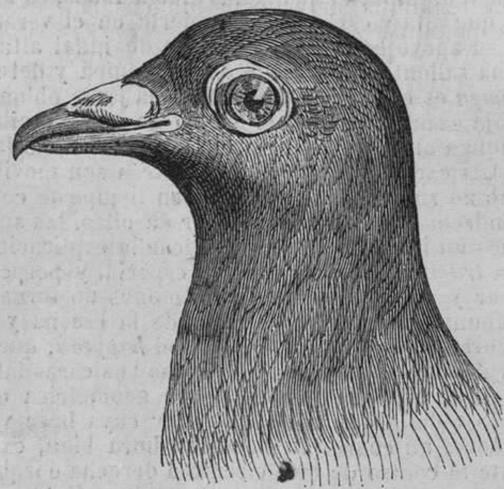
Palomo llamado *pico-inglés*, sin mezcla.

mentier que los gorriones hambrientos llevan á veces su osadía hasta el punto, cuando pueden penetrar en un palomar, de abrir el buche de los pichones para sacarles el grano. Tambien se citan gatos que han logrado comerse patas de pichones sacándolas por los intersticios del compartimiento. Contra peligros de esta naturaleza, lo mejor que hay que hacer es cerrar bien el palomar.

Todo debe limpiarse bien lo menos dos veces al



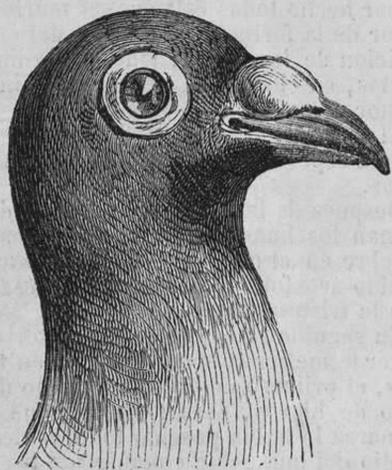
Aspecto exterior de un palomar.



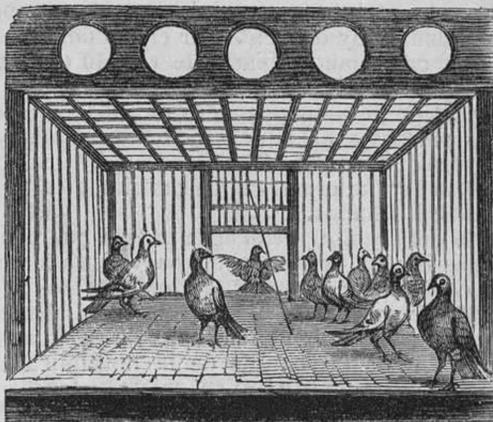
Palomo cruzado anglo-liejes.

blanco. Los mismos escritores recomiendan que se cuelguen de las paredes ramos aromáticos. Debemos confesar que en los palomares que hemos visitado en Courtrai no se hace caso ninguno de esta última recomendacion. Si se escuchara á los ornitólogos, acabarían por pedir que en los palomares hubiese piano.

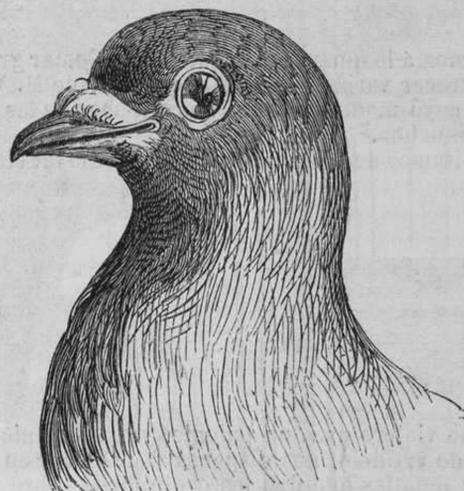
Hablemos ahora de otro accesorio importante,



Palomo liejes sin mezcla.



La trampa.



Palomo amberés sin mezcla.

mes. La basura es temible por la humedad que provoca y de los insectos incómodos que cria. Contra estos, se siembran polvos de tabaco ú hojas debajo de los nidos.

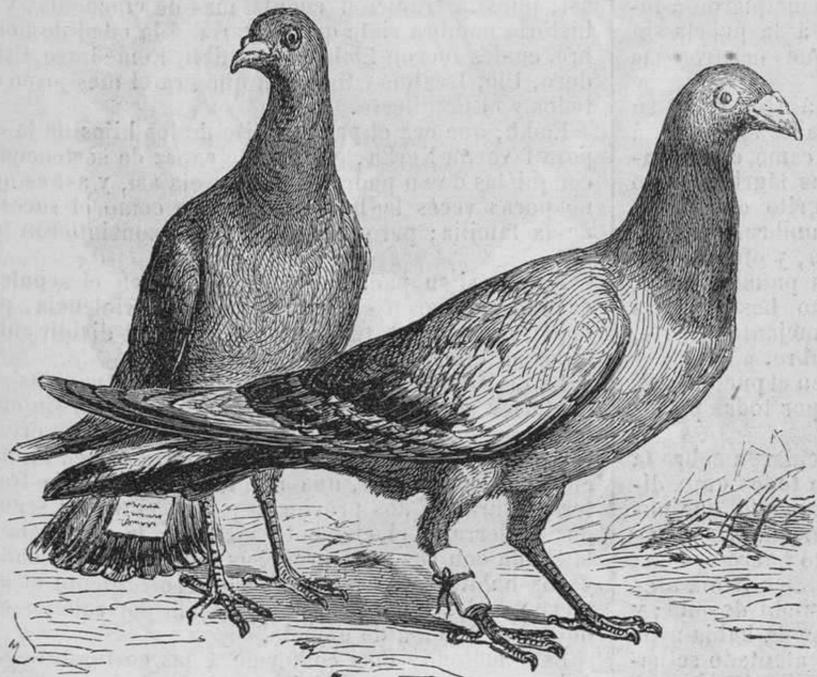
Además, todas las partes interiores del palomar deben recibir una mano de cal varias veces al año. Ciertos autores pretenden que debe hacerse lo mismo al exterior, no solo para que el palomo viajero distinga de lejos su habitacion, sino para que la vea con un aspecto agradable, pues parece ser que es aficionado al



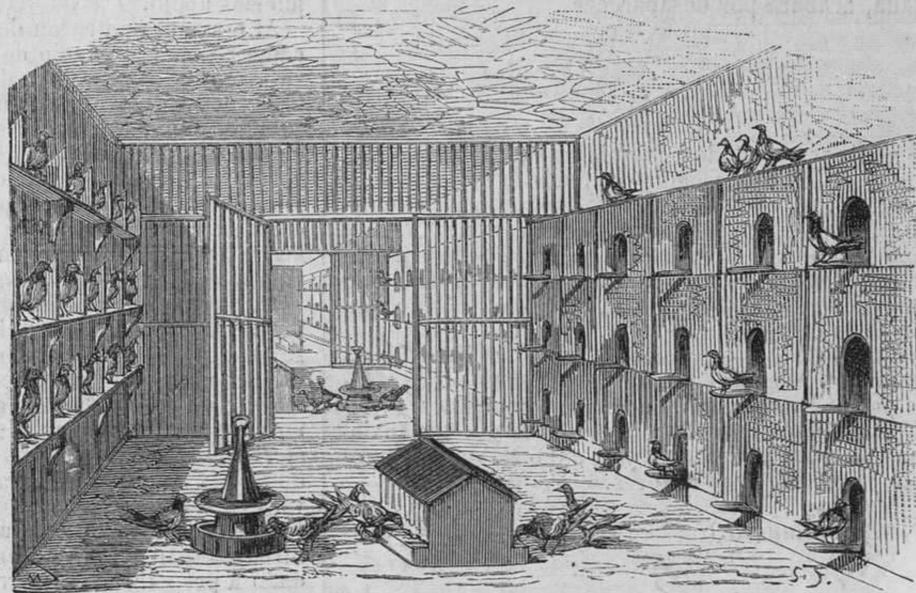
Pichon saliendo del huevo, tamaño natural.

cual es el del aparato que sirve para arreglar la entrada y salida de los palomos. De sus disposiciones depende á menudo el resultado de un concurso, y por lo tanto son variables, pues cada dueño de palomo se ingenia para mejorarlas. Así pues, sin fijarnos en ninguno de los sistemas que hemos visto en Courtrai, nos contentaremos con exponer el que parece haber prevalecido en la opinion de los mas autorizados especialistas.

Este aparato consta de tres partes, á saber: la ventanilla, la trampa y el *happeau*.



Tipo del palomo de carrera liejes-amberés : manera de fijar los despachos.



Palomar modelo.

La ventanilla, de pequeñas dimensiones, es mas ancha que alta y está siempre abierta en el verano. Sobre su apoyo hay fija una tablilla de igual altura que forma saliente, es el suelo de la trampa y del sector. *Trampa* es el nombre vulgar de una jaula oblonga que encaja exactamente en el marco de la ventanilla y se prolonga al exterior hasta los dos tercios de la tablilla. Las caras de delante y de detrás son movibles; y como no sirven realmente sino en tiempo de concurso y tendremos ocasion de hablar de ellas, las suprimiremos un instante para simplificar la explicación.

La *trampa* tiene por función especial y perpétua de cerrar y abrir el paso. Figurémonos un tornavoz de un apuntador de teatro aislado de la escena y hecho de enrejado de alambre: tal es el *happeau*, que se coloca delante de la jaula. Se ve que sus caras laterales tienen el aspecto de una figura geométrica que los técnicos definirían así: un *sector* cuya base viene á ser como un cuarto de círculo. Ahora bien, exteriormente al centro de este círculo á derecha é izquierda, hay una argolla que entra en un eje saliente de los bordes de su tablilla. Además, sus dimensiones son tales, que si uno de sus cuadros se adapta casi exactamente al de la trampa, el segundo pasa un poco el de la tablilla, por manera que el aparato, por su propio peso estaría siempre bajo, dejando la tablilla á descubierto, si no estuviera sujeta con una cuerda, cuyos cabos, el uno está anudado á su parte superior, y el otro está en el palomar en manos del amo que puede cerrar ó abrir la entrada á sus palomos.

Supongámosle caído: un palomo se pone en la tablilla, el amo tira de la cuerda, el *happeau* se levanta y el palomo queda dentro.

*
**

Añadiremos á lo que precede que todo palomar grande suele ofrecer varias divisiones, como el de M. Van Eeckhout, cuyo modelo damos. Los sistemas de las paredes son muchos.

No necesitamos decir que el palomar debe estar siempre en alto.

*
**

EL PALOMO.

El palomo viajero es... un palomo, y esta definición despojada de artificio, nos dispensará de entrar en los minuciosos detalles que dan los ornitólogos sobre tan precioso volátil. Con efecto, la naturaleza se ha contentado con crear las diferentes especies que constituyen el género palomo; y de estas especies el hombre ha elegido una que ha dividido en dos secciones de individuos: unos destinados á transmitir despachos y otros condenados á morir pichones. Sobre esto, ha tratado de cebar bien á los últimos y de dar una buena enseñanza á los primeros.

¿De qué raza particular descienden los mensajeros belgas? El punto está en litigio y da margen á largas discusiones. No investigaremos pues, si como dice el doctor Chapuis (1), proceden del antiguo cruzamiento del *pigeon-cravate* francés y del *pigeon-camus* flamenco. Todo lo que podemos decir es que solo tres tipos tienen en nuestra época la honra de poblar los palomares de viajeros y que se designan con estos nombres: el *LIEJÉS*, el *AMBERÉS* y el *PICO-INGLÉS*. En nuestros dibujos se hallarán estos tipos que acusan bien sus diferencias. La mayor parte de los palomos de Courtrai han nacido de los cruzamientos directos ó sucesivos del *Liejés* y del *Amberés*. El *Pico-inglés* es menos estimado, porque es menos veloz. Se ha tratado de cruzarle con los otros dos tipos, y los resultados no han sido satisfactorios, por manera que esa raza, ya descuidada, acabará por desaparecer.

*
**

Hé aquí los resultados completos del concurso del domingo último que organizó en Paris la *Peristerophile de Courtrai*. A las 10 y 45 minutos soltaron en el palacio de la Industria 425 palomos, con viento N. E. y tiempo magnífico. El primero, de M. Bautemans de Courtrai, llegó á las 2 47 minutos y medio; de modo que tardó una hora 7 minutos mas que el palomo vencedor en la carrera precedente.

El último de los 48 palomos premiados llegó á las 3 y 7 minutos. Además de las cinco medallas de oro ofrecidas por la Exposición de economía doméstica, la Villa de Paris daba una medalla al aficionado que tuviera mas palomos premiados, y la ganó M. Verhulst, conocido ya de nuestros lectores.

J. D.

(Se continuará.)

(1) Autor de la obra *le Pigeon voyageur belge* (1865) muy estimada, y que puede considerarse como el Manual de los que se ocupan en Bélgica en la cria de palomos.

Estudios históricos.

LA VIDA Y HECHOS DE ATILA.

(Conclusion. — Véase el número 1,026).

Vamos á trasportar por un momento á nuestros lectores al pueblo ó villa real de los hunos, y al palacio de tablas en donde le hicimos entrar cuando hablamos de Maximino, de Prisco, de Vigilas y de Edecon. En aquel palacio se preparaba una gran fiesta, y en la sala del festin circulaban las copas de vino con profusion.

Los poetas hunos habian puesto manos á la obra, y las jóvenes con sus velos blancos cantaban y hacian resonar en los aires sus himnos; pero esta vez eran los himnos de amor, pues Atila se casaba.

La nueva mujer que añadía á su rebaño de esposas no era la hija de los Césares, no era Honoria que habia dejado en Italia, sino que la que recibia su mano era una joven muy hermosa, dice la historia, llamada Ildico.

Este nombre que Jornandes toma de las relaciones de Prisco, presenta una fisonomía germánica incontestable, no obstante la alteracion que le impone la ortografía de los griegos, y la tradicion nos lo produce bajo una forma mas pura en el de Hilt-gund ó Hildegonda. ¿Quién era pues Ildico? La tradicion germánica hace de ella la hija de un rey, ora de un rey de los francos allende el Rhin, ora de un rey de los burgondos; y la tradicion húngara la llama Mikoltz, dándole por padre á un príncipe de los bactrios, lo que parece confirmar históricamente las indicaciones de la poesia tradicional.

En fin, el matrimonio se celebra con mucha pompa y solemnidad, muy diferente por cierto del que contrajo Atila casi clandestinamente en 440 con la hija de Eslam.

La tradicion germánica añade que Atila habia muerto á los parientes de aquella joven que tomaba por esposa para apoderarse de sus tesoros.

Lo cierto es que esa clase de matrimonios no eran raros entre los hunos.

Al lado del cruel derecho de la guerra que ponía en sus manos la vida de sus enemigos, existía la necesidad de captarse la voluntad de los vencidos, y para obtenerla el vencedor de una tribu se casaba con la viuda ó con la hija del que acababa de asesinar.

Esa era una de las causas de la multiplicacion de los matrimonios ó enlaces si se quiere entre los conquistadores asiáticos; y así es que Tchinghiz-Khan y sus sucesores contaron entre sus numerosas esposas muchas de esas dobles victimas de la política y de la guerra, y estas se resignaban bastante bien con su suerte; pero unas costumbres tan feroces y tan extrañas á la raza germánica, en donde las mujeres tenían una grande autoridad moral fundada en las antiguas creencias religiosas, no debían encontrar en ellas la misma docilidad que en las mujeres del Asia reducidas casi á la esclavitud. De todos modos este segundo dato de la tradicion no debe echarse en olvido, pues vierte un rayo de luz sobre los misterios de aquellas sangrientas bodas.

La hermosura de Ildico agradó mucho á Atila, y así es que durante las fiestas de su boda estuvo sumamente contento. La copa de madera en que bebía Atila no descansaba, por manera que cuando fué á acostarse su cabeza se hallaba cargada de vapores y de sueño.

Al día siguiente no se le vió, y se pasó una gran parte del día sin oírse ruido alguno en su cuarto, cerrado por dentro.

Entonces los de la servidumbre principiaron á inquietarse; llamaron diferentes veces á la puerta sin que nadie les contestase, de modo que echaron las puertas abajo.

Al momento entraron dentro, y ven á Atila sobre su cama nupcial en medio de una charca de sangre, y á su joven esposa sentada al lado de la cama, con la cabeza inclinada, y derramando copiosas lágrimas bajo su velo. Inmediatamente se oyó un grito de alarma en todo el palacio, acudió la servidumbre, unos se cortaban la cabellera en señal de luto, y otros se herían en el rostro con la punta de sus puñales, pues, como dice el historiador citado, «no bastaban las lágrimas de una mujer para llorar semejante muerte, sino que se necesitaba sangre de hombre.»

La noticia circuló inmediatamente en el pueblo real, pronto corrió por todo al imperio, y por todas partes se veía una grande consternacion.

Muchos fueron los rumores que circularon sobre la muerte de Atila, y debemos decir que todos eran diferentes y contradictorios; pero el cuidado que pusieron los jefes de los hunos en probar que la muerte de su rey habia sido natural, manifestó y acreditó una version mas siniestra. Se decía que Ildico habia asesinado á su marido con un puñal cuando dormía; y otros añadían que un caballero del rey la habia ayudado á perpetrar el crimen, y que el atentado se habia cometido á instigacion de Aecio.

Los documentos latinos que nos dan esta última indicacion, se prestan á suponer que habia un complot

como el que habia tramado cuatro años antes el ministro de Teodosio, pero mas pérfido y mejor urdido. La tradicion germánica atribuye como único móvil un sentimiento de venganza de parte de la joven esposa y un odio profundo por el hombre que, después de haber dado muerte y despojado á su familia de cuanto poseía, habia por fin abusado de su hermosura.

La version convenida entre los hunos, destinada sin duda á evitar acusaciones peligrosas á la paz, fué la de que el rey habia muerto de apoplejia, que sangraba con frecuencia por las narices, y que habiéndole sorprendido una hemorragia hallándose acostado, la sangre no pudo salir por el lugar de costumbre, y amontonándose en la garganta le habia ahogado.

Los funerales de aquel potentado del mundo bárbaro se celebraron con una pompa salvaje digna de su vida. Su cadáver le metieron en una grande tienda de seda cerca del pueblo real, y luego le pusieron en una magnífica cama.

En la inmediacion se reunieron varios jinetes elegidos en toda la nacion, formando alrededor de la tienda, y en seguida ejecutaron corridas y juegos comparables á los combates ó mas bien á los simulacros de los circos romanos.

Al mismo tiempo los poetas y los guerreros entonaron un cántico fúnebre que conservaba aun la tradicion gótica en tiempo de Jornandes, y que reproducimos tal como no los ha dejado aquel historiador. Héle aquí:

«El rey mas grande de los hunos, Atila, hijo de Mundzukh, soberano de los pueblos mas valientes, poseyó él solo, por el efecto de un poder inaudito, los reinos de la Scitia y de la Germania. Aterró y sorprendió numerosas ciudades del imperio de Oriente y Occidente.

La ciudad de Roma temió la suerte de las demás, y sus habitantes y principales personajes se presentaron á Atila prometiéndole un tributo anual. Después de haber hecho todas estas cosas murió por un singular favor de la fortuna, no á mano del enemigo, ni por la traicion de los suyos, sino en medio del regocijo de fiestas, en el seno de su nacion y sin experimentar el menor dolor.»

El ejército por su parte formado al rededor de la tienda repetía el coro antecedente con gritos espantosos.

Después de las señales de pena y dolor hubo lo que llaman los hunos una *strava*, es decir, un banquete fúnebre en el que se comió con exceso, pues aquel pueblo acostumbraba mezclar el desarreglo y el exceso con la tristeza de los funerales.

En seguida se ocuparon en enterrar al rey. Su cadáver le metieron sucesivamente en tres cajas ó féretros, el primero de oro, el segundo de plata, y el tercero de hierro, para significar que aquel poderoso monarca lo habia poseído todo, es decir, el hierro por medio del que habia conquistado las demás naciones, y el oro y la plata con que habia enriquecido el suyo.

Para enterrarlo esperaron que fuérase noche, y á su lado pusieron varias armas cogidas al enemigo, aljabas llenas de piedras preciosas: y por último, á fin de ocultar tantos tesoros á la avaricia y curiosidad, los hunos degollaron á los obreros que habian empleado en hacer la sepultura.

A semejante suceso no faltaron las señales proféticas y los prodigios, y así es que se contaba que en la misma noche de esta catástrofe el emperador Marciano habia visto soñando un arco roto, y este arco significaba el poder de los hunos.

En efecto, el poder de los hunos se rompió á la muerte de Atila, pues la sucesion de este conquistador que habia fundado en pocos años un imperio, cuando menos igual al de Alejandro, se desmembró como el de este.

Ya hemos dicho que los hijos de Atila, nacidos en diferentes lugares, de madres diferentes y casi extraños unos á otros formaban un pueblo por decirlo así; pues la tradicion cuenta mas de cincuenta, y la historia nombra siete que llegaron á la edad de hombre, cuales fueron Elakh, Dengehikh, Emnedzaro, Uzinduro, Ulo, Iscalmo y Hernakh que era el mas joven de todos y el predilecto.

Elakh, que era el primogénito de los hijos de la esposa favorita Kerka, era el solo capaz de sostener las conquistas de su padre. Este lo creía así, y así es que no pocas veces le habia designado como el sucesor de la familia; pero los demás no consintieron en ello.

Apenas si su padre se hallaba aun en el sepulcro cuando estallaron sus rivalidades con violencia, por manera que Elakh tuvo que resignarse á dividir entre todos el imperio.

La division de las conquistas entre los pueblos sedentarios por tumultuosos que sean, ofrecen sin embargo menos dificultades que entre los pueblos errantes; porque entre los primeros la tierra ofrece limites ciertos como un rio, una montaña que traza la frontera natural de dos provincias; pero entre los segundos la tierra es el elemento incierto; la provincia es la horda con sus guerreros, sus mujeres, sus rebaños y sus habitaciones móviles; por consiguiente el gobierno de los hombres se arregla allí por cabezas como una particion de ganado.

Este método, muy conforme á las costumbres del Asia setentrional, no tenia nada en sí que pudiese herir á los vasallos asiáticos ó semi-asiáticos de los hunos; pero hirió el orgullo de los germanos que con-

sentian en ser vasallos de los reyes hunos, pero no simplemente cosas. Entonces fué cuando se verificó la segunda fase de la disolucion que amenazaba el imperio de Atila.

Ardarico, rey de los gópidos, fué el que dió la señal de la insurreccion contra los hijos de Atila. Indignado, dice Jornandes, de ver á tantas valientes naciones tratadas como unos esclavos, se dirigió á los hijos de la Germania para reconquistar su libertad. Los ostrogodos tomaron parte en la demanda, y probablemente tambien la tomaron los berulos y los suevos; los demás con los alanos se decidieron por los hunos.

Como si la orilla izquierda del Danubio no les ofreciese un campo de batalla bastante vasto, pasaron á la Panonia; y así es que los romanos presenciaron el terrible espectáculo de tantos y tan aguerridos pueblos que les hicieran una guerra encarnizada, desgarrarse unos á otros. Una batalla decisiva dió la victoria á los gópidos, en la que quedaron en el campo treinta mil hunos y vasallos, entre ellos el mismo Elakh, despues de haber dado pruebas de un gran valor.

Entonces se dispersaron todos aquellos pueblos: Daghizikh con el mayor número de los hijos de Atila se fué á las orillas del Palus Meótides y del Dniester en donde continuó durante algun tiempo el imperio de los hunos en aquellas regiones orientales.

Hernakh, seguido de cuatro de sus hermanos, penetró en las provincias romanas de la Dacia y de la pequeña Scitia, en donde se sometió al emperador de Oriente y le dieron tierras para establecerse. Ardarico se estableció con los gópidos en las orillas del Theiss y del Danubio, en el centro de los Estados de Atila.

Los hunos desposeidos huyeron á su turno; pero aun quedaron algunos restos que se pusieron á salvo en los montes Carpatas. Aun en el día se halla en un canton de la Transilvania un pequeño pueblo que no se confunde con ningun otro, el que pretende descender de aquellos antiguos restos de los hunos de Atila, y ese pueblo es el de los Sekel. La opinion de que descende de los hunos es muy antigua en Hungría; y en efecto en ese pais es donde debieron fortificarse la parte de hunos que, no queriendo aceptar la proteccion de los romanos, buscaban sin embargo un refugio contra los ataques de los germanos.

En cuanto á estos quedaron en su mayor parte en la Panonia y la Iliria, paises que se dividieron entre sí.

Los tres Amalos, reyes de los ostrogodos ocuparon la Panonia, en donde vivieron halagados y bien pagados por el imperio de quien se decian sus amigos y vasallos; pero de tiempo en tiempo echaban suertes para saber cuál de ellos desvainaria la espada para ir á robar ora en el Oriente, ora en el Occidente.

Los otros bárbaros hacian el mismo oficio y con mas turbulencia todavía; penetraron hasta las vertientes meridionales de los Alpes, y fueron admitidos en Italia formando numerosos cuerpos. Allí recibieron armas y banderas calificándoles de ejército romano, llegando á ser á poco tiempo la sola fuerza organizada del imperio de Occidente. Así pues, la Romania iba desapareciendo poco á poco.

La muerte de Atila no tan solo derramó por decirlo así un gran número de pueblos sobre el imperio de Occidente, sino que esto mismo fué ya como la señal de su disolucion interior.

Hemos dicho mas atrás que conmovido y dislocado el Occidente solo se sostenia por el carácter de Aecio, y este tomaba fuerzas en la existencia de Atila que siempre amenazaba el imperio.

Cuando llegó á faltar este espantajo, tanto el imperio como el emperador principiaron á respirar, y desde entonces Valentiniano solo deseaba una cosa, y esta era deshacerse de Aecio.

Por otra parte la última campaña habia disminuido mucho la importancia del patricio; y Roma sabia por experiencia que para salvarse no necesitaba de la espada, pues la bajeza le bastaba.

Los enemigos de Aecio pusieron manos á la obra, sacando á relucir la ruina de Aquilea, el abandono de la Transpadana; se le imputó el crimen de forzosa inacción en que se habia hallado, y otras mil cosas.

Valentiniano le habia prometido en otros tiempos unir sus familias por el matrimonio de Eudogia y de Gaudencio; pero cuando el patricio quiso recordar esta promesa, el emperador se burló de él. Aecio se quejaba amargamente; pero no tuvo mucho tiempo para quejarse, pues un día le armaron una celada, y el mismo Valentiniano quiso tener la triste dicha de matarle con su espada. Este crimen ocurrió en 454. En 453 pereció á su turno el mismo Valentiniano víctima de su perfidia y de sus desarreglos, y tres meses mas tarde Genserico saqueaba á Roma.

Casi puede decirse que despues de la muerte de Aecio ya no hubo mas emperadores de Occidente; pues los Césares que se pusieron la púrpura no fueron otra cosa que unos generales de los patricios bárbaros que los elevaban á aquella dignidad, los quitaban y los mataban segun su capricho.

La corte de Atila habia sido un semillero de aventureros, gente activa, enérgica, deseosa de dinero y de gozar; y así es que casi todos tomaron parte en los tumultos y trastornos de la segunda mitad del siglo V.

En prueba de ello vemos aquel mismo Orestes que ha figurado en nuestras relaciones, llegar á ser jefe de las milicias del emperador Nepos, y luego degradarle proclamando como augusto á su mismo hijo que

se hallaba en la infancia, llamado en prueba de ello *Augustulo*.

La mayor parte del territorio de la Italia, se lo dividieron entre sí los antiguos soldados de Atila. Este nombre se halla en todas partes y en todas las transformaciones de la Italia de aquellos tiempos.

En la Europa Oriental sucedió lo mismo, pues varios de sus hijos reinaron allí por espacio de tres siglos.

Tal es el Atila de la historia, y me atrevo á decir que para bosquejar su vida he tenido que ver, leer y completar todos los documentos verdaderamente históricos concernientes á aquel bárbaro, el mas grande que se presentó en los últimos tiempos del imperio romano; pero por la misma razon de que fué grande y por haber dejado una profunda huella en los sucesos de su siglo, por eso aquel bárbaro ha ocupado tanto tiempo la imaginacion de los pueblos. Tanto los bárbaros como los romanos se han complacido en poetizarle bajo aspectos diferentes, y así es que el rey de los hunos llegó á ser en la edad media el objeto de tradiciones y cuentos, como lo fueron Alejandro y César.

A. T.

Emilia y Clara.

NOVELA ORIGINAL.

(Continuacion. — Véase el número 1,026).

Clara y Emilia se aprovecharon tan bien de la educacion que se les daba, que á la edad de diez y siete años eran ya unas jóvenes instruidas sin afectacion, modestas sin timidez, y graciosas sin artificio. Emilia era una criatura verdaderamente hermosa. Su lindo rostro siempre animado por una alegría llena de viveza y gracia, era el espejo fiel de su alma candorosa. Su boca entreabierta siempre con una encantadora sonrisa, tenia una gracia inimitable, y sus ojos azules adornados de largas pestañas, daban mayor realce á sus facciones. Su talle era suelto, y su andar ligero y gracioso. Era alegre, bulliciosa y viva; pero al mismo tiempo dulce y llena de sensibilidad. Sin embargo, los elogios de una madre apasionada, y la fidelidad de su espejo, le habian enseñado que era bonita, y así Emilia no se hallaba sin vanidad en esta parte. Lo sabia y gustaba de realizar sus gracias con un adorno elegante aunque sencillo, porque sus madres las habian acostumbrado á usar la mayor sencillez en sus vestidos. Tocaba muy bien el piano, y poseia mil otras habilidades que realizaban su mérito. Con tantas perfecciones Emilia no podia menos de atraer la atencion de los hombres; pero Emilia no frecuentaba el mundo, vivia muy retirada, y sobre todo no era coqueta. En cuanto á Clara estaba muy distante de ser hermosa. La primera impresion que su figura producía, no le era favorable, á causa de su fisonomía fria y reservada. Pero á la menor palabra, al menor movimiento su rostro se cubria de un bellissimo carmin, y sus ojos negros cobraban una expresion de dulzura, que hermosaba sus facciones. Hablaba poco; pero sus palabras llenas de agrado demostraban que aquella frialdad solo era exterior; y su conversacion llena de atractivo, instruía y deleitaba á un mismo tiempo. Poseia una docilidad y una paciencia á toda prueba, y como su carácter naturalmente pacífico la inclinaba á ocupaciones sedentarias, habia hecho grandes progresos en el dibujo, poseyendo este arte encantador con una perfeccion nada comun. Esta era su ocupacion favorita, y cada día cobraba nuevas fuerzas su aficion. Cantaba tambien con mucho gusto y expresion, y tenia todas las habilidades propias de su sexo.

Nada puede compararse al amor que Clara tenia á su madre, y esta por su parte dotada de un conocimiento fino y delicado, sabia apreciar en su justo valor todo el mérito de su hija. Dábase el parabien y se vanagloriaba de ser su madre, cuando pensaba en las virtudes que la hermosaban, en la pureza de su corazón angelico, y en la dulzura inalterable de su carácter. Consideraba feliz al hombre que algun día hubiese de llamarse su esposo; pero la baronesa, como madre tierna, era muy delicada en este punto, y queria que este hombre fuese digno de recibir de su mano una joya de tan inestimable precio.

Aunque las dos jóvenes vivian tan retiradas, se habian ya presentado á sus madres varios caballeros, solicitando sus manos. Madama de Vertel aconsejada por su amiga rehusó estos partidos, alimentando en su pecho la secreta esperanza de una elevacion digna de las gracias y hermosura de su hija. La baronesa, mas modesta, exigió de su amiga que ocultase á su Emilia estas solicitudes, y por su parte no dijo á Clara una palabra sobre este asunto.

Las dos jóvenes inocentes y tranquilas á nada aspiraban sino á hacer la felicidad de sus madres, y á vivir un día con los dulces lazos de su mútuo cariño.

En aquella época recibió la baronesa otra carta de M. de Luzi, que la interesó sobremanera. El lector que conoce la veneracion con que miraba á este hombre respetable, debe juzgar la impresion que causaria en el corazón maternal de la baronesa.

SEGUNDA CARTA DE M. DE LUZI Á LA BARONESA BENTIE.

« Doy á Vd. las gracias, señora, por sus cartas, y por la descripcion que en ellas me hace de las dos preciosas jóvenes. Estoy persuadido que Clarita será una mujer perfecta, y al través de modestos elogios de su madre, reconozco la obra de sus tiernos cuidados. Es hija de Vd., y este solo titulo la hace digna de un principe.

« Hoy ha cumplido mi hijo veinte años, y dentro de ocho dias va á emprender sus viajes. No puede Vd. figurarse cuánto me afecta la idea de su separacion, y en este día solemne se ha aumentado considerablemente mi tristeza. El por su parte estrechaba mi mano á sus labios, y sus ojos me expresaban que la misma idea oprimia su corazón. Cuando nos hallamos solos me ocupé en dar algunas órdenes á mis criados para los preparativos de la marcha, y al oírlo suspiró Carlos profundamente, y se retiró á mi cuarto. Poco tardé en seguirle, y entonces acercándose á mí, me dijo tristemente:

— ¿Con que está ya resuelto, padre mio, que he de separarme de vuestro lado? ¿habeis decidido que marche y os deje solo en una edad tan avanzada, en que tan necesario os es el apoyo de vuestro hijo y su ternura filial, para la conservacion de esa existencia tan preciosa?

« Al oír estas expresiones de su amor, le eché los brazos al cuello, y abrazándole tiernamente, le dije:

« — Hijo mio, tu bien lo exige, y tu padre no titubea. Vas á separarte de tu mejor amigo, vas á verte solo y sin tu guía en un mundo peligroso, y que tú apenas conoces. Querido Carlos, tu amigo solo exige de tí que lleves sus consejos escritos en tu corazón, en ese corazón que yo mismo he formado, y que si los incentivos de las pasiones le deslumbran, les opongas la entereza de la virtud, y nunca serás desgraciado. Tu corazón naturalmente sensible te hablará un lenguaje desconocido hasta ahora para tí, y la vista de una hermosura le inflamará tal vez. Mil veces te he dicho que el amor era una pasión lícita, que el mismo Dios aprueba, cuando es pura. Ama, hijo mio, pero que sea á un objeto digno de tí á quien puedas tributar el tierno homenaje de un corazón honrado.

« Desprecia la opinion de esos hombres corrompidos, que sin haber salido del círculo de sus propios vicios, te asegurarán que no existe esa mujer verdaderamente virtuosa y casta, y que en ese sexo que Dios formó para la perfeccion, solo encontrarás hipocresía y artificio. Aborrece, Carlos, estas máximas, efecto inevitable de una imaginacion corrompida, y de un corazón vicioso. Para el hombre bueno crió Dios la mujer dócil y pura, y esta le es concedida como la recompensa de sus buenas obras. Búscala, hijo mio: desde ahora aprueba tu padre tu eleccion, fiado en tu prudencia y rectitud. Apresúrate á traerla á mis brazos, y unida á tí será feliz, y participará de las inmensas riquezas que te destino.

« Carlos enternecido con estas expresiones se arrojó á mis piés exclamando:

« — No, no, padre amado, jamás vuestro hijo pondrá sus ojos en una mujer, sin que merezca antes vuestra aprobacion. De mano de su buen padre ha de recibir un hijo obediente la virtuosa consorte que le ha de hacer feliz. No: jamás podria decidirme por mí mismo, y temeroso de errar en tan delicada materia, no se entregará mi corazón á los dulces encantos del amor, mientras mi amado padre no diga: « Esta es la joven digna del titulo de hija mia. » Si quereis que yo sea feliz, buscádmela; y embellecida con vuestra aprobacion os juro amarla eternamente.

« Carlos hablaba con toda la efusion de su ternura filial, y en su expresivo semblante leia yo sus sentimientos. Le alargué la mano para alzarle diciéndole enternecido:

« — ¡Cuánto placer me causas, amado Carlos! Conozco tu corazón, y desde ahora te prometo ocuparme seriamente en buscar esa joven digna de ser tu tierna esposa. ¡Qué encargo tan bello para un padre! ¡Con qué ardor me ocuparé en buscarla, y cuando la encuentre, en medio de los dos, y contemplando la felicidad, que yo mismo te habré preparado, bajaré á mi sepulcro, y mis hijos cerrarán mis cansados ojos!

« ¿Qué le parece á Vd., amiga mia, no es verdad que soy un padre feliz? ¡Cuán bien me recompensa Carlos los cuidados que su educacion me ha costado, y el sacrificio que hago, separándole de mi lado!

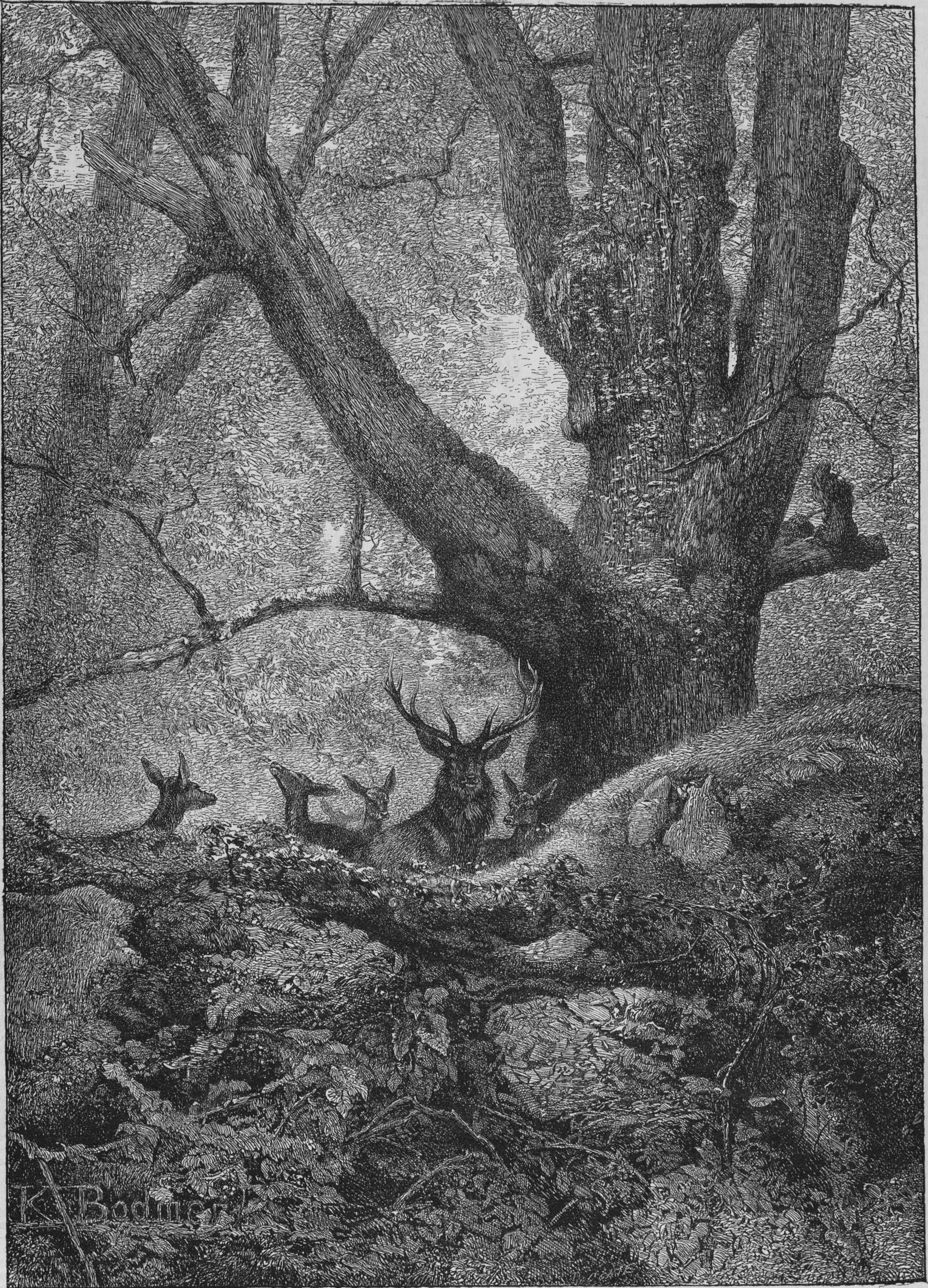
« A la vuelta de sus viajes me propongo reunirme con él en esa capital, y entonces haremos á Vd. juntos una visita. ¡Cuánto deseo que llegue ese instante! pues entonces volveré á estrecharle entre mis brazos, y tendré el placer de presentar á Vd. este hijo, que es el orgullo y esperanza de mi vida.

« Ya avisaré á Vd. mi salida para esa, y entre tanto favorezca Vd. con sus cartas á este su etc.

» GUILLERMO LUZI. »

Grande fué la impresion que causó esta carta en el ánimo de la baronesa. El joven Luzi, educado por un padre tan respetable, tenia á sus ojos una recomendacion tan poderosa, que pensaba con gusto en que no seria imposible el verle algun día unido á su hija. Los sentimientos que este joven manifestaba, eran dignos de la esmerada educacion que habia recibido, y aseguraban la felicidad de la que hubiese de ser su esposa.

(Se continuará.)



CUADROS DE LA NATURALEZA, POR BODMER. — Una camada en un bosque.

K. Bodmer



Trouville.

— Ya sabes el remedio que recomienda Dumas; si tu mujer te fastidia, MÁTALA.



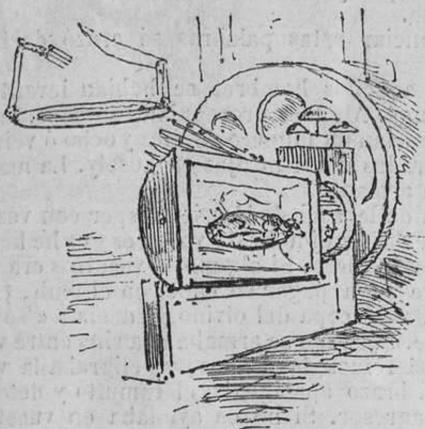
Trouville.

— Hay que tener cuidado, no con los cañones de las experiencias, sino con los anteojos que usan los experimentadores.



Trouville. — Experiencias de artillería.

— Con tantas balas y bombas no hay seguridad en estas cercanías. Siquiera aquí está uno tranquilo.



Exposicion de economia doméstica.

— Máquina privilegiada para desplumar pollos, ponerlos en el asador, asarlos y servirlos.



Economía doméstica.

— Marcador para comprobar el precio de las compras en la plaza.



Economía doméstica.

— ¡Me plantan el marcador en el cesto! Pues tendrán que pagarme doble de salario, y aun perderé.



Economía doméstica.

— Marcador electro-magnético para la seguridad de los matrimonios y de todos los convenios, con cuchillito indicador, aplicable á lo pactado.



Economía doméstica.

— Señor Arturo, ¿jura Vd. á M. Dumas que matará Vd. á su esposa si anda en malos pasos?
— Sí, señor alcalde.
— Señorita Irma, ¿jura Vd. á M. de Girardin que matará usted á su marido si no va por el camino derecho?
— Sí, señor alcalde.
— Muy bien, están ustedes casados. Encontrarán revolvers de familia en casa del juez de paz.



Economía doméstica.

Modelo de una casa para matrimonio, accesorios y ganados.



Economía doméstica.

Modelo de una casa para soltero.



Economía doméstica.

(Una partida de whist en Berlin).

— Venga cerveza.
(¿Quién tendrá al fin los triunfos?)



Economía doméstica.

(Banquetes). — Señores, están prohibidos los banquetes, beberemos otro día.



— La señora está de vacaciones.

— Mátala.

— No la mates.

¿Qué hará de ello?

NOVELA ESCRITA POR SIR EDWARD LYTTON BULWER.

(Continuacion. — Véase el número 1,026).

Dijo que había soñado aquella noche que oía su voz pidiendo socorro. Procuró no volver á hablar de Jasper. Jorge se aventuró á hacer una ligera insinuacion: pero la mirada suplicante del pobre viejo, que adquirió una expresion de tristeza, le detuvo.

Sin embargo, era evidente para el pastor que el deseo que Waife había manifestado de volver al lado de Sofia era por la conviccion que había adquirido de que la jóven tenia otra vez necesidad de su proteccion. Jasper, cuyos remordimientos no podian durar mucho, sabia ya dónde se encontraba Sofia, y Waife únicamente conservaba aun alguna autoridad sobre aquel hombre violento.

Quizás no tenia ya el anciano el mismo temor que otras veces de encontrar á Jasper; tal vez esperaba hablar de una manera mas eficaz al corazon de su hijo en una nueva entrevista. Experimentaba no solo deseo sino impaciencia por partir; volvió á adquirir toda su alegría en el momento de arreglar sus cuentas para despedirse de la casa en que estaba hospedado, y dar un adios á Merle, á quien obligó á aceptar sus últimas economías con todo el contenido de su cesta. Despues llamó á Jorge aparte y le dijo en voz baja:

— Ese Merle es un pobre hombre, que tiene muy buen corazon. ¿No podriais librarle de sus planetas? Eso es lo que le hace perder la cabeza. ¿No podria ejercer su oficio de zapatero en Humberston?

Jorge se volvió á Merle que se enjugaba los ojos con la manga y le dijo:

— Mi buen amigo, concededme dos favores, además del que me habeis hecho ayudándome á encontrar á un amigo querido. En primer lugar vendedme el contenido de esa cesta; tengo niños y esos objetos me servirán para ellos. Durante el viaje que hemos hecho juntos me habeis dicho que en vuestra niñez antes de dedicaros á un oficio, en el cual, segun parece, habeis prosperado poco, os ocupábais de los trabajos del campo y conociais el modo de curar las enfermedades de los ganados. Pues bien, yo tengo algunos acres de tierra, una posesion muy pequeña para emplear á un mayordomo, pero demasiado grande para mi jardinero. Tengo además una linda cabaña que pertenecia en otro tiempo al maestro de escuela, á quien le hemos hecho construir un edificio mas grande. La cabaña está vacante y se encuentra á vuestra disposicion. Libradme de cuidados encargándoos de mis tierras y mis ganados; no disputaremos por el salario. Pero escuchadme, amigo mio, esto ha de ser con la condicion de que renunciéis á vuestro cristal, y dejéis á las estrellas que arreglen sus asuntos por sí solas.

— ¡Perdóneme vuestra reverencia! dijo Merle, que al oír las primeras palabras de Jorge había manifestado la mas viva emocion y el mayor reconocimiento; pero que al oír la condicion que le imponia, levantó la cabeza herido á la vez en su dignidad y en su vehemente aficion. ¡Perdóneme vuestra reverencia! No, Ki Merle no será tan desnaturalizado que venda su derecho de primogenitura por un plato de lentejas. Nunca olvidaré la historia de Galileo que fiel á los astros ó al sol, que es lo mismo, alcanzó honor y gloria con los astros, aunque le persiguieron con encarnizamiento porque tenia ciertas influencias malélicas en la novena casa.

— ¿No podria arreglarse todo por medio de un compromiso, mi querido M. Jorge? dijo Waife con acento de persuasion. Suponed que Merle promete guardar para su uso particular su cristal y sus horóscopos ó no hable de ellos á nadie absolutamente mas que á vos, á vos no os pueden perjudicar esas cosas, señor. Mirad, Merle, la ciencia es una cosa sagrada, y los Caldeos, que leían mejor que nadie en los astros, no se degradaron jamás exponiéndola al vulgo. M. Jorge, que es un sabio, os convencerá de esta verdad.

— Aprobado, dijo Jorge. Mientras M. Merle deje á mis hijos y á mis criados, y á la parroquia en general, en su feliz ignorancia sobre el porvenir, le doy plena libertad de discutir sobre su ciencia conmigo, cuando conversemos juntos en las noches de invierno ó de verano y tal vez pueda yo...

— ¿Ser convertido? dijo Waife guiñando el ojo con cierta expresion de buen humor, que no le abandonaba en medio de sus mayores disgustos.

— No es eso lo que quiero decir, dijo Jorge sonriendo; sino lo contrario. Y vos ¿qué decís, Merle? ¿Acceptais?

— ¡Oh! señor, ¡Dios os bendiga! exclamó Merle con sencillez. Ya veo que no quereis dejarme brillar, y conozco que es una gran verdad lo que dice gentleman Waife del vulgo.

Terminando aquel negocio y asegurando el porvenir de Merle de un modo que ni sus estrellas, ni la interpretacion que él daba á su lenguaje se lo habían predicho, Jorge y Waife se dirigieron á la estacion. Merle les seguía con el saquillo de noche del primero y sir Isaac iba con el atilló de Waife.

A los pocos pasos encontraron á M. Hartopp que se dirigia hacia Prospect Row. Mucho sintió el buen ex-corregidor que Waife se marchara tan bruscamente, porque había pensado llevarle á Gatesborough, gozarse en la admiracion de Williams y de Mrs. Hartopp, y proclamar en Market Place ó Hight Street, que al decir que M. Chapman era un hombre honrado, un personaje disfrazado, él, Josias Hartopp no se había engañado. Algo se consoló de la excusa de Waife á su amable invitacion, y de su marcha inesperada, caminando á su lado con la cabeza erguida hasta la estacion, donde encontraron gran número de viajeros, entre ellos algunos de los primeros personajes de Ouzelford, ante los cuales cada vez que dirigia la palabra á Waife le hacia un saludo.

El honrado negociante llamó al jefe de la estacion que era conocido suyo para encargarle con tono solemne que hiciera que se guardaran las mayores consideraciones á aquel gentleman anciano, que le hiciera entrar con su compañero de viaje, en un coche reservado, y colocara á sir Isaac en un buen sitio.

— Ese anciano es una persona de distincion, dijo, pero no quiere que se sepa, al menos por ahora.

El jefe de estacion prometió que se le trataria con la mayor deferencia. Abrió la puerta de un carruaje de primera clase situado en el centro del tren, y aseguró á Waife que no seria molestado por otros viajeros.

El tren se puso lentamente en movimiento; M. Hartopp corrió hasta el extremo del anden con el sombrero en la mano, besando la mano de Waife; despues cuando el convoy se alejó y desapareció bajo un sombrío tunel, se volvió y reparando en Merle, le dijo:

— ¿Conocéis á ese gentleman, el anciano?

— Sí, hace mucho tiempo.

— ¿Habeis oido hablar mal de él alguna vez?

— Sí, una vez, en Gatesborough.

— ¡En Gatesborough! ¡Ah! ¿Y creisteis lo que decian?

— Sí, pero solo un momento.

— Os envidio, dijo M. Hartopp.

Y se alejó exhalando un suspiro.

VII.

Jasper Losely cuando se separó de su padre, gastó las últimas monedas que le quedaban dando un pienso á su caballo y apagando su sed insaciable. Despues volvió á montar á caballo y partió á rienda suelta para Lóndres.

Ni siquiera le quedaba un penique para pagar los portazgos. Cuando encontraba abiertas las puertas, pasaba rápidamente, cuando las encontraba cerradas, lanzaba su caballo á través de los campos y le hacia saltar las empalizadas y los fosos. Mas de una vez cayó con su cabalgadura; mas de una vez fué arrojado de la silla; porque aunque era un atrevido jinete, no era un hábil picador; pero tenia los huesos muy duros y aunque aturdido y quebrantado con tantas caídas, prosiguió audazmente su viaje hasta la mañana.

Su caballo estaba ya exhausto de fatiga, por lo cual entró en una posada del primer pueblo que encontró despues de amanecer, y consiguió que el posadero le prestase una libra esterlina guardando en la cuadra el animal como prenda. Jasper para economizar aquella cantidad hizo á pié el resto del viaje. Aquella noche llegó á Lóndres y se fué directamente á casa de Cutts.

Este se encontraba en el club donde se reunian aquellos miserables de quienes Jasper debía desconfiar segun el consejo que había recibido; pero olvidando la promesa solemne que hizo á Arabela, Losely sorprendió á sus antiguos camaradas entrando de repente en la sala, y dirigiéndose con paso seguro al asiento de honor, desde cuya altura había contraído la costumbre de presidir aquella asamblea de bandidos cuando los obsequiaba con el dinero de Poole. Uno de los mas robustos y mas temibles de aquella reunion de malhechores ocupaba aquel asiento de honor. Jasper le pidió con imperio que desocupase aquel sitio, á lo que el otro se negó; entonces le cogió por el cuello y le arrojó sobre una mesa que había enfrente, donde el miserable cayó con estruendo, arrastrando y rompiendo en su caída las botellas y los vasos.

Jasper se sentó con la mayor sangre fria, mientras el tumulto crecía en torno suyo, y pidió de beber á grandes gritos; un viejo que servía á aquellos señores, salió para cumplir sus órdenes; pero en cuanto se marchó, los que estaban mas próximos á la puerta, la atrancaron con una fuerte barra de hierro. La cólera de aquellos hombres contra el insolente intruso bramaba sordamente próxima á estallar.

Jasper miró en todas direcciones y distinguió á Cutts que procuraba ocultarse á su vista.

— ¡Cutts, venid aquí! exclamó con imperio.

Cutts no se movió.

— Echadme aquí á ese miserable, vosotros los que estais sentados á su lado.

— No, no hagais eso, está en su acceso de locura, y si no me defendeis me matará. ¡Defendedme!

— Si, nosotros os defenderemos, dijeron los dos que estaban á su lado.

Y al mismo tiempo el uno buscó su puñal y el otro su revolver.

— ¿Temes que te arranque las orejas, perro? ex-

clamó Jasper. ¿Así te escondes de mí con el rabo entre piernas? ¡Bah! como si yo fuera capaz de levantar un dedo contra un miserable como tú. Despues de todo, me alegro mucho que me hayas dejado; no te necesito. Tu caballo está en la posada del pueblo... ya te pagaré el alquiler la primera vez que vuelva á verte. Entre tanto busca otro amo. Te despido. ¡Mil truenos! ¿Por qué no me trae mi aguardiente ese viejo cara de mico? Permittedme, añadió: y vació de un trago el vaso del que estaba mas próximo.

Despues volvió de nuevo á tender su mirada á través de la nube producida por el humo del tabaco, y vió levantarse al individuo, cuyo asiento había ocupado, y que mas que aturdido por su caída había guardado silencio hasta aquel momento, y dirigir con semblante siniestro algunas palabras á dos de sus compañeros en pié como él. Jasper apartó de aquel hombre su desdeñosa mirada, con la sonrisa del desprecio sobre los labios; observó que todos aquellos hombres fruncian las cejas; pero un relámpago de cólera brilló en sus ojos, cuando al terminar su exámen, reparó que la puerta estaba atrancada y guardada por dos centinelas, cuchillo en mano.

— ¡Ah! mis alegres compañeros, dijo entonces, bien haceis en atrancar la puerta. Las familias prudentes arreglan sus cuestiones á puerta cerrada. Yo he venido aquí expresamente para reprenderos, y si alguno de vosotros no ha bajado avergonzado la cabeza antes de que yo acabe de hablar, recurriré al último recurso.

Y al pronunciar estas palabras sé cruzó de brazos.

Muchos de aquellos hombres se habían levantado al mismo tiempo. Algunos proseguían sentados. Entre todos componían un número de diez y ocho ó veinte. Todas las miradas estaban fijas en Losely. La mayor parte estaban armados.

— ¡Escoria de la sociedad! gritó Jasper con voz de trueno: yo he descendido hasta vosotros y os he hecho participar de mi dinero. Si alguno de vosotros era demasiado pobre para pagar su cuota en el club, para apagar su sed en la copa del olvido, le decía: «Toma, hermano, bebe.» Cuando se armaba una riña entre vosotros, salian á relucir las armas, y peligraba la vida de alguno, mi brazo apaciguaba el tumulto y detenía la mano del agresor. Si no os ayudaba en vuestras viles empresas era porque tenian un carácter de baja-jeza que me repugnaba. Yo me he presentado entre vosotros como un protector, no como un cómplice; no he querido nunca conocer vuestros secretos, no he percibido ninguna parte en el producto de vuestros robos. Nada os debo. Vosotros por el contrario, me lo debeis todo: licores, manjares, una compañía que os ha honrado. Yo he hecho reinar entre vosotros la buena armonía, el órden; vosotros en cambio, habeis formado un complot para desembarazaros de mí. ¿Y de qué medios os habeis valido? ¡Oh! no os habeis atrevido á hacer uso de esos brazos, de esas armas con que ahora me amenazais; porque os creiais débiles contra mí. Habeis querido atribuirme uno de vuestros crímenes, y por medio de falsos testimonios, de falsos juramentos, entregarme traidoramente al verdugo. Ese ha sido vuestro agradecimiento. Me teneis de nuevo entre vosotros, pero por la última vez. ¿Sabeis para qué? Para burlarme de vosotros, para escupiros, para pisotearos. Si hay entre vosotros algun hombre que se sienta con valor, que me designe á los traidores que han organizado ese complot, y aunque sean una docena, llevarán la marca de este brazo hasta que sus cuerpos solo puedan servir para el escalpelo de un cirujano.

Jasper cesó de hablar. Aunque aquellos miserables se acercaban á él cada vez mas como una jauría de sabuesos que va estrechando á un jabalí, el único que se atrevió á hablar fué Cutts, el hombre diminuto.

— Ya lo veis, general Jas, haceis muy mal en venir á buscarnos. Vos fuisteis en otro tiempo un buen compañero, admirable, sobre todo por lo bien que haciais los negocios al estilo francés sacando muy buenas utilidades; pero haciendo mucho ruido; nosotros somos ingleses, y por lo tanto poco amigos de llamar la atencion. Vos os habeis jactado de golpear y maltratar á todos los gentlemen que os admiten en su compañía, y no tomar parte en sus empresas y en sus peligros; nada autoriza tal manera de obrar. ¿Quién puede asegurarnos que no sois un espía ó no llegareis á serlo algun dia, cuando nos decís que no nos debeis nada y que nos mirais con tanto desprecio? Hablando con franqueza, estamos disgustados de vos. Decís que venis aquí por última vez; muy bien, puesto que ya habeis apurado vuestra copa, marchaos. Eso es todo lo que deseamos; idos en paz y no volvais á importunarnos. Señores, propongo que el general Jas sea expulsado de este club y se le pida que se retire.

— Apruebo la proposicion, dijo el hombre á quien Jasper había arrojado sobre la mesa.

— Que levanten las manos los que aprueban la proposicion. Todas las manos se han levantado. Queda aprobada por unanimidad. El general Jas es expulsado.

— ¡Expulsadme! dijo Jasper, que con un rápido movimiento de su brazo había dejado libre el espacio en torno suyo, y que permanecía en pié con las manos apoyadas en el respaldo de la silla.

Todos se abalanzaron hácia Jasper, impeliendo á los cuatro ó cinco individuos que estaban mas cerca de él. Pero Jasper levantó su silla, y dos de los agresores cayeron como un buey al golpe del carnicero; con la mano izquierda arrancó un puñal á un tercero, y con

acero y escudo se subió sobre la mesa para dominar la sala. Enfrente estaba el hombre del revolver.

— ¿Le tiro? dijo en voz baja á Cutts.

— No, el ruido nos denunciaria. Los garrotes son mas seguros.

Pero no habia aun acabado de hablar Cutts, cuando Jasper, semejante al halcon que se arroja sobre su presa, se habia apoderado ya del revolver, arrojó la silla á la cara de los que intentaban subirse sobre la mesa, y con su pistola de seis tiros mantuvo á todos á derecha é izquierda, por delante y por detrás, á una respetuosa distancia. Volvió á restablecerse el silencio y cesó el ataque. Cada uno de aquellos hombres comprendia que nada podia hacer temblar su mano ni desviar su bala.

— ¡Deponed todos las armas! ¡Abajo ese cuchillo! ¡Abajo ese garrote! Bueno. ¡Eh, vosotros tambien, los de ahí abajo! ¡Y tú, y tú! Ahora id dejando las armas aquí sobre esta mesa á mis piés. ¿Qué teméis, perros? ¿La muerte? El primero que no se atreva á obedecerme morirá.

Mudos y aterrados ejecutaron todos sus órdenes, como obedecia á César la legion indisciplinada al oír sus reconvenciones.

— Abrid esa puerta vosotros dos. Vos, orador Cutts, marchad delante, encended una vela y abrid la puerta de la calle. Perfectamente. ¿Quién me da una copa para que beba á vuestra salud? Gracias, caballero. Ahora separaos. Colocaos en fila junto á la pared. ¿Con que queriais intimidarme? ¿Queriais hacerme daño? ¡Vosotros! Escuchad. Tengo que presentaros una proposicion: « Este meeting anula la resolucion que acaba de tomar de expulsar al general Jasper, y le ruega humildemente que se quede, para que siga siendo el orgullo y el ornamento del club. » Los que aprueben esta resolucion que levanten las manos. Los que estén en contra que levanten tambien las manos. ¡Adoptada por unanimidad! ¡Gracias, señores! Este es el dia mas hermoso de mi vida. Espero tener algun dia el placer de veros ahorcados á todos. Entre tanto os deseo mil felicidades, caballeros.

Bajando entonces de la mesa, Jasper atravesó lentamente la sala, sin que nadie se atreviera á ofenderle, ni aun á amenazarle. Al llegar á la puerta, hizo con semblante burlon un ligero saludo, y entró en el pasadizo que daba á la puerta de la calle. Allí, al ver á Cutts con la luz en la mano, desmontó la pistola, y despues de quitar los pistones se la entregó á su antiguo compañero, y le dijo:

— Devolvedsela á su dueño, y dadle las gracias en mi nombre. Una palabra. Hablad francamente, y no temais nada. ¿Sois vos el que ha enviado gente en auxilio de Darrell?

— No, os lo juro.

— Lo siento. Hubiera querido deber ese favor á un amigo tan fiel. Volved con vuestros camaradas, y comprended ahora por qué no he querido trabajar con tan débiles instrumentos.

— ¡Qué hombre tan admirable! murmuró Cutts, viendo alejarse al bravo triunfante. En todo Lóndres no se podria encontrar un compañero mejor si tuviera la cabeza mas firme, y no se abrasara tanto con fuego liquido.

VIII.

Jasper habia satisfecho las violentas necesidades de su vanidad herida. Habia vuelto á conquistar los titulos de audaz y de hábil, que creyó haber perdido despues de su entrevista con Darrell.

Orgullosa de sí mismo, lleno de una satisfaccion interior que le hacia olvidar el hambre, la fatiga, los remordimientos, echó á andar por las calles sin objeto. No queria volver á su antiguo alojamiento, porque era muy conocido de los hombres de quienes acababa de separarse, con la vaga resolucion de no tener cómplices y de no fiarse de nadie.

Ya era tarde. Las calles estaban desiertas, y el frio era penetrante. ¿Qué haria? ¿Volveria á colocarse bajo la dependencia de la odiada Arabela Crane? Preferia tomar aquella resolucion á humillarse ante Darrell, despues de lo que habia pasado. Comprendia por las palabras que le dirigió Darrell al separarse de él, que no resistiria tan obstinadamente á las súplicas como á las amenazas.

Pero á Jasper no le gustaba rogar á nadie. Maquinalmente siguió dirigiéndose al barrio solitario donde vivia Arabela; pero era una hora tan avanzada, que no quiso turbar tan intempestivamente el reposo de la mujer á quien temia tanto por su mirada severa y su ruda voz, como los miserables de quienes acababa de separarse, temian su mano terrible y su pistola levantada.

Por lo tanto, encontrándose en una de las vastas plazas de Bloomsbury se puso al abrigo bajo el pórtico de una casa espaciosa, sin saber que era la antigua residencia de Darrell, y que de aquel pórtico salió en otro tiempo el ataúd de la madre de su esposa. Al cabo de algunos momentos se durmió profundamente, y su sueño era tan pesado, que un policeman que estaba de ronda, pasó por enfrente de él, procuró inútilmente despertarle sacudiendo su brazo dos ó tres veces, y despues de un movimiento de compasion, muy raro en aquellos guardianes severos del orden público, dejó dormir al fatigado vagabundo.

Cuando Jasper se despertó al amanecer, sintió en

sus miembros un entorpecimiento extraño, y le costó trabajo ponerse en pié. Aquella sensacion disminuyó gradualmente; pero fué seguida de un hormigueo agudo que le corria por los brazos hasta las extremidades de los dedos. En sus oídos sintió un sordo zumbido semejante al lúgubre tañido de las campanas cuando tocan las oraciones de los agonizantes; el suelo parecia hundirse bajo sus piés. Sin inquietarse por aquellos síntomas que atribuia al frio y á la falta de alimento, y agradablemente sorprendido por no sentir sus crónicos dolores, se dirigió hácia Podden-Place. La puerta de la casa de Arabela estaba aun cerrada, y tuvo que llamar muchas veces antes que se abriera dejando ver á Brigida Greggs.

— ¡Qué! ¿Sois vos, M. Losely? dijo esta con expresion de mal humor, pero sin sorpresa aparente. Mi ama ha creído que vendriais durante su ausencia, y me ha mandado que ponga á vuestra disposicion, si lo deseais, la habitacion que ocupabais hace seis años, encima del librero. Aquí podreis comer y nada os faltará.

— ¡Ah! Mrs. Crane no está en Lóndres, dijo Jasper consolado. ¿Dónde ha ido?

— No sé.

— ¿Cuándo vendrá?

— Dentro de algunos dias, segun me ha dicho. ¿Quereis entrar á desayunaros? Mi ama me ha encargado que tenga bien provista la casa, porque podiais venir de un momento á otro.

Jasper subió al salon y esperó con impaciencia el refrigerio que tanto necesitaba y que Brigida no tardó en llevarle. Ningun cambio ofrecia aquella habitacion; parecia que la habia abandonado el dia anterior. Se veian aun los libros cuidadosamente colocados en el estante, la jaula vacía, el laud roto; el sofá y el taburete que Arabela habia añadido á sus muebles para ofrecer mas comodidades á Jasper, cuando le trataba como un hijo adoptivo, hasta las chinelas de que se servia en aquella época estaban aun á los piés de su cama, y sobre el respaldo de una silla la bata en que le agradaba envolverse cuando aquella prenda marcaba tan bien la elegancia de su talle.

Jasper se contentó aquel dia con el lujo negativo de un reposo completo, con tanto mas motivo, cuanto que cada vez que se movia sentia en sus miembros el mismo entorpecimiento que cuando se despertó por la mañana; aquel entorpecimiento iba acompañado de una pesadez dolorosa detrás de la cabeza, donde la espina dorsal se une al gran resorte de la fuerza; además tenia cierta repugnancia al movimiento y cierta tendencia al sueño, que no era en él habitual.

Pero al dia siguiente, aunque continuaban aquellas sensaciones desagradables, la impaciencia de imaginacion y el horror que le inspiraba la soledad, le hicieron entrar en gana de salir y buscar por afuera alguna distraccion. No conocia mas distraccion que el juego ni otros compañeros que los desgraciados arrastrados como él á aquel fatal torbellino.

Justamente conocia una casa de juego que estaba abierta de dia y de noche. Queriendo añadir algun dinero mas al poco que le quedaba de la libra esterlina por la que habia empeñado su caballo y que componia todo su capital, pidió á Brigida, afectando indiferencia, que le prestase dos ó tres soberanos; si no los tenia, podia pedirlos prestados á alguna vecina hasta que volviera su ama.

Brigida respondió con una alegría mal disimulada, que su ama le habia mandado de la manera mas terminante que le diera á M. Losely todo lo que deseara, excepto dinero. Jasper se puso encarnado de cólera y de vergüenza; pero no replicó una palabra, empezó á silbar, cogió su sombrero, salió, fué á la casa de juego, perdió sus últimos chelines, y volvió á comer á Podden-Place.

El aspecto severo de aquella habitacion y la soledad en que pasó la noche, le inspiraron un disgusto profundo, que aumentó mas y mas su odio hácia Arabela. La afrenta que aquella mujer le habia hecho dando á Brigida aquellas órdenes, que la fiel criada habia cumplido tan bien, le hizo mas odiosa aun la cruel necesidad en que se encontraba de volver á caer bajo el despotismo de hierro de su protectora.

Le parecia aquello como si fuera otra vez á la escuela, y como si para castigarle le privase el maestro de llevar dinero en el bolsillo ó le pusiera de rodillas en un rincon. ¿Pero qué otro recurso le quedaba? Ninguno, como no recurriera de nuevo á Darrell, la humillacion mas intolerable. A no ser... y deteniéndose en su meditacion, sacudió la cabeza y murmuró:

— No, no.

Pero aquel á no ser, volvia incesantemente á su pensamiento; á no ser que olvidase el ruego de su padre y la promesa que le habia hecho, á no ser que volviese á perseguir á Sofia, y arrancase á la generosidad, á la compasion ó al terror de la protectora de la jóven, las condiciones que habia querido imponer á Darrell.

Jasper creia indudablemente que Sofia estaba con lady Montfort, y pensaba que amando dicha señora á la jóven á quien habia acogido en recuerdo de su antigua amistad hácia Matilde y hácia Darrell, obtendria mas ventajas de la debilidad de una mujer que querria evitar el escándalo, que del orgullo de su abuelo. Acaso habia ido lady Montfort á Fawley por el interés de Sofia, para abogar por ella; el disgusto que habia observado en la fisonomia de aquella dama, cuando pasó rápidamente por su lado, tal vez reconocia por causa el mal éxito de su tentativa.

Siendo así, entre Darrell y ella debia haber habido una discusion ó un rompimiento que haria á la marquesa mas accesible aun á su demanda. En cuanto á su padre, si Jasper obraba con habilidad y suerte, William Losely no sabria nunca que habia sido desobedecido; por medio de la lisonja ó del terror podria obligar á lady Montfort á guardar secreto. Ni aun tendria necesidad de ver á Sofia, y aunque ella le viera por casualidad, no tendria mas motivo para reconocerle que el ex-director Rugee.

Toda la noche pasó en estos pensamientos; al dia siguiente estaba ya resuelto. Despues de almorzar salió de casa de Mrs. Crane; seguia experimentando el mismo entorpecimiento, pero andando se le fué disipando.

Poco trabajo le costó descubrir las señas de la casa de la marquesa, preguntando al portero de la casa del lord sucesor del difunto marqués; en seguida se dirigió á pié á Richmond, y desde Richmond á la pequeña aldea contigua á la quinta de lady Montfort. Allí encontró dos ó tres barqueros que no teniendo nada que hacer se paseaban á la orilla del Támesis, y entrando en conversacion con ellos acerca de su oficio que le era familiar, porque en su juventud habia sido un excelente remero, les dirigió varias preguntas, á las cuales respondieron sin desconfianza.

Lady Montfort vivia con una jóven que no sabian cómo se llamaba. La habian visto muchas veces paseando por el campo y en la iglesia. Era muy linda, tenia ojos azules y rubios cabellos. Preguntóles despues por su padre, y obtuvo la siguiente respuesta: Habian visto á un anciano gentleman de las mismas señas que el que él les describia, un poco cojo y tuerto; habia vivido algunos meses en una cabaña situada en la posesion de lady Montfort; pero ya se habia marchado. Hacia banastas, pero no se sabia si era para venderlas, en tal caso seria para hacer obras de caridad. Suponian que era un gentleman, porque habian oido decir que era pariente de la jóven. El cochero de lady Montfort, que vivia en la aldea, podia darle todas las noticias que quisiera.

Jasper era demasiado prudente para ir á ver al cochero; por el pronto sabia lo suficiente. Si llevaba mas adelante sus averiguaciones, se exponeria á ser preguntado á su vez, correria el riesgo de que algun criado de lady Montfort informase á su ama de sus preguntas, y ella estaria ya prevenida, porque no dudaba que su padre habria encargado á la marquesa que no se fiase de él. No se le ocurrió ni por un momento que el anciano podia estar de vuelta, aunque los barqueros lo ignoraban.

Jasper no pensaba en visitar aquel dia á lady Montfort. No queria presentarse en un traje que indicaba su profunda degradacion ante una mujer de un rango tan elevado, y á quien habia tratado en otro tiempo bajo cierto pié de igualdad, cuando era el esposo de su amiga y el confidente de su madre.

Era mucho mejor, bajo todos aspectos, que se presentase con la apariencia de un gentleman; de ese modo podria inspirar mas compasion por su desgracia, y habria menos pretexto para que sus peticiones fueran rechazadas y le despidieran. Con aquel súcio traje ¿qué criado se atreveria á introducirle? ¿De qué medio se valdria para llegar á lady Montfort? Debía volverse y esperar el regreso de Mrs. Crane. No podia inspirar sospechas por su deseo de desprenderse de aquellos signos exteriores de su degradacion pasada y presente, porque semejante deseo podia ser un principio de enmienda.

Por lo tanto, volvió á dirigirse á Lóndres en mejores disposiciones, y de tal modo le absorbian sus esperanzas, que al llegar á Podden Place no reparó que ya fuera por algun defecto de la vista ó por otra causa, por dos veces le faltó el alabon que buscaba su mano, porque una vez lo llevó por encima y otras por debajo, y cuando lo asíó por último no sintió el contacto del hierro; parecia que le faltaba el tacto.

Brigida salió á abrir.

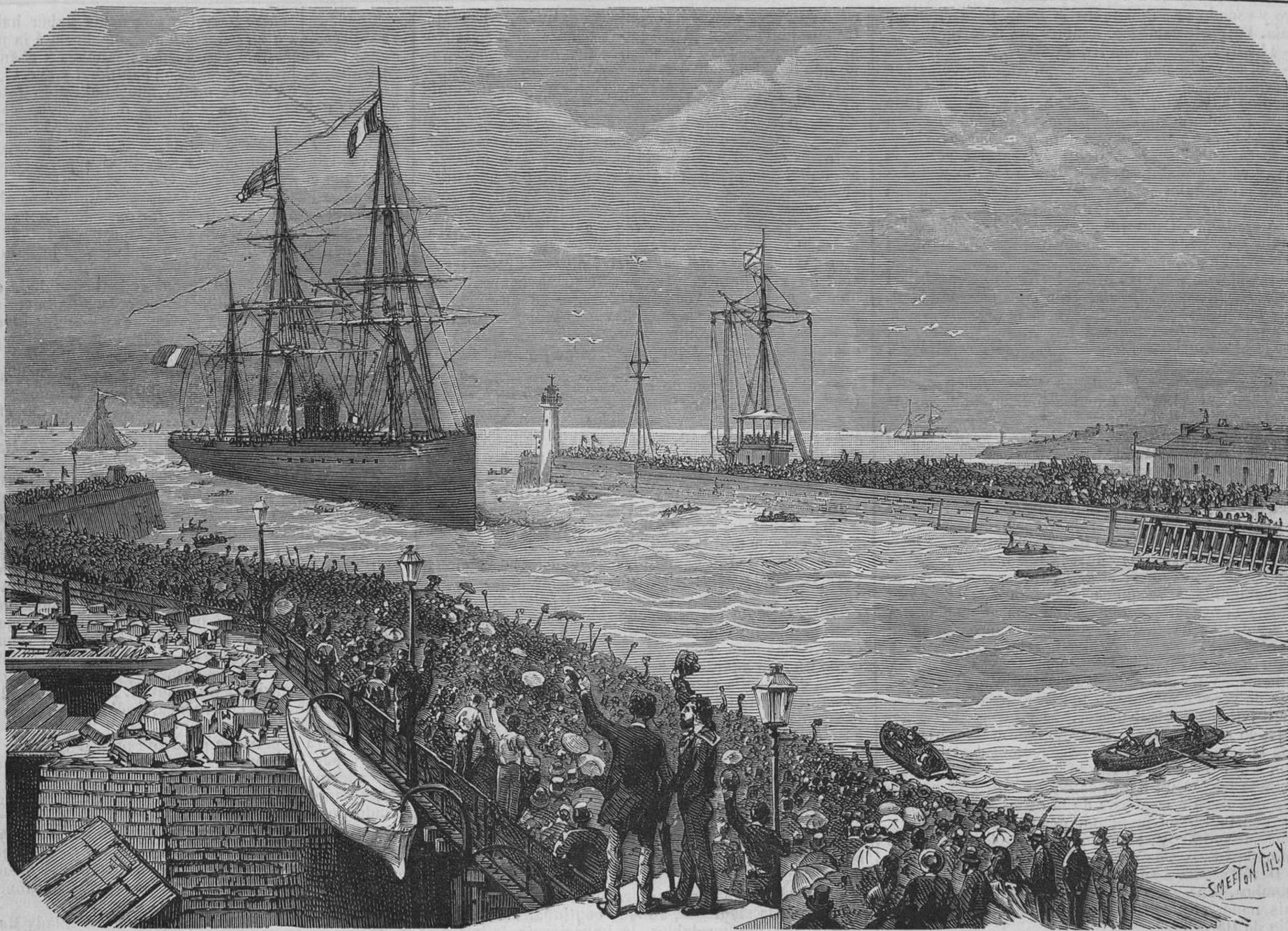
— Mi ama ha vuelto y quiere veros, dijo.

Jasper no pareció muy complacido por aquella noticia; pero adquiriendo ánimo, subió la escalera lentamente, con paso pesado. Lleno de terror vió que desde arriba se fijaban en él aquellos ojos negros y penetrantes como unos seis años antes, desde cuya época casi habian abatido su audacia, y oyó la misma voz que entonces con acento de triunfo, aunque con menos rudeza, casi las mismas palabras:

— ¿Con que al fin venis á buscarme, Jasper Losely?

Con paso ligero, rápido, pero sin hacer mas ruido que una sombra, Arabela Crane bajó la escalera; pero no hizo como el dia en que Jasper acudió por primera vez á buscar un asilo en aquella casa, no estrechó su mano, no le miró. Por el contrario, evitó tocarle, y pasó por delante de él con una especie de estremecimiento para entrar en el salon, indicándole con una señal que la siguiera.

Jasper se detuvo un momento, estuvo tentado de retirarse, de huir de aquella casa; el terror supersticioso que le inspiraba su protectora era mayor que nunca. Pero en aquel momento la necesitaba precisamente para poder pasarse sin ella en adelante, y aunque dominado por el vago presentimiento de una desgracia cuya naturaleza no podia adivinar, entró en el salon, y la puerta se cerró en pos de ellos.



Llegada al Havre del vapor trasatlántico el *Washington* con la música de la guardia republicana.

LIBRO UNDÉCIMO.

I.

No describiré la alegría de Waife y su nieta al verse otra vez reunidos; tampoco referiré la pintura que Jorge hizo á su prima de la escena que habia presenciado con M. Hartopp, y en la cual se hizo patente la inocencia de Waife, y el motivo de haber aceptado el castigo del delito ajeno.

Los primeros dias que siguieron al regreso del anciano fueron dias de agitacion que pasaron en breve. Waife volvió á instalarse en su cabaña, rehusando, como antes, vivir en la casa de lady Montfort. Sofia casi nunca se separaba de él, y lady Montfort permanecia en su compañía largas horas, ya en su rústico salon, ya en el jardinito que rodeaba su cabaña, y en donde él limitaba sus paseos. Jorge marchó á Humberston á cumplir los deberes de su profesion, prometiendo volver en breve á ver á su antiguo amigo y discutir los planes del porvenir.

El sabio predicador, aunque concedia á Waife que era preciso renunciar á la idea de rehabilitarle públicamente por el temor de hacer inútil su noble sacrificio, no quiso comprometerse sin embargo á guardar un silencio absoluto. Comprendia que tenia el imperioso deber de convencer á otras personas de la inocencia de Waife.

Waife está sentado al lado de su ventana abierta. Son las doce. El sol brilla en un cielo de un azul pálido, y el aire tiene una suavidad que no se nota generalmente en el invierno. La biblia está sobre una mesa, á su lado. Acaba de poner una señal en la página y cerrar respetuosamente el libro. Se halla solo. Lady Montfort, que desde su visita á Fawley padece una fiebre continua, acompañada de una languidez que la hace experimentar cansancio hasta de un paseo á la cabaña de Waife, soportando la fatiga sin querer decirlo, se encuentra tan mal esta mañana que no ha podido salir de su habitacion. Sofia ha ido á verla. Waife está pensativo, en sus facciones se nota una expresion de tristeza y de inquietud como nunca ha manifestado acaso en su vida errante. Su querida Sofia es desgraciada.

(Se continuará.)

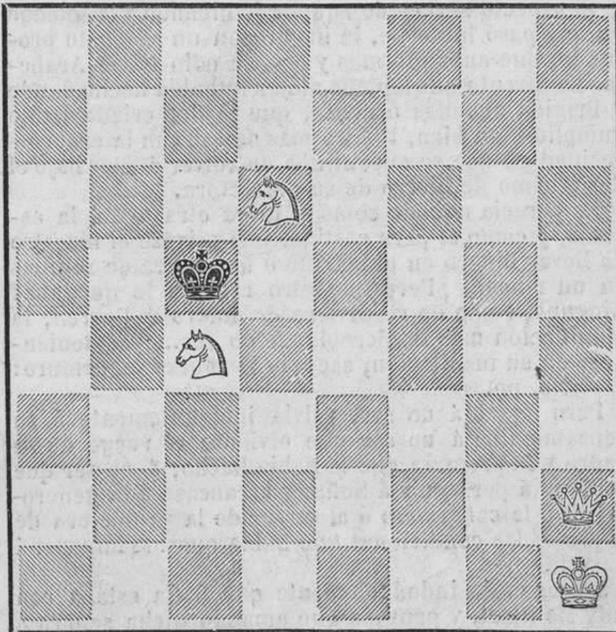
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 367.

1 C 7ª A 2 C 6ª T 3 Rª 3ª CRª jaque mate.
R toma P R ó P

PROBLEMA NÚMERO 368, POR M. N. C. REID.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

La música de la guardia republicana

EN EL HAVRE.

Nuestros lectores saben que la música de la guardia republicana de Paris y su digno jefe M. Paulus, han obtenido grandes triunfos en los Estados Unidos de América. La aplaudida banda acaba de llegar á Francia y ha sido recibida con una ovacion en el Havre.

Habiendo salido de Nueva York el 10 de agosto á bordo del *Washington*, la música de la guardia republicana llegó á Brest el 21 y entró en el Havre el 22 á las doce del dia. Los muelles estaban cubiertos de una compacta muchedumbre que en el momento en que apareció el vapor lanzó los vitores mas entusiasmados, agitando pañuelos y sombreros. La música, situada en las plataformas del buque, ejecutó varias tocatas brillantes, y respondieron en tierra sucesivamente dos sociedades musicales y la música del 5º regimiento de linea. El momento del desembarco dió margen á una efusion indecible.

Por la noche hubo una retreta con antorchas.

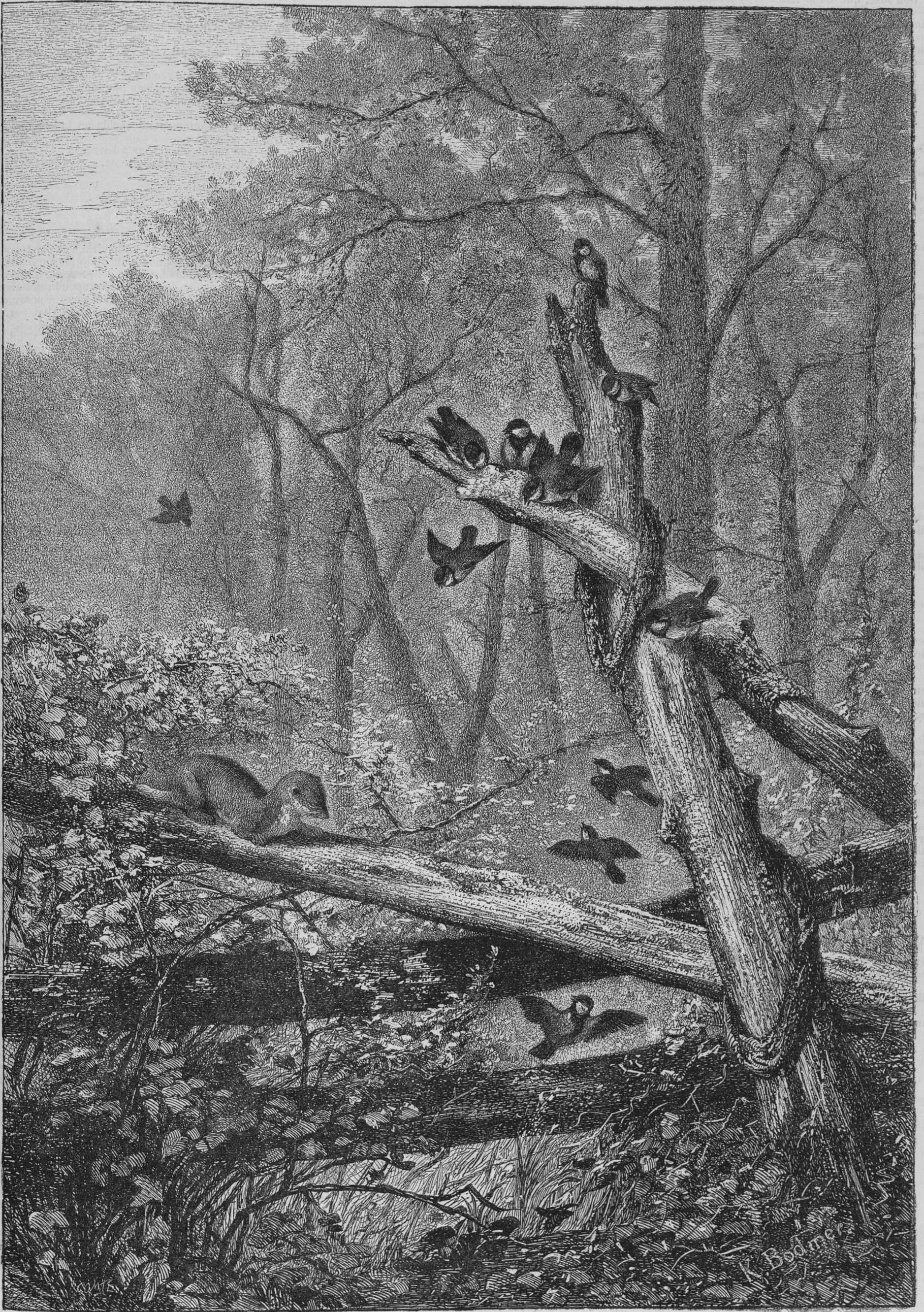
Todas las músicas del Havre y las sociedades corales se pusieron en marcha con escolta de soldados y de una multitud inmensa, pasando por las calles Real y de Paris, adornadas con banderas francesas y americanas. En la plaza de las Casas Consistoriales se paró la comitiva y tocaron las músicas, siendo particularmente escuchada la republicana, que tocó magistralmente la obertura de *Zampa*.

Despues de este nuevo triunfo, M. Paulus fué recibido por el alcalde M. Guillemard, que le dirigió las mas vivas felicitaciones por los triunfos que habia alcanzado en los Estados Unidos, y la fiesta terminó por un ponche formidable.

Al otro dia, gran festival en el teatro á beneficio de las viudas y huérfanos de los alsacianos y lorenos muertos durante la guerra. La afluencia fué considerable. Nada sabria pintar la emocion del público cuando se presentaron en el escenario ocho doncellas alsacianas y lorenas, vestidas con los colores nacionales, para entregar una corona á M. Paulus. Era la expresion de su gratitud.

El 24 de agosto la música de la guardia republicana volvió á Paris, donde ha empezado ya sus conciertos en los jardines públicos.

R. S



CUADROS DE LA NATURALEZA, POR KARL BODMER. — La Alarma : comadrejas y abejarucos.

Don José, que así se llama el venerable Hipócrates, es muy aficionado á jugar el tresillo : en un oscuro rincón de la botica pasa las tristes noches del invierno y al son de la lluvia y el viento, él, el boticario, el alcalde y el cura se dan cada codillo que tiemblan los cacharros en los anaqueles, que es un gusto.

Una noche, hace poco, estaba don José muy engolfado en el juego y había grandes puestas.

Una mujer entró con un niño en brazos.

— Santas y buenas noches tengan ustedes, dijo.

— Felices, contestaron los jugadores.

— Hola Rosa, ¿qué hay? preguntó don José, sospechando el objeto de la visita.

— Vengo á que vea Vd. á mi niña, que no sé qué tiene, pero está muy malita.

Don José aprovechó un momento, mientras uno daba las cartas, para tomar el pulso á la criatura, y dijo á la madre :

— Eso no es nada, mujer... ¿Quién juega?

— Si no ha podido dormir en toda la noche y hoy no ha querido mamar, señor don José.

— No importa... ¿Quién ha ido al robo?

— Pero, ¿no le receta Vd. nada, don José?

— Ya le he dicho que eso no vale nada (qué mujer tan posma).

— Nada y está tan mala, señor don José.

Amostazado por la impertinencia de la mujer, deja don José las cartas encima de la mesa, se sube las gafas á la frente y encarándose con la madre dice :

— ¿Qué edad tiene la niña?

— Siete meses.

— Pues se muere, añadió don José bajándose las gafas y recogiendo las cartas.

— ¡Ay! don José, ¿por qué? preguntó la angustiada madre, ¿por qué, señor don José?

— Porque hace siete meses que está mamando plomo.

La mujer comprendió la indirecta y mas tranquila se retiró dejando al médico acabar su partida.

De la novela verdad, pasemos á la novela novela.

Acaba de publicarse el prospecto de una, dice un festivo gacetillero, titulada : *la Huérfana de Madrid*, obra de recreo y de instruccion en las ciencias médicas.

Segun dicho prospecto, con la lectura de la novela se instruirán los lectores en medicina sin apercibirse de ello.

¡Qué progreso... para los estudiantes holgazanes!

Ya me figuro leer en una de sus páginas los siguientes renglones :

« Arturo se adelantó á su amante lleno de ansiedad.

» Elena proseguía desmayada. Sus pulsaciones eran lentas y apagadas. Sus pómulos presentaban una palidez mortal. Su lengua estaba seca y por su cuerpo corría en abundancia un sudor frío.

» Si Arturo en vez de ser su amante, hubiera sido un extraño, la habría aplicado unos sinapismos en las piernas ó la hubiera arrojado á la cara un jarro de agua.

» Y Elena no volvía en sí. La momentánea parálisis del corazón hacia que su cerebro no desempeñase sus naturales funciones y que todas las sensaciones y movimientos voluntarios estuvieran tambien suspensos. El síncope era no obstante accidental, y de menos gravedad por conveniencia, que si fuera resultado de una enfermedad.

» Afortunadamente, y por uno de esos actos que demuestran la intuición de los amantes, Arturo cogió un frasco de amoníaco y otro de éter sulfúrico y se los hizo aspirar. Le dió unas cuantas fricciones con agua de melisa y le hizo tragar unas cucharadas de vino.

» Elena volvió en sí y preguntó :

» — ¿Dónde estoy?

» Entonces Arturo se arrojó á sus piés riéndose convulsivamente.

» Sabido es que la risa convulsiva es uno de los síntomas de las enfermedades mentales, y de la inflamación del tabique muscular llamado diafragma, que se para la cavidad del vientre de la del pecho.

» Arturo se había vuelto loco. »

Por este sistema se puede enseñar en novela la medicina, todas las ciencias y aburrir á los lectores.

Hé aquí dos composiciones amorosas, industrial la una y amoroso-política la otra.

Son, como si lo viera, de Sebastian Mobellan :

De una graciosa modista
Que habitaba en una *imprensa*,
Segun la historia nos cuenta,
Enamoróse un *cajista*.
De las *letras* el amor
Perdió en sus risueños fines,
Y olvidó los *cajetines*
Quebrando el *componedor*.
En su delirio fatal
Por momentos aumentaba
La *impresión* que le causaba
Tan hermoso *original*.
Y como el amor no es manco,
En un momento de afán,
Rogó á la niña el galán
Que no le dejase en *blanco*.
Aunque haciéndose de nuevas,

Como quien sabe el *papel*,
Pidió la niña al doncel
Que de su amor diera *pruebas* :
Y en un raptó de pasión,
Éste, su mano besando
Se fué triste, *retirando*
Para esperar *corrección*.
Mas cuando en ratos serenos
Lloraba á mas no poder
Creyendo iba á *recorrer*
Todo un *párrafo* lo menos,
Se vió con delicia inmensa
Por ella á *renglon* seguido,
De tal modo requerido,
Que casi le puso en *prensa*.

— Jóven, dijo, ¿es regular,
Aunque parezca pretexto,
Que quien tal obra ha compuesto
Solo tire un *ejemplar*?
Sin duda no fueron vanas
Las frases de la aludida,
Pues hubo *arreglo* en seguida
A fin de *casar* las *planas*.
Y *dió á luz*, en conclusion
Poco despues la modista,
De las obras del *cajista*
Una esmerada *edición*.

La segunda está concebida en estos términos :

Soy restaurador... contigo,
Radical... al requebrarte,
Conservador... de tu honra,
Federal... para tu madre.
Moderado... al darte celos,
Progresista... para amarte,
Católico... por mi fe
Descreído... para nadie.
Transigente... para tí
Rojo... para mis rivales
Realista... para tus órdenes
Liberal... para obsequiarte,
Comunista... en nuestros bienes
Benévolo... en todas partes
Huelguista... en otros amores
Demócrata... con tu padre,
Fronterizo... con tu hermana
Y unionista... en los altares.

Ofreceré á los lectores el arte de conocer á las mujeres por el vestido.

Las que lo llevan estrecho, son avaras.

Las que muy ancho, fanfarronas.

Las que muy corto, aficionadas al baile.

Las que muy bajo y muy limpio, son ricas y elegantes.

Las que bajo y sucio, muy descuidadas.

Las que lo llevan siempre nuevo, son temibles.

Las que siempre viejo, han renunciado al amor ó no tienen de qué.

Las que lo llevan de colores claros, son muy alegres.

Las que de colores oscuros, son timoratas y juiciosas.

Las que abrochados hasta la garganta, son modestas.

Las que escotados, por lucir su torneada garganta.

Las que se le alzan cuando llueve, tienen los piés bonitos de fijo.

Las que no se lo alzan, los tienen feos.

Por lo demás, cada cual lleva el vestido que le da la gana, y á algunas les están todos tan bien que no hay mas remedio que admirarlas.

Sirva este último piropo para que perdonen las anteriores impertinentes observaciones.

Para acabar como he empezado, regalaré á los lectores este ramillete de chistosas anécdotas :

Un caballero decía á cierto cofrade suyo :

— Chico, es magnífico ese alfiler que llevas hoy en la camisa.

— Sí, regularcillo.

— ¿Se puede saber su valor?

— Hombre, no lo sé á punto fijo, porque cuando lo *tomé* en la platería no había allí nadie á quien poderle preguntar.

Hallándose un amigo mio en una casa, oyó á la señora que decía al aguador :

— El agua que trae Vd. me gusta mas que la de antes, porque es mas sabrosa y nutritiva.

Y respondió el aguador :

— Está claro; como que todas las mañanas se *lavan* con ella los aguadores.

Diálogo entre gente bien educada :

— Caballero, el vagon de fumadores no es este ; está al lado.

— Gracias, señora, no voy á él porque me incomoda el humo de cigarro de los demás.

— ¿Le incomoda á Vd. el humo? pregunta un paleto á una señorita de tren de tercera clase.

— Sí, mucho.

— Pues entonces, vaya Vd. á otro coche, porque voy á fumar.

Un hombre fué á reclamar el cadáver de un amigo suyo que se había arrojado al canal.

— ¿Tenía alguna seña particular? le preguntaron.

— Sí, señor; era sordo.

Escena recientemente acaecida en la estación central de telégrafos.

— ¿Se puede telegrafiar á Zaragoza?

— Está interrumpida la línea.

— ¿Y á Valencia?

— Interrumpida.

— ¿Y á París?

— Lo mismo.

— ¿Y á Portugal?

— Tambien interrumpida.

— ¿Y... cuatro duros, me podría Vd. dar?

Con el fin del mes han coincidido las segundas elecciones de diputados á Cortes del presente año.

Un periódico da la siguiente estupenda noticia :

» Uno de los nuevos diputados, dice, á pesar de su bigote postizo y de cierta apariencia viril perfectamente imitada, es una señora.

» La galantería nos impide descubrir el nombre de este nuevo político, que á imitación de Jorge Sand, viste hace seis años el traje masculino.

» Pero acaso la voz delate cualquier día á esta heroína del sufragio.

» Inútil es añadir, que el diputado-hombre es ministerial, aunque de la veleidad de su sexo se espera que pronto pase á los bancos de la oposicion. »

Si esta noticia sale cierta, ofrezco á mis lectores la explicacion del enigma en mi revista próxima.

JULIO NOMBELA.

Madrid 31 de agosto de 1872.

Revista de Paris.

Paris ha vivido esta semana de política extranjera. La anunciada entrevista de los tres emperadores de Alemania, de Rusia y de Austria, ha tenido efecto en Berlin, amenizada con banquetes, revistas, cacerías y demás festejos que señalaba el programa. Paris se ocupa en verdad muy poco en lo relativo á las fiestas; pero se ocupa mucho en los fines políticos que han debido ser la verdadera causa de la reunion de los tres emperadores. ¿Qué planes se fraguan? ¿Qué nos espera en Europa, qué le espera en particular á la Francia? ¿Se ha querido hacer una alianza ofensiva y defensiva contra toda guerra exterior, ó solo se ha pensado en sancionar la constitucion del nuevo imperio alemán tal como la dispone la Prusia?

No necesitamos decir que no vamos á responder aquí á tales preguntas. Seguramente si los emperadores han celebrado conferencias en las que han tratado del porvenir del mundo, como muchos suponen, el secreto debe estar muy bien guardado, pues ni las correspondencias, ni la prensa, nos hablan mas que de simples conjeturas. El campo está abierto á todos, y lo mismo la prensa inglesa que la francesa, confiesa sin reparo que no se sabe nada. En cuanto á la alemana es diferente.

¿Qué de artículos de política trascendental está dando á luz con una abundancia inagotable!

Las consecuencias de la entrevista serán inmensas; la paz está asegurada por tiempo indefinido, en razon á que los tres emperadores pueden poner sobre las armas un millon de hombres mas que todas las otras potencias reunidas.

Sin embargo, como todas estas suposiciones no eran en suma otra cosa que rumores periodísticos; hé aquí que un diario de Viena da un cuerpo al asunto y presenta á los lectores nada menos que un tratado elaborado por M. de Bismark y firmado por los tres emperadores.

En él se estipula que los tres monarcas de Alemania, de Austria y de Rusia, se garantizan mutuamente la integridad territorial de sus Estados; así como tambien, en punto á la política interior, se obligan á consolidar el gobierno monárquico, ejerciendo una rigurosa vigilancia sobre la prensa, reprimiendo las agitaciones democráticas y socialistas y concluyendo un tratado de extradicion contra todos los individuos que resulten culpables de aquellos delitos.

Tal es la esencia del supuesto convenio, que reproducen los diarios de Paris, aunque calificándole de apócrifo.

Sea como quiera, es evidente que la entrevista de Berlin debe ejercer una influencia en la política de Europa; y esa misteriosa eventualidad excita naturalmente las preocupaciones y los comentarios.

Al mismo tiempo que los emperadores conferenciaban

en Berlin, los internacionalistas celebraban un congreso en La Haya.

¿Cómo apartar los ojos de este doble espectáculo?

El telégrafo nos traía á la par el texto de los brindis de los emperadores y el resumen de los discursos verdaderamente incendiarios de los miembros de la Commune de París, que, como era de esperar, no han desaprovechado la ocasión para protestar contra su derrota y para anunciarnos su próximo triunfo y su venganza.

El congreso revolucionario ha tenido reuniones públicas y privadas; y todas ellas han conducido á una separación que divide á la sociedad en dos campos muy distintos.

Pondremos al corriente á nuestros lectores de la causa de la excitación, digna de conocerse.

Los delegados al Congreso eran los siguientes :

Inglaterra. — Karl Marx, F. Engels, G. Eccarius, Lesner, E. Dupont, Serrailier, Lemoussu, Cournot, Léo Frankel, Longuet, Wroblewski, Vichard, Vaillant, Ravvier, Wilmar, Barry, Johannard, Hermann, Applegarth, Roach, Mottershead, Sexton, Mac Donald, Hales y Ant. Arnaud.

América. — Sorge, Dereure, Sauva y West.

Australia. — Harcourt.

Alemania. — Scheu, Cuno, Hepner, Mielke, Farkas, Friedlaender, Sietgen, Schumacher, Bern-Becker, Kugelman y Heim.

Suiza. — Ph. Becker y Duval, Guillaume y Schwitzgubel.

Polonia. — Ikanowsky y Dumont.

Bélgica. — Brismée, Cyrille, Eberhard Gilkens, Frusch y Roch Spingard.

Países Bajos. — Van den Hout, Van den Abeele, Gerhard, Coenen y Dave.

España y Portugal. — Lafargue, Farga, Moraso, Marro y Mirini.

Francia. — Dumont, Schwarz Walden y Luguen.

Dinamarca. — Pihl.

De estos delegados, los sajones, esto es, los ingleses, los americanos, y principalmente los alemanes, son centralistas y comunistas, en tanto que los latinos, franceses, italianos, españoles y también los suizos, son federalistas y socialistas.

El consejo general de la Internacional presidido por Karl Marx, quería dar á la sociedad un carácter exclusivamente político; y á esto se han opuesto las secciones latinas.

Bajo este concepto, Vaillant, de la Commune de París, presentó á la aprobación del Congreso una proposición que puede resumirse del modo siguiente :

« En su lucha contra el poder colectivo de las clases poseedoras, el proletariado no puede obrar como clase, sino constituyéndose en partido político distinto opuesto á todos los antiguos formados por las clases poseedoras.

» Esta constitución del proletariado en partido político es indispensable para asegurar el triunfo de la revolución social y de su objeto supremo : la abolición de clases.

» La coalición de las fuerzas obreras obtenida ya por las luchas económicas, debe servir también de palanca en manos de esta clase, contra el poder político y sus explotadores.

» Puesto que los señores de la tierra y del capital se sirven siempre de sus privilegios políticos para defender y perpetuar sus monopolios económicos y avasallar el trabajo, el gran deber del proletariado es conquistar el poder político. »

El autor de la proposición la sostiene en un largo discurso, del cual tomaremos solo esta frase :

« No existe ni puede existir otra relación entre el proletariado y la clase media, que el combate. Hay que hacer justicia de la distinción de las clases; la política es nuestro medio; por ella y por la lucha incansable conseguiremos arrebatar á las clases poseedoras todos sus privilegios. Cuando la Commune de París haya triunfado, dará la mano á las de Prusia y Austria, para destruir la clase media en todas partes. »

Tal fué la piedra de toque que ha producido el rompimiento.

Aplazada la discusión en sesión pública, hubo una sesión secreta, cuyo resultado ha sido que Karl Marx dió su dimisión, y que se cambia la residencia del nuevo consejo general, que de Londres pasa á París.

La victoria es de la reacción; ó para decir la verdad, los internacionalistas se hallan divididos en dos partidos, de los cuales el uno adoptará la política como instrumento de renovación social, en tanto que el otro se atendrá á las antiguas bases de la sociedad trabajadora.

En las sesiones del Congreso se han dado noticias interesantes.

Así sabemos que la Internacional, aunque prohibida en Francia, cuenta numerosos adeptos que se calculan en 25,000 en París, 12,000 en Lyon, 7,000 en Lila; en suma, en todas las ciudades principales hay internacionalistas.

Segun los datos comunicados al Congreso, en todos los países hace progresos la sociedad.

En España existen, á lo que dicen, mas de 50,000 miembros, la mayor parte de ellos en Cataluña, sin que por eso falten en Castilla la Vieja y en Andalucía.

Parece ser que en Italia es donde encuentra menos adherentes.

Sin embargo, la organización existe como en todos los demás pueblos, hay secciones en correspondencia con el cuerpo general y periódicos consagrados á la obra.

A todo esto los gobiernos los persiguen sin descanso en cuanto los internacionalistas salen en lo mas mínimo del círculo en que los tienen encerrados; pero esta acción aislada de los poderes constituidos, no logra contener el incremento que toma en realidad la Internacional en todo el mundo.

Nuestra excursión por el extranjero nos ha detenido hoy, quizá demasiado tiempo. Sin embargo, nuestra excusa ya la hemos dado anticipadamente : París no se ha ocupado mas estos últimos días, que de la entrevista de los emperadores y del Congreso de La Haya.

Hablemos ahora de los teatros parisienses.

Como anunciamos en nuestra última revista, se han abierto ya todos los que han tenido cerradas sus puertas este verano, excepto el Italiano, cuya temporada no empieza hasta el 1º de octubre.

En la Opera Cómica, hubo una gran fiesta con el *Dominó negro* y el *Chalet*, dos partituras que tienen larga vida y que la empresa no abandona jamás, y con razón, puesto que hacen eternamente las delicias del público.

Mlle Priola fué tan aplaudida como de costumbre, no menos que Mlle Guillot y Raoul en el desempeño del *Chalet*.

Posteriormente se dió la *Dama blanca* para el debut de Mlle Ganetti, conocida ya por su bonita voz en el antiguo Teatro Lírico.

Entre tanto en la Grande Opera Faure cantaba *Don Juan* con su maestría de costumbre.

El público le hizo una ovación para probarle que es siempre su artista favorito.

Por fin se halla en estudio una novedad en el Gran Teatro de la Opera : es la *Coupe du roi de Thulé*, cuyos papeles se han repartido de este modo : el bufon, Faure; Yorick, Richard; Angus, Bataille; Claribel, Mlle Bloch; Myrrha, Mme Gueymard.

Ha llegado á nuestro poder el programa de la compañía italiana que ha de actuar en París desde 1º de octubre, como antes hemos dicho.

La lista es completísima; pero no todos los artistas están contratados para toda la temporada.

Hé aquí los nombres principales : Sras. Albani, 3 meses; Torriani, 5 meses; Volpini, 2 meses; Vestri, 7 meses; Bracciolini, 7 meses; Señores Belari, 6 meses; Capoul, 5 meses; Casarini, 7 meses; Gardoni, 2 meses; Marini, 2 meses; Mongini, 5 meses; Ramini, 6 meses; Ugolini, 7 meses; Colonnese, 7 meses; Delle Sedie, 4 meses; Verger, 7 meses; Antonucci, 7 meses; Bagaggiolo, 2 meses; Tagliafico, 7 meses; Vairo, 7 meses; Topai, 7 meses; Zucchini, 5 meses.

A la lista acompaña el programa de las óperas que han de cantarse, repertorio abundante en verdad, como se verá por los siguientes títulos :

Rossini : Il Barbieri di Siviglia, Matilde di Sabran, Cenerentola, Gazza Ladra, Tancredi, Mosé, Otello, Semiramide, Dona del Lago, Zelmira.

Mozart : Don Giovanni, Flauto magico, Nozze di Figaro, Clemenza di Tito, Così fan tutte.

Cimarosa : Matrimonio segreto, le Astuzie femminili.

Pergolese : La Serva padrona.

Paesello : Il Re Teodoro.

Bellini : Norma, Sonnambula, Beatrice di Tenda, Straniera, Pirata, Puritani.

Donizetti : Lucia, Poliuto, Marino Faliero, Parisina, Linda di Chamonix, Lucrezia Borgia, Olivo et Pasquale, Roberto Devereux, Caterina Cornaro, Elisir d'amore.

Mercadante : Il Bravo, la Vestale, Leonora.

Verdi : Ballo in maschera, Trovatore, Rigoletto, Traviata, Due Foscari, Forza del Destino.

Nicolai : Il Templario.

Ricci : Crispino e la Comare.

Petrella : Le Precauzioni.

Beethoven : Fidelio.

Coppola : Nina pazza per amore.

Flotow : Marta.

R. Wagner : Lohengrin.

ORATORIOS.

Hændel : Giuda Maccabeo.

Haydn : La Creazione, le Stagioni.

Donizetti : Il Diluvio universale.

SINFONÍA.

Félicien David : Le Désert.

Casi de todos los autores nombrados hay óperas no conocidas en París; y M. Verger hará un verdadero servicio al arte y á los aficionados, abandonando un tanto como parece prometernos, el repertorio corriente que desde hace muchos años es siempre el mismo, en favor de algunas novedades.

MARIANO URRABIETA.

La quinta de 1872 en la Alsacia.

La quinta de este año ha venido á probar que toda la juventud rica y pobre quiere ser francesa y servir á la República. Los aldeanos se dan cita en un centro cualquiera, y de allí los mozos se dirigen á la alcaldía mas próxima de Francia para el sorteo. En Saverna todos los mozos lo hicieron así, y lo mismo ha sucedido en Guebwiller, en Wissemburgo, en Schlestadt y en Melsheim. Con la bandera tricolor á la cabeza, y casi todos vestidos de blanco con flores en los sombreros, marchan á la alcaldía cantando la *Marsellesa*. Los que se quedan son contados, y ¡pobres de ellos! Un ejemplo : en Zimmersheim, un solo quinto de este año se quedó, diciendo que quería servir en el ejército alemán, y las mujeres le arrojaron de la aldea á pedradas.

Al ver lo que está pasando, es difícil pensar que la Alsacia pueda pertenecer jamás á los prusianos. Les tiene horror, y la opción por la Francia toma cada día mayores proporciones. Sobre este punto se cita un hecho elocuente.

Hay en el valle de Villé una aldea que se llama Fouchy. Hace algunos días el alcalde de Fouchy va á la prefectura y declara optar por la nacionalidad francesa.

— En ese caso, tendreis que dar vuestra dimisión, le dice el subprefecto.

— Aquí está, responde el alsaciano, sacando un papel de su bolsillo. Toda mi aldea ha optado por la Francia, yo soy el último, y quiero hacer lo mismo. Parécenos superfluo todo comentario.

L. C.

Los palomos viajeros.

(Continuacion. — Véase el número 1,027).

Aunque nos hemos prohibido toda incursión en la vida privada del palomo, apuntaremos, sin embargo, lo mas lacónicamente posible algunos pormenores indispensables para la economía general de nuestro estudio.

La muda anual comienza cuando acaba la época de los amores. Como importa no tener en la época de los concursos combatientes sin armas, es decir, sin las plumas esenciales para el vuelo, no se permiten los amores sino á fines de marzo, lo que se consigue mediante el alimento. Sin embargo, cuando los efluvios de la primavera influyen con precocidad, se pronuncia de oficio en los palomares la separación de cuerpos.

El momento mas favorable para lanzar al macho á la carrera, es cuando la hembra está á punto de poner. Preocupado con las consecuencias de esta operación fisiológica, el esposo se apresura á volver al domicilio conyugal.

Para la hembra sucede cuando tiene un pichon de veinte días, que no es aun bastante robusto para pasarse de los cuidados maternos.

En cambio es peligroso lanzar á lo lejos palomos que, padre ó madre, alimentan un pichonuelo. La imposibilidad en que están durante el viaje de soltar la pasta lechosa que les da la naturaleza despues de la incubación, les ocasionaria peligrosos desórdenes.

Por término medio se pueden obtener media docena de pichones por pareja anualmente; pero la sobrada fecundidad cansa á los viajeros. Así es que se limita á lo estricto necesario tolerando solo las incubaciones hasta compensar las pérdidas que las enfermedades, las deserciones y los peligros de los viajes han causado al palomar en la estación precedente.

Hay concursos para palomos viejos y jóvenes.

Se consideran jóvenes los que han nacido despues del 31 de diciembre del año anterior, y viejos los restantes. Por esto es costumbre que todo palomo que comienza á cubrirse, sea llevado á la sociedad, de que su amo forma parte, donde le aplican en el ala una marca. Así se evitan los fraudes ulteriores.

Un pichon de treinta días puede ya atender á sus propias necesidades, cuando tiene cuatro meses entra en el período de la enseñanza. Principian por enviarle

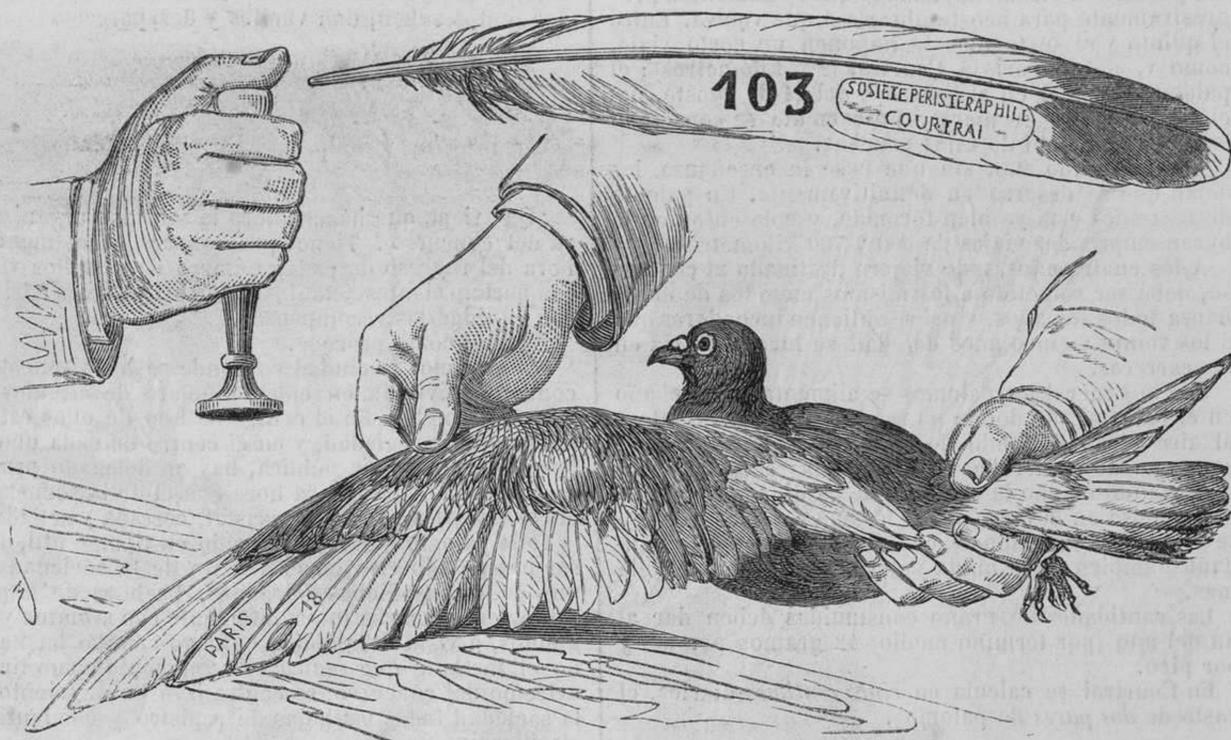


LA QUINTA DE 1872 EN LA ALSACIA. — Los mozos de Didenheim (cercanias de Mulhouse) marchando al sorteo en una aldea francesa.

CHAMPAGNE



Modo de trasporte del palomo á su vuelta al palomar.



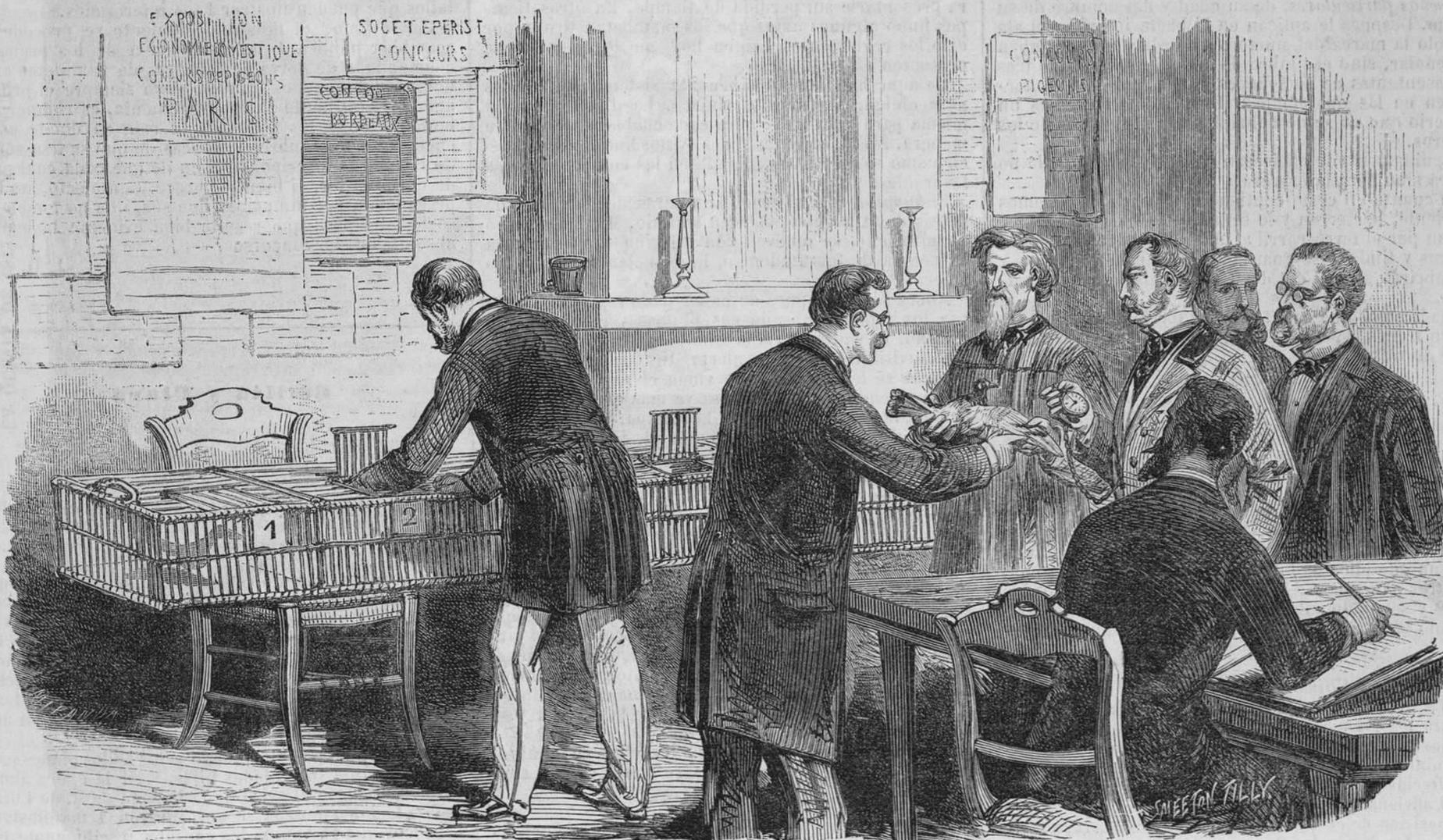
Modo de timbrar el ala del palomo.



Cesto en que llevan los palomos al jurado.



Los andarines.



Presentacion de los palomos al jurado, al fin de la carrera.

del palomar á ciertas distancias que se aumentan progresivamente para acostumbrarle á que vuelva. Entre el quinto y el sexto mes le imponen un corto viaje, como v. g. de París á Courtrai (227 kilómetros); el palomo vencedor en el concurso del 11 de agosto, nació á mediados de marzo. Únicamente se conservan los que salen bien de estas pruebas.

En el segundo año, sin que cese la enseñanza, les dejan que se desarrollen definitivamente. Un palomo de tres años está ya bien formado, y solo entonces le hacen emprender viajes de 600 y 700 kilómetros.

A los cuatro años, todo viajero destinado al concurso, debe ser sometido á los mismos métodos de enseñanza todos los años, y así se obtienen luchadores que á los veinte y cinco años de edad se lucen todavía en las carreras.

Por lo general los palomos se alimentan todo el año en el palomar, de donde no salen sino para revolotear al aire libre. El fondo de su alimento ordinario se compone de algarrobas y habichuelas secas y trigo, importando mucho la cuestión de cantidad, que debe ser copiosa en la estación de los amores, mas excitante (se añaden cañamones), cuando los concursos, abundante también en la muda y despues suficiente y nada mas.

Las cantidades de grano consumidas deben dar al fin del año (por término medio) 42 gramos por día y por pico.

En Courtrai se calcula en cinco céntimos diarios, el gasto de dos pares de palomos.

*
**

LAS CARRERAS.

La iniciativa de las carreras pertenece á las sociedades, las cuales pagan por cabeza de palomo, un derecho fijo, para cubrir los gastos de transporte y otros y parte para constituir un número de premios que viene á representar un poco mas del 10 por 100 del total de los competidores.

Estos premios se reparten segun una progresion descendente que, atribuyendo la suma mayor al palomo que llega primero, y la menor al último (1). Las ciudades suelen ofrecer medallas y objetos de arte, á veces de un valor considerable.

Cuando una sociedad quiere ofrecer un concurso, redacta un reglamento especial con todas las condiciones y le publica en todo el reino. Ciertas particularidades comunes á estos reglamentos, entrarán en las siguientes explicaciones.

*
**

LA INSCRIPCION Y LA PARTIDA.

Todo aficionado que quiere concurrir, debe llevar á la sociedad los palomos y entregar la puesta estipulada. Cada palomo queda inscrito en un registro *ad hoc*, bajo un número de orden secreto, con indicacion de sus señas particulares, de su edad y del nombre de su dueño. Despues le aplican en la parte interna del ala no solo la marca del número de orden que le acaban de señalar, sino el timbre de la sociedad y el de tres representantes de sociedades extranjeras, que intervienen en las operaciones. Esta última marca es un misterio que no se descubrirá hasta el regreso de los viajeros.

Seguidamente le encierran en el cesto de donde no saldrá sino para la carrera.

En cuanto un cesto contiene el número de palomos suficiente, le cierran y le sellan, y todos reunidos los envían por el ferro-carril al lugar del concurso. Sellos, marcas y timbres se guardan en una caja que sellan y que abrirán solo el día de los premios en sesion pública.

Añadiremos que casi todos los ferro-carriles belgas tienen trenes especiales todas las semanas para esta clase de transportes.

*
**

EL LACHER.

Ya están los palomos en el lugar del concurso y ha llegado el momento de soltarlos: es lo que llaman el *lacher*. Los cestos se alinean en una hilera, y cerca de cada uno de ellos hay un hombre. Se da la señal: una, dos, tres palmadas... A un tiempo se abren todos los cestos y seguidamente los palomos se lanzan, primero rozando la tierra como una sábana de plumas multi-

(1) Ejemplo: *Ultimo concurso de Paris*, 23 de agosto de 1872. Puestas, 1 fr. 75; los cént. para los gastos y el franco para los premios. 425 palomos soltados: 425 fr. de premios; 48 premiados; máximum de los premios, 30 francos; mínimum, 5 fr. — Esto sin hablar de las seis medallas ofrecidas, á saber: una de plata por la villa de París, al aficionado que saca mas palomos premiados; y por la Exposicion de economía doméstica cinco de oro, una de 100 fr. y las demás de 50.

colores que se desarrolla repentinamente; y luego todos juntos suben, dan vueltas y desaparecen.

*
**
EL REGRESO.

¿Qué tiene que hacer ahora la sociedad organizadora del concurso? Tiene que conocer exactamente la hora del regreso de cierto número de aquellos viajeros pertenecientes á tantos palomares para distribuir con equidad las recompensas.

Hé aquí cómo procede. Supongamos la ciudad en donde se ha dispuesto el concurso dividida en cierto número de círculos del mismo diámetro. En el centro de uno de ellos está el asiento de la sociedad, y en el centro de cada uno de los otros y en la vía pública, hay un delegado provisto de un cronómetro á la hora con el de la sociedad y encerrado en una caja de cristal, cerrada y sellada.

Todo palomo que ha regresado en tiempo útil, debe ser presentado vivo en el asiento de la sociedad ó á uno de los susodichos delegados. La hora de la presentacion se marca inmediatamente con minutos y segundos, á vista del público, y luego cuando ha llegado el instante que indica el reglamento como limite extremo del concurso, se centralizan en el asiento de la sociedad todas las hojas de registro y comienza la clasificacion.

Pero hay palomares partícipes del concurso mas ó menos distantes de la ciudad, y en este caso el delegado oficial es el jefe de la oficina telegráfica mas próximo que trasmite por telégrama á la sociedad la hora en que le han presentado tal palomo con tal plumaje y número.

Otro inconveniente. ¿Y los que no tienen telégrafo á mano? A estos se les abonan 3 minutos por kilómetro; esto es, desquitan de la hora en que presentan el palomo tantas veces 3 minutos como kilómetros mas que los aficionados de la ciudad han tenido que hacer para presentarlos.

Otra objecion. La distancia de punto de partida á los lugares de llegada es muy variable, puesto que todos los palomares del reino pueden tomar parte en la lucha. No cabe duda. Por esta razon, determinada la distancia á vuelo de pájaro, entre la ciudad del concurso y la que le ha organizado, la hora real de la presentacion de los palomos forasteros se disminuye, en la clasificacion de tres cuartos de minuto por kilómetro andado de mas, ó se aumenta de lo mismo por kilómetro de menos. Además, diremos que las distancias están calculadas por un mapa especial que hace ley en Bélgica (1).

No habiendo ya mas objeciones, continuamos nuestro asunto.

*
**

El palomo que de regreso toca á su palomar no siempre entra en él inmediatamente. Ahora bien, el punto importante para el amo es apoderarse del palomo para presentarle sin pérdida de tiempo. En otros tiempos hubo algunos amos que los mataban á tiros y por esto los reglamentos exigen hoy que los palomos se presenten vivos.

De aquí han nacido cincuenta sistemas diferentes para obligar á entrar al viajero. La dificultad es la misma para cada uno; pero cada cual la resuelve á su manera. No insistiremos pues, y nos limitaremos á decir cómo se efectúa la entrada en las condiciones mas favorables.

El *happeau* está abierto. Las caras de delante y de detrás de la trampa están en su sitio. Muebles, como hemos dicho, se mueven con relacion al palomar, la del fondo, de fuera adentro, la de delante, de dentro afuera.

Ahora bien, despues de haber dado algunas vueltas por los tejados, alisado sus plumas y reconocido el terreno, el cansado viajero se posa en la tablilla. El amo invisible, pero muy alerta, tira de la cuerda, el *happeau* se levanta y ya no vuela el palomo. Verdad es que viéndose allí no piensa ya mas que en entrar; empuja la cara de detrás de la trampa, que se levanta para abrirle paso y cae detrás de él. Está enjaulado. El amo levanta la cara anterior de la trampa y se apodera del palomo...

Hagamos una pausa. No todos los amos tienen tiempo para espiar el regreso. ¿Cómo hacer para saber ese instante en que el palomo se decide?

Hé aquí el ingenioso sistema que emplea M. de Moor:

Suprime el *happeau* y la cara exterior de la trampa queda completamente abierta. Entra el palomo, la jaula se cierra automáticamente; se adelanta, bajo su peso, el suelo movable cruje ligeramente, se establece una corriente eléctrica y hace tocar una campanilla en el gabinete del amo. Este acude, abre la trampa y se apodera del palomo...

Preso el palomo, le meten en un cestillo de mimbre, cuya parte superior es de tela y se cierra con un cor-

(1) Su autor es M. F. Vandermaelen y ha sido publicado por el periódico *l'Épervier*.

don, como un ridículo; el amo baja á toda prisa la escalera y arroja el cestillo á un hombre que le espera en el último escalon. El hombre toma el cestillo con los dientes y echa á correr como una saeta hasta que llega á un compañero apostado mas lejos, el cual le trasmite á otro, y este á otro, etc., hasta que llega al delegado mas próximo.

Con efecto, cada aficionado organiza por su cuenta una linea de relevos para ganar algunos segundos.

De los pueblos vecinos le llevan á caballo. Una anécdota sobre el concurso del 11 de agosto. Un aficionado de las cercanías de Courtrai llegaba á escape á presentar un palomo y llegado á la entrada de la ciudad, el caballo se cae, el jinete se rompe una pierna y el palomo muere aplastado.

¡Muerto el palomo, muerto el premio!

Jamás el *time is money* se ha empleado mejor que en tales ocasiones. Todo está en ganar algunos segundos. ¿Cómo suprimir, por ejemplo, la pérdida de tiempo que resulta con tener que bajar del granero al patio el palomo de regreso? Pérdida tanto mas perjudicial, cuanto que durante la bajada puede llegar otro palomo.

Este es uno de los mil problemas.

M. J. du Vivier ha encontrado la solucion siguiente:

El primer andarin espera en el umbral de la casa, y á dos pasos está un amigo debajo de la ventana. El amo está arriba. De la ventana á las manos del amigo hay una cuerda; y en el cordón del cesto hay un anillo. Una vez el palomo en el cesto, el amo pasa la cuerda en el anillo, baja el palomo, el amigo le recibe y le entrega al andarin que arranca inmediatamente. Entre el instante en que se apoderan del palomo y la salida del andarin no pasan mas de 10 á 12 segundos. Hablamos por experiencia.

Nada mas curioso en esos instantes que el aspecto de las calles. Es una animacion extraordinaria. Es preciso haber visto de cerca la «cuerda de los palomos» para comprender el entusiasmo de los belgas por tales concursos.

*
**

ÚLTIMOS PORMENORES.

Se concluyó la carrera y estamos en el asiento de la sociedad. En la sala de reunion, vemos varios cestos oblongos divididos en compartimientos. Su anchura es equivalente al largo de un palomo. Los compartimientos tienen, á contar de la izquierda, una serie de números correspondiente al número de premios que deben repartirse.

En cuanto se ha hecho constar la identidad de un palomo, por la conformidad de las marcas que tiene en el ala, con las indicaciones del registro, le encierran en el compartimiento al que le da derecho su turno de llegada.

Cuando se han recibido todos los telégramas y juzgado todas las reclamaciones, se hace la clasificacion definitiva. Entonces se entregan los palomos á sus respectivos dueños y se publican en los periódicos los resultados del concurso, especificando los menores detalles que pueden ilustrar á los interesados.

Por último, el domingo siguiente se procede en asamblea pública á la distribucion de los premios, acompañada de flores de retórica, de ramilletes artificiales y de muchos brindis. Pero siempre el primer acto del presidente en esta ceremonia, es romper delante de todos, los sellos de la caja en donde están encerrados los timbres y marcas de que se han servido cuando la inscripcion, á fin de que cada cual pueda examinarlos, si bien le parece. Con efecto, no hay precaucion, por minuciosa que sea, que no tomen las sociedades para que resulte bien evidente la lealtad absoluta de sus concursos.

J. D.

Emilia y Clara.

NOVELA ORIGINAL.

(Continuacion. — Véase el número 1,027).

La baronesa enseñó esta carta á su amiga, la que deslumbrada por el mérito del joven y por sus cuantiosas riquezas, formó los mismos planes respecto de su Emilia. Los continuos elogios que oían hacer del joven Luzi á cuantos le conocían, fortificaban la inclinacion de las dos madres á este enlace, que estrecharía además los vinculos de su amistad con M. de Luzi, hombre generalmente amado y respetado por su mérito.

El tiempo se pasó formando estos bellos planes para la felicidad de sus amadas hijas, y en la época anunciada recibieron el aviso de la llegada de M. de Luzi á París. Las dos amigas se apresuraron á manifestarle el placer que su venida les causaba, recibiéndole con todas las consideraciones que su sincera amistad exi-

gia. M. de Luzi con su acostumbrada afabilidad agradeció aquellas muestras del aprecio con que le miraban, y les prometió visitarlas apenas la fatiga del camino se lo permitiese, manifestando grandes deseos de ver á Clara y Emilia.

La baronesa, de vuelta á su casa, preparó á Clara sobre esta visita, pintándole á M. de Luzi como realmente era, y como uno de sus mejores amigos. Clara, que apenas conservaba idea de este hombre respetable, pero que sabía cuánto apreciaba la baronesa su opinion, cobró grandes deseos de merecer su aprobacion. Madama de Vertel por su parte se ocupaba en adornar á Emilia, bien persuadida de que la bonita figura de su hija, y sus talentos cautivarían el corazon y la voluntad de su digno amigo.

M. de Luzi, impaciente, se apresuró á cumplir su palabra encaminándose á casa de la baronesa á quien halló sola en su gabinete ocupada en sus lecturas. M. de Luzi tomó asiento á su lado, é insensiblemente se engolfaron en una conversacion que tenia mucho atractivo para ambos, y que es tan natural entre dos amigos que se aprecian, y que se han visto separados por espacio de muchos años. Pero M. de Luzi la interrumpió, preguntando por Clara. Mucho siento, respondió la baronesa, que haya Vd. venido precisamente en un día en que mi hija se halla bastante indispueta. Sin embargo, no quiero que se vaya Vd. sin verla; pero exijo de Vd., amigo mío, otra visita con el mismo objeto. Sabe cuánto aprecio su opinion, y quiero que Vd. juzgue de la educacion de mi Clarita.

Al concluir estas palabras la baronesa tocó la campanilla, y mandó á su camarera que hiciese venir á Clara. Poco tardó esta en presentarse, y tomándola su madre por la mano la presentó á M. de Luzi. Clara le saludó con modesto agasajo; pero recobrando al momento su natural reserva, tomó asiento junto á su madre y guardó silencio.

M. de Luzi la observó atentamente, y la opinion que formó no fué nada lisonjera para nuestra heroína, juzgándola una criatura fria é insignificante. En cuanto á su figura no la creyó tampoco gran cosa, despues de haber observado su rostro pálido, el descuido de su adorno, y su andar pausado: en fin, no titubeó en calificarla de poco agradable; y sobre todo, de ser muy inferior á su madre, que aun conservaba mucha parte de belleza, y cuyo talento siendo á un mismo tiempo vivo y dulce, tenia mil atractivos.

Clara se quejó de un gran dolor de cabeza, y pidió permiso para retirarse, y habiéndolo obtenido, salió del gabinete despues de haber hecho una sencilla cortesía á M. de Luzi.

La baronesa se volvió hácia su amigo, y le miró atentamente, como si con sus miradas quisiese penetrar su interior, y despues le recordó su promesa de volver otro día, diciéndole con dulzura:

— Usted todavía no conoce á mi Clarita, ni puede juzgar de su mérito.

M. de Luzi le aseguró vendria todos los días á informarse de la salud de su hija, hasta que esta se hallase en estado de manifestarle sus talentos, que sin duda serian dignos de su tierna y prudente directora; y despidiéndose con su acostumbrada afabilidad de la baronesa, se encaminó á casa de madama de Vertel. Allí le esperaba un cuadro bien diferente y que estaba bien lejos de esperar; pues como apreciaba tanto á la baronesa de Benlie, y era tan entusiasta de sus gracias y virtudes, se habia formado de su hija una idea tan superior, que nunca llegó á creer que Emilia pudiera igualarla. Mas cuál fué su sorpresa, cuando se presentó á su vista la graciosa jóven, vestida con elegancia, y hermosea con todos los atractivos de la juventud? Emilia instruida por su madre, se hallaba animada por el deseo de agradar, y sabia hacer servir tan bien este deseo á su favor, que añadia un nuevo atractivo á sus acciones y palabras naturalmente expresivas. Agradó infinito á M. de Luzi su conversacion llena de gracias y viveza, y madama de Vertel orgullosa con las muestras de su aprobacion, no se recataba en manifestar su complacencia y alegría.

M. de Luzi, despues de haber admirado sus gracias y su extraordinaria belleza, la condujo á su piano, y sabiendo que poseia con perfeccion este instrumento, la instó para que tocara algun trozo de buena música. Emilia no se hizo de rogar, y principió una hermosa sonata de Steibel. Sus dedos ligeros recorrian con velocidad el teclado, haciendo resonar el instrumento con armoniosa melodia, y su ejecucion rica y complicada, era justamente elogiada de cuantos la oian.

Absorto M. de Luzi, manifestó su aprobacion con alabanzas tan expresivas, que la madre, llena de alegría, ya no dudó del triunfo de su querida Emilia. Despues condujo esta á su amigo á un pequeño gabinete adornado con los dibujos de su hija, los que examinó M. de Luzi con atencion, y como muy inteligente en la pintura, conoció que no habia sido tan feliz Emilia en este arte como en el de la música. Sin embargo, elogió los cuadros; pero la madre se apresuró á decir, que jamás sobresaldria Emilia en esta habilidad por la extremada viveza de su genio, que la hacia incapaz de una continua aplicacion, añadiendo que muchas veces se habia disgustado por ello, y que su amiga Clarita habiendo principiado al mismo tiempo que ella, poseia esta preciosa habilidad con una perfeccion sin igual.

M. de Luzi se sonrió, y dijo que era imposible poseer con buen éxito todos los talentos.

Ya era tarde, y M. de Luzi conociendo que se habia detenido mas tiempo del que se habia propuesto, se

despidió de las dos señoras, prometiéndoles volver á menudo á visitarlas. Cuando hubo salido, madama de Vertel corrió á abrazar á su hija, felicitándola de su triunfo con muestras de tanta alegría, que Emilia, que ignoraba sus planes, no pudo dejar de preguntar admirada á su querida mamá, qué ventajas se prometia de la conquista del viejo M. de Luzi. Madama de Vertel, acordándose felizmente de los consejos de su amiga, eludió sus preguntas, y Emilia como hija respetuosa, no intentó penetrar los secretos que su madre la ocultaba.

M. de Luzi, en efecto, habia quedado muy prendado de las gracias de Emilia, pero era demasiado prudente para decidirse por solas estas demandas exteriores. Además, apreciaba tanto á la baronesa, que su alianza con esta virtuosa señora era su deseo favorito, y aunque halló á Emilia tan superior á su amiga, se propuso observarlas á las dos, examinar sus genios e inclinaciones, y decidirse por la que poseyese mas prendas morales, que son las únicas que aseguran la felicidad de un buen esposo.

Cuando Clara estuvo enteramente restablecida, la baronesa citó á su amigo para una noche. M. de Luzi aceptó esta invitacion con tanto mas gusto, cuanto sabia que hallaria reunidas á las dos jóvenes, y podria observarlas á un mismo tiempo; esperó con impaciencia, y llegada la hora marchó á casa de la baronesa.

Halló efectivamente á Clara mucho mejor y adornada con gusto, si bien con mucha sencillez. La conversacion se hizo general; pero M. de Luzi, de intento, hizo varias preguntas á Clara sobre diferentes puntos de instruccion, y sus respuestas dadas con un aire de modestia y sin manifestó deseo de sobresalir, le obligaron á formar una idea ventajosa de su talento.

Despues de esta especie de exámen, la rogó que cantase alguna cosa. Emilia se dispuso á acompañarla, y M. de Luzi, tomando la mano de Clara, la condujo al piano, diciéndole con ternura:

— Vamos, hija mia, proporcionadme el placer de admirar en vos la obra de la mas virtuosa de las madres.

Clara, cubierto el rostro del precioso color de la inocencia, respondió haciendo una modesta cortesía: — Mi deseo, señor, es que no me juzgueis indigna de los tiernos desvelos de mi querida mamá.

Emilia cortó este diálogo con un prelude, en el que hizo lucir la agilidad de sus dedos, y luego dando principio al acompañamiento de una ária del célebre Cimarosa, dió la señal para empezar. Clara cantó con una expresion y un gusto sin igual. Su voz dulce y melodiosa resonaba en el espacioso salon, ya con majestuosa fuerza, y ya templada con patética dulzura. M. de Luzi la miraba embebecido, y ya no veia aquella jóven, cuyo exterior frio tanto le habia disgustado. Su rostro animado y sus ojos brillando con el fuego de la sensibilidad, la daban un aire mas precioso que la misma hermosura. Su voz insinuante penetraba hasta lo interior del corazon, llenándole de una dulce emocion, efecto de su expresion inimitable.

Cuando acabó de cantar, M. de Luzi, enternecido se levantó, y dirigiéndose á Emilia, le dijo:

— Si Vd., señorita, supo admirarme, justamente por su brillante y rica ejecucion, su amable amiga, con su encantadora expresion, ha llegado hasta mi alma, y la ha conmovido.

Clara levantó sus ojos y miró á M. de Luzi, y hallando su rostro venerable salpicado de lágrimas, no pudo dejar de enternecerse. Satisfecha de haber merecido la aprobacion del respetable anciano, le dió las gracias por sus elogios con su acostumbrada modestia, y fué á sentarse junto á su madre, cuyos ojos brillaban de alegría. M. de Luzi continuó mirándola atentamente, y bien pronto observó que su rostro volvía á recobrar su aparente frialdad, perdiendo insensiblemente la expresion que le habia embellecido.

— ¡Jóven apreciable, exclamó dentro de sí, qué pocos serán los que sepan apreciar tu mérito! Tú cubres tus perfecciones con el velo espeso de la modestia y del pudor, y semejante al tesoro oculto en las entrañas de la tierra, necesitas del ojo observador del hombre inteligente para conocer tu valor.

La baronesa distrajo á su amigo de estas reflexiones, convidándole á pasar á otro salon muy bien iluminado, donde estaban los dibujos de su hija. El salon era espacioso y se hallaba todo adornado con las obras de Clara. Enfrente de la puerta principal se veia un hermoso cuadro, que representaba un templo, en medio del cual, se hallaba el busto de la baronesa. Dos genios alados sostenian sobre su cabeza una corona de perpétuas, y al pié de la estatua se veia *el amor filial*, bajo la figura de una hermosa ninfa, que con los ojos fijos en el busto, le ofrecia varios dibujos como primicia de su aplicacion: bajo del cuadro se leian estas palabras «á la mas tierna de las madres, Cl. de B.» M. de Luzi, que como ya hemos dicho, era gran conocedor en pintura, al momento descubrió la maestría de la mano que habia sabido dar tal vida al lienzo, y tanta perfeccion al colorido. Al lado de este cuadro se hallaba otro que representaba á Emilia y Clara. Las dos jóvenes enlazadas se miraban sonriéndose. Clara tenia uno de sus brazos por el cuello de su amiga, y con la otra mano colocaba sobre su frente una corona de rosas blancas, símbolo del candor. La semejanza de estos dos retratos era tan perfecta, que M. de Luzi, absorto, manifestó su admiracion de que en tan corta edad pudiese Clara poseer con tal perfeccion un arte que exige tanto tiempo y tanta aplicacion; pero Emilia tomando la palabra, le dijo:

— Que su amiga tenia una pasion decidida por el dibujo, y que reuniendo á un mismo tiempo una disposicion y talento nada comun, con una aplicacion sin ejemplo, habia sabido superar tan grandes dificultades.

Y tomando una luz la acercó á otro cuadro que representaba el retrato de madama Vertel, diciendo:

— ¡Qué no daria yo por copiar con esta perfeccion las facciones de mi querida mamá!

El resto del salon estaba adornado con cuadros mas pequeños, que representaban varios paisajes graciosos, y puntos de vista muy pintorescos. M. de Luzi no pudo menos de dar á la jóven artista los elogios que tan justamente merecia, y volviéndose á la baronesa le aseguró que su hija hacia verdaderamente honor á la esmerada educacion que habia recibido, y despues mirando á madama de Vertel, añadió:

— Son ustedes unas madres felices.

El resto de la noche se pasó en conversacion, y Emilia sobresalió en ella con su gracia acostumbrada, manifestando su natural alegría, sin que la superioridad de los talentos que su amiga acababa de manifestar, la hubiese mortificado. Este hizo formar á M. de Luzi una opinion muy favorable de su corazon y de la amistad que las unia. Clara habló poco, pero con acierto y sin afectacion, porque sus talentos y la aprobacion que habian merecido á un hombre inteligente, no eran capaces de ensoberbecerla.

M. de Luzi las dejó muy tarde, y retirado á su casa se entregó á sus reflexiones. Estaba ya decidido á pedir la mano de una de las dos jóvenes; pero el lector no extrañará, que al querer elegirla, titubease. La balanza se inclinaba ya á favor de Clara, cuando la linda y graciosa Emilia se ofrecia á su imaginacion adornada con todos los encantos de la inocencia, y sus dudas volvian á renacer. En esta alternativa se decidió á hacer aun otra prueba, y ver cuál de las dos triunfaba.

Es fácil al hombre maduro y observador, penetrar el corazon de una jóven sin experiencia de mundo, y sobre todo, cuando esta jóven se presenta por la primera vez en la sociedad. M. de Luzi deseoso de hacer esta experiencia se dió prisa en llevar á las madres los billetes necesarios para un magnífico baile que se daba en Paris, dentro de ocho días, con motivo del casamiento de uno de sus principes. Sus majestades debian asistir á él con todo lo principal de la nobleza, y M. de Luzi manifestó á la baronesa, y á su amiga sus deseos, de que las dos jóvenes fuesen presentadas en el gran mundo por la primera vez.

Las dos amigas, despues de haber consultado con M. de Luzi, llamaron á sus hijas, y entregaron á cada una veinte lises, con orden de disponer por sí mismas lo necesario para su adorno y vestido. Emilia y Clara, admiradas al verse dueñas de esta cantidad, se entregaron á sus reflexiones; pero Emilia, incapaz de pensar por mucho tiempo se dió prisa en buscar á su amiga, para comunicarle sus proyectos de elegancia, y saltando de alegría al pensar en la preciosidad de su adorno, le decia:

— Querida mia, quiero que me participes tus planes. ¡Qué preciosa diversion nos espera á nosotras, que nunca hemos visto nada semejante! ¡Qué lujo, y cómo se disputarán las bellezas el premio de la elegancia al presentarse en una funcion honrada con la presencia de los reyes! Yo soy de opinion que ya que nuestras madres han querido que dispongamos de esta cantidad tan excesiva, debemos presentarnos de un modo que no las haga poco favor. Sé que tienes gusto en tus adornos, y quiero consultarte el mio.

(Se continuará.)

El ferro-carril de las Cordilleras.

El Perú contiene inmensas riquezas que por falta de vias de comunicacion, han permanecido hasta aquí ignoradas de todo el mundo. Ahora bien, comprendiendo el gobierno peruano cuán perjudicial es á los intereses del país semejante estado de cosas, se aplica desde hace algun tiempo á poner remedio, con cuyo fin tiene aprobados ya varios nuevos trazados de ferro-carriles, que se ejecutan actualmente.

Uno de los mas importantes es el ferro-carril de las Cordilleras.

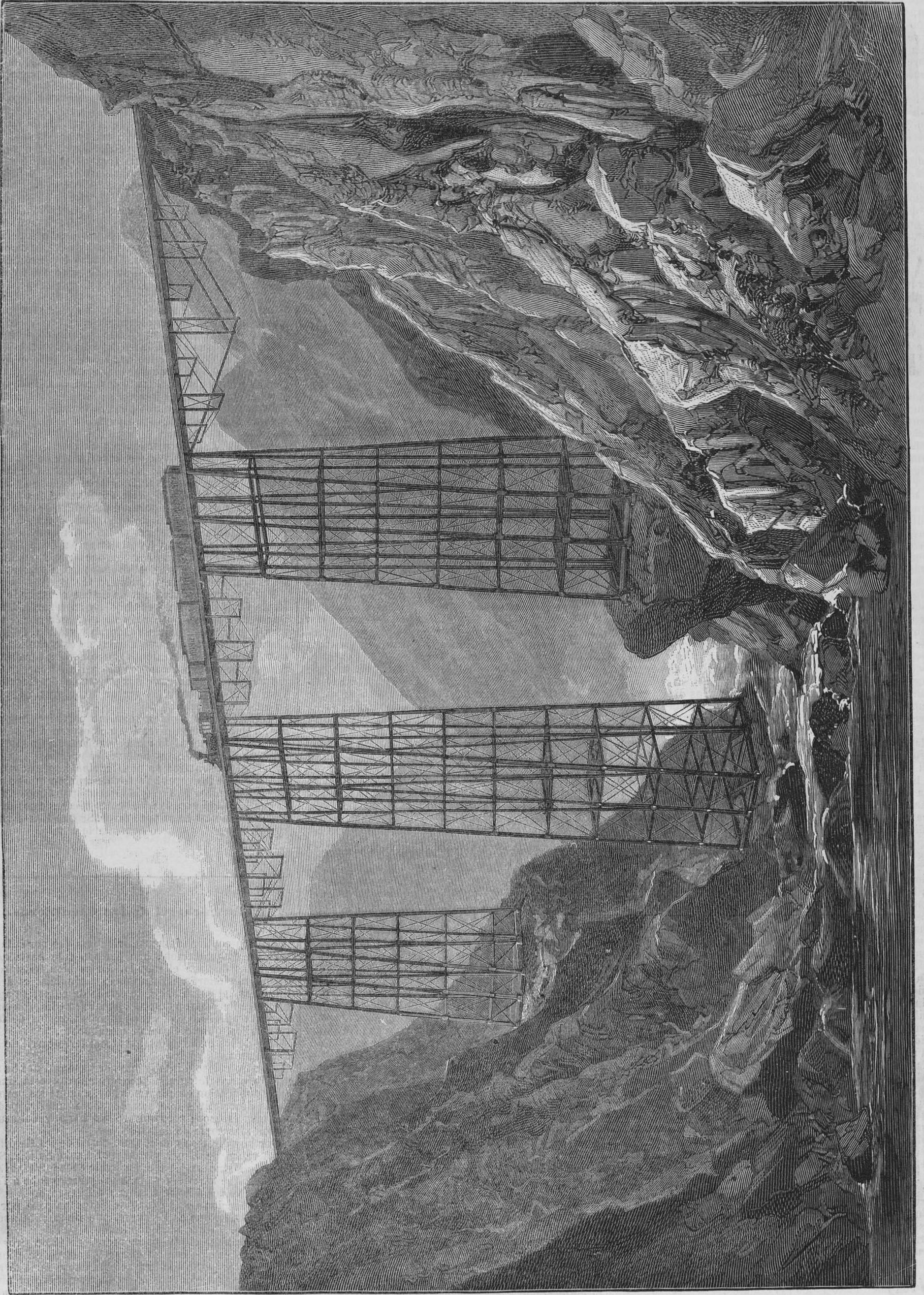
Nuestro celoso é inteligente corresponsal nos ha remitido varias fotografias concernientes á esta línea, cuya publicacion comenzamos hoy, aunque los permisos descriptivos que han llegado á nuestro poder son muy escasos; pero volveremos á tratar del asunto con mas copia de datos.

Por hoy diremos que el ferro-carril de las Cordilleras arranca de Lima, y pasa por Santa Eulalia, San Juan de Matucana y Yauli, en donde encuentra las Cordilleras, que atraviesa y el Oroya, y luego sube á Tarma para volver á bajar á Jauja y á Huancayo.

En la seccion de San Juan de Matucana pasa por el viaducto de *Agua de Verrugas*, que representa nuestro dibujo. Es una obra admirable.

Este viaducto entre dos montes tiene 460 metros de largo y su estribo central ofrece 77 metros de altura.

En ciertos puntos del trayecto, la nueva línea férrea estará elevada lo menos 4,000 metros sobre el nivel del mar, altura casi doble de la que tiene el ferro-carril del Pacifico, que no es superior á 2,100 metros.



AMÉRICA. — Ferro-carril de las Cordilleras : Viaducto de Agua de Verrugas. (Dibujo copiado de la fotografía de los Sres. Richardson y compañía, de Lima).



SUIZA. — El gran concurso musical de Ginebra: las sociedades musicales en su tránsito por las calles de la ciudad.

Las fiestas de Ginebra.

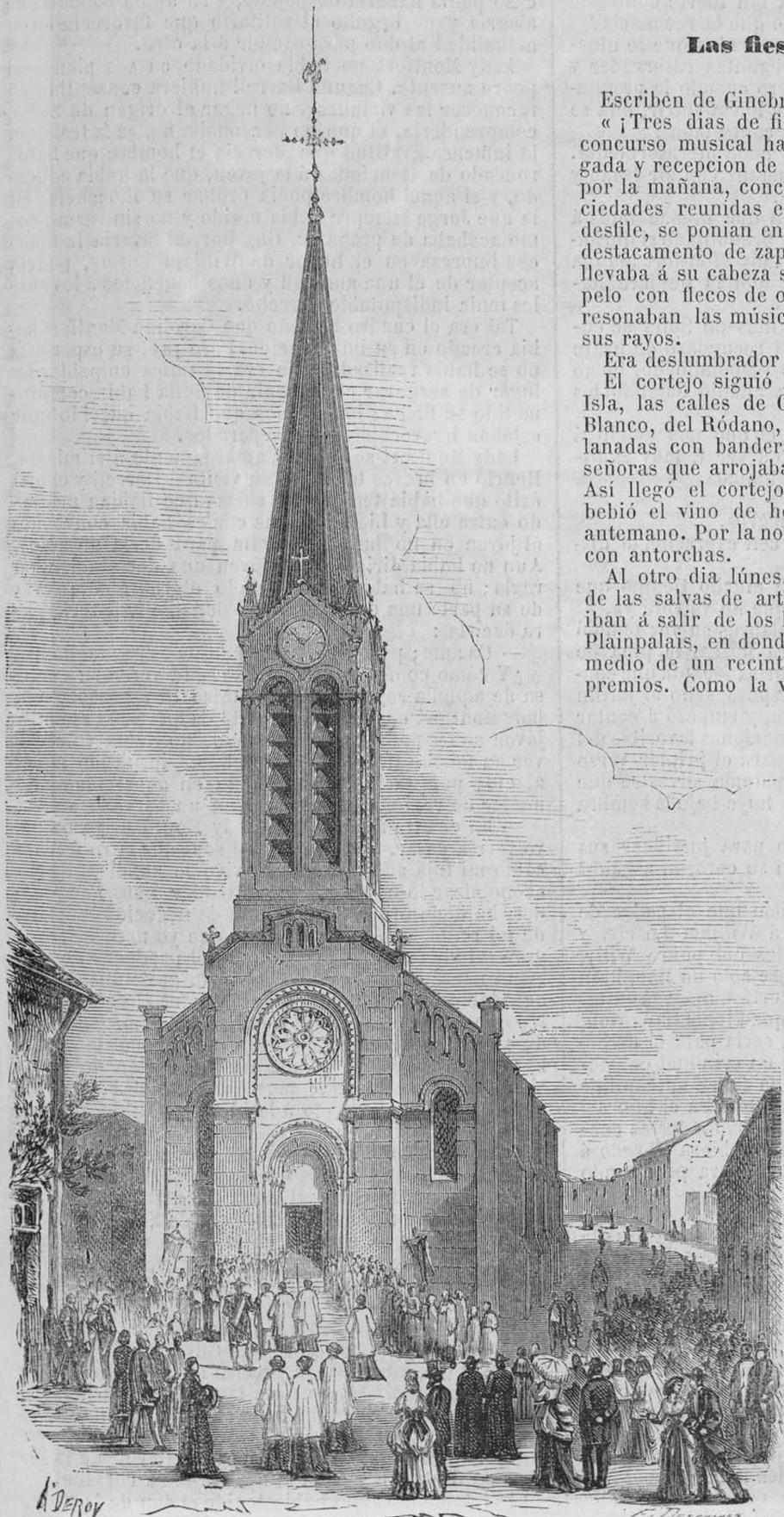
Escriben de Ginebra con fecha 27 de agosto:
 « ¡Tres días de fiesta y un tiempo magnífico! El concurso musical ha estado brillante. El sábado, llegada y recepción de las diversas sociedades. Domingo por la mañana, concurso. Por la noche, todas las sociedades reunidas en el llano de Plainpalais para el desfile, se ponían en marcha, precedidas de un corto destacamento de zapadores bomberos. Cada sociedad llevaba á su cabeza su estandarte de seda ó de terciopelo con flecos de oro, y en tanto tronaba el cañon, resonaban las músicas y el sol lo inundaba todo con sus rayos.

Era deslumbrador el espectáculo. El cortejo siguió la Corraterie, los puentes de la Isla, las calles de Coutance, de Cornavin, del Monte Blanco, del Ródano, de Verdaine y otras, todas engalanadas con banderas. En todos los balcones había señoras que arrojaban ramos de flores á los músicos. Así llegó el cortejo al bastion Bourgeois, donde se bebió el vino de honor en las mesas preparadas de antemano. Por la noche iluminacion general y marcha con antorchas.

Al otro día lunes, Ginebra se despertaba al ruido de las salvas de artillería. Las sociedades musicales iban á salir de los bastiones para volver al llano de Plainpalais, en donde se había elevado una tribuna en medio de un recinto destinado á la distribucion de premios. Como la vispera, acudió allí una inmensa



Estatua de Nuestra Señora de la Esperanza.



FRANCIA. — La iglesia de Jézainville, inaugurada el 18 de agosto.



Capilla de Nuestra Señora de la Esperanza, erigida en el campo de batalla de Villiers-Bretonneux (Francia).

multitud, que saludó á los laureados con formidables aclamaciones.

Después de la distribución de premios, algunas de las sociedades volvieron á la ciudad, y otras se dirigieron á Carouge. En todas partes reinaba la alegría, y Ginebra no cesó de presentar el aspecto más animado hasta las altas horas de la noche, cuando aun resonaban los últimos acordes del baile, que dieron fin á tan magníficas fiestas. Y.

La nueva iglesia de Jézainville

(FRANCIA).

Jézainville es un pueblecito que pertenecía antes de la guerra al departamento del Meurthe, y que hoy forma parte del Meurthe y Mosela. Cuenta solo 656 habitantes; pero está bonitamente situado á 3 kilómetros de Pont-á-Mousson, al pie de una colina cubierta de viñedos en una cañada que toca al hermoso valle que riega el Mosela, y gracias á esa situación, está llamado en un porvenir próximo á tomar mucho incremento. Con efecto, las numerosas industrias que huyen de las provincias anexadas, vienen en gran parte á establecerse en esa feraz comarca, arrastrando consigo poblaciones enteras y el movimiento propio de todos los centros de negocios. Jézainville se resiente ya, y su ayuntamiento trabaja en poner á esa localidad al nivel de su nueva fortuna. Se han ejecutado diferentes obras de embellecimiento, entre las cuales debe contarse la construcción de una nueva iglesia destinada á reemplazar la antigua, que era pobre y se caía en ruinas.

El dibujo que damos de esta bonita iglesia, ejecutado sobre los planos de un arquitecto de Nancy, nos dispensa de hacer su descripción. El 18 de agosto último se inauguró con gran pompa, en presencia de un gran concurso de población, asistiendo al acto el vicario general y el secretario general del obispado de Nancy. X.

Capilla de Ntra. Señora de la Esperanza.

El monumento fúnebre cuyo dibujo ofrecemos á nuestros lectores, ha sido elevado á la memoria de la batalla que se dió en Villers-Bretonneux el 27 de noviembre de 1870.

Exteriormente tiene de largo 12 metros, con 5 de ancho y 15 de alto, y encierra una estatua de Nuestra Señora de la Esperanza, que reproducimos igualmente.

La estatua, de tamaño natural, es obra del escultor M. Biébuyck, de Lila. Bajo la cúpula hay lápidas de mármol negro, en las que se leen en caracteres de oro los nombres de los soldados que perdieron la vida en la sangrienta jornada del 27 de noviembre.

La capilla de Nuestra Señora de la Esperanza se ha costeado con el producto de suscripciones recogidas por una comisión presidida por M. Houzé de L'Aulnoit, fundador de las cajas de socorros para los heridos del ejército en el Norte, y se levanta en el mismo campo de batalla de Villers-Bretonneux. X.

¿Qué hará de ello?

NOVELA ESCRITA POR SIR EDWARD LYTTON BULWER.

(Continuación. — Véase el número 1,027).

El dolor de la niña no fué visible los dos ó tres primeros días del regreso del anciano. La alegría que experimentaba al volver á ver á su abuelo, el placer de hacerle preguntas, de reconvenirle dulcemente, disipó por el pronto su pena. Waife comprendió á la primera mirada que Sofía estaba muy cambiada; había enflaquecido, sus mejillas estaban muy pálidas. Al principio pensó que sería efecto del sentimiento que le había causado su ausencia, y que en breve se repondría, viéndose ya libre de su ansiedad; pero su esperanza no se realizó; la loquilla y alegre Sofía que había dejado al partir, había desaparecido para siempre. Muchas veces la veía sentada á su lado aparentando hacer labor ó leer, y observaba que sus ojos no estaban en las hojas y que el libro se cerraba bruscamente en sus manos distraídas; después oía suspirar, y aquel suspiro profundo, aunque corto, denotaba una viva

impaciencia interior. Los que han estudiado el dolor del corazón humano no pueden equivocarse en la significación de esos suspiros.

El pobre Waife temía al principio que Sofía hubiera averiguado durante su ausencia la mancha impresa á su nombre, el proceso que había empañado su reputación, la sentencia que le había lanzado de su esfera, ó que la joven, cuya razón se había ido desarrollando insensiblemente, reflexionando en los misterios que rodeaban su vida, en los disfraces á que había tenido que recurrir tan frecuentemente, en el cuidado que tomaba de ocultarse, en el contraste que existía entre su posición social y su educación, en la confesión que tantas veces había hecho él mismo de que contra él existían cargos que le obligaban á ocultarse á todas las miradas, y de los cuales no podía justificarse en la tierra; que la joven, repetimos, reflexionando en todas estas circunstancias desfavorables, se hubiera formado en el secreto de su corazón la convicción de que su abuelo era culpable, ó que adquiriendo un sentimiento más vivo del honor, á medida que se iba haciendo mujer, llegase á creer que la vergüenza de su abuelo debía recaer sobre ella. ¿O acaso habría sabido nuevos pormenores de la conducta criminal de su padre? ¿Habría ido algún emisario de Jasper á explotar su sensibilidad ó sus temores? No, eso no podía ser, porque Jasper podría sospechar que Sofía estaba en casa de lady Montfort, pero no tenía una seguridad, puesto que había preguntado tan formalmente á Waife dónde se encontraba. ¿Había sabido Sofía que era la nieta y la heredera de un hombre rico y célebre, de uno de los primeros personajes de Inglaterra que la rechazaba con desden? ¿Suspiraba por la posición que la correspondía? ¿O sufría el desprecio de un pariente cuyo rango formaba tan fuerte contraste con la vida vagabunda del abuelo que la reconocía?

Waife no podía disipar aquellas dudas que le atormentaban por medio de las preguntas reservadas y delicadas que dirigía á Sofía; pero cuando la preguntaba temblando qué era lo que la hacía sufrir, ella se levantaba, aparentaba alegría, y contestaba:

— Ahora que estás de vuelta nada me atormenta. Después le besaba la frente, jugaba con sir Isaac y procuraba evadirse con disimulo.

Pero el día anterior á este en que presentamos á Waife en su habitación, la había preguntado si durante su ausencia había visitado á lady Montfort alguna otra persona además de Jorge, que la hubiera hablado.

Al oír esta pregunta, las mejillas de Sofía se cubrieron de un vivo rubor, al cual reemplazó en breve una palidez mortal. Al principio respondió no, luego dijo sí, y después de una pausa añadió bajando los ojos:

— El joven gentleman que... el que nos ayudó á comprar á sir Isaac... Ha venido á ver á lady Montfort... Es pariente de uno de sus amigos.

— ¿Quién? ¿el pintor?

— No, el otro, el de los ojos negros.

— ¡Haughton! exclamó Waife con expresión de disgusto.

— Sí, M. Haughton; pero hace mucho tiempo que no viene... mucho tiempo. Creo que no volverá ya.

Al pronunciar estas últimas palabras su voz tembló á pesar suyo, se volvió como para buscar la pipa de su abuelo y se la dió con una sonrisa forzada que conmovió el corazón del anciano, después salió al jardín por la ventana que estaba abierta, y empezó á cantar una de sus antiguas y sencillas canciones favoritas del *Border*; pero antes de que terminara el primer verso interrumpió su canto como una paloma silvestre que lanza precipitadamente su nota y huye bajo la sombra del bosque.

Waife había oído lo necesario para justificar sus profundas alarmas y despertar en su corazón algunos de sus más penosos recuerdos.

El lector, que conoce el perjuicio que el padre de Lionel Haughton había causado á William Losely, y todas las desgracias subsiguientes del pobre Willy, concebirá sin pena que el nombre solo de Haughton hirió sus oídos, y cuando en su corta y amarga entrevista con Darrell le declaró este que Lionel Haughton, aunque su parentesco era lejano, sería para él un heredero más grato que la nieta de un criminal convicto, si la dulce naturaleza de Waife fuera susceptible de un odio momentáneo, hubiera sido para el hijo del hombre que le había despojado de sus modestas economías, del dinero con que acaso hubiera librado á su hijo de cometer un robo, y le hubiera preservado á él mismo de una pena infamante.

El lector comprenderá ya por qué cuando Waife encontró á Sofía en la orilla del río y supo en la posada que su joven compañero era Lionel Haughton se separó de él tan bruscamente y mandó á Sofía con tanto imperio que no volviera á hablar al joven gentleman.

¡Y ahora aquel mismo gentleman ha penetrado en el retiro donde el pobre Waife creía haber dejado en seguridad su querido tesoro! ¡Va á contemplar al volver cómo el hijo de Carlos Haughton corrompe la inocencia y le arrebató el afecto de la joven! ¡El padre arrebató al pobre Waife en su edad madura su independencia! ¿Le privará el hijo en su ancianidad de su único consuelo? Aun suponiendo que Lionel fuese digno de Sofía, y que hubiera concebido por ella un afecto leal; no debía ser su afecto inútil, fatal?

Si Darrell había adoptado en realidad á Lionel, Waife conocía demasiado el corazón humano para creer que Darrell daría su consentimiento á Lionel para que

tomara por esposa á aquella cuyo origen había negado con tanta obstinación.

El anciano estaba sumido en estas reflexiones cuando lady Montfort (pocos minutos después de interrumpir su canto y desaparecer) entró para devolverle la visita, y en su impaciencia la dirigió de una vez todas esas preguntas:

— ¿Cuándo se presentó por la primera vez M. Haughton? ¿Había visto muy á menudo á Sofía? ¿Qué había pasado entre ellos? ¿Lady Montfort no veía lo que pasaba en el corazón de la pobre joven?

Pero de pronto se detuvo al ver en el semblante de lady Montfort un dolor más profundo aun que el de Sofía, á pesar de su palidez y de sus suspiros. En la fisonomía de aquella mujer se notaba un cambio completo; pero Waife, absorto en los pensamientos que le inspiraba la suerte de Sofía, apenas reparó en ella hasta el momento en que la miró queriendo leer en el rostro de lady Montfort los secretos concernientes á la dicha de su niña querida.

La profunda tristeza que experimentaba no había alterado la suave belleza de Carolina; pero había dado á su belleza una expresión indefinible. Parecía que había perdido para siempre la esperanza en la tierra. Waife no quiso pasar adelante en aquellas preguntas hechas en el tono de la reconvencción, y murmuró involuntariamente la palabra «perdon.»

Entonces Carolina Montfort le confió todos los proyectos que en su ternura había concebido para la felicidad de su nieta. Considerando la nobleza y el desinterés de Lionel, había creído ver en él al agente providencial destinado á elevar á Sofía á la posición que Waife había deseado para ella.

Lionel partiría con Sofía la herencia de que en otro caso podía haberla despojado, y su unión colmaría de alegría y de orgullo al solitario que favorecía en la actualidad al uno para excluir á la otra.

Lady Montfort no había olvidado en sus planes al pobre ausente. Cuando Darrell hubiera consentido en reconocer las virtudes y no negar el origen de Sofía, comprendería, él que no perdonaba nunca la traición, la inmensa gratitud que merecía el hombre que había rodeado de atenciones á la joven, que la había educado, y si aquel hombre podía probar su inocencia, en la que Jorge siempre había creído y no sin razón, como acababa de probarse, Guy Darrell lavaría la mancha impresa en el honor de William Losely, podría aceptar de él una amistad y unos beneficios á los cuales tenía indisputable derecho.

Tal era el cuadro risueño que Carolina Montfort había creado en su imaginación. Pero ¡ay! su esperanza no se había realizado. Ella era la única culpable. En lugar de asegurar el porvenir de Sofía había comprometido su dicha; los jóvenes que había querido unir estaban irrevocablemente separados.

Lady Montfort se acusaba amargamente á sí misma. Refirió en breves términos su visita á Darrell y el mal éxito que había tenido; las cartas que habían mediado entre ella y Lionel, en las cuales había convenido el joven en no buscar á Sofía para darla un adiós. Aun no había dirigido á la joven una declaración en regla; no se habían aun jurado eterno amor; sería de su parte una crueldad imperdonable ir á verla para decirle:

— Os amo; pero debemos separarnos para siempre. ¿Y cómo confesar sin humillarla la verdadera causa de aquella separación? Lo único que consolaba á lady Montfort era el pensamiento de que Sofía era muy joven aun y podría olvidarle, pues no debía volver á ver en mucho tiempo al que la había inspirado aquel afecto; porque Lionel pretendía en aquel momento mudar de regimiento y entrar en un servicio activo.

— En cuanto á mí, añadió lady Montfort, yo no me volveré á casar. Yo haré que se sepa que miro á Sofía como mi hija adoptiva. Si no vivo lo suficiente para economizar lo necesario para atender á sus necesidades, he dado orden á mi agente de negocios para que de mi renta, que es triple de lo que yo necesito, asegure mi vida en favor de Sofía, y el producto de este seguro será considerable. Mas de un pretendiente, tan agradable como Lionel y más libre que él de escrúpulos que encadenen su elección, podrá enorgullecerse de caer á las plantas de una joven tan encantadora. El rango que ocupó no me ha proporcionado hasta ahora ninguna alegría; pero ahora podrá servirme para elevar en el mundo á la hija de Matilde...

Lady Montfort suspiró. Waife escuchó con respetuoso silencio, sintiéndose por un momento libre de un gran peso. En su interior se conceptuaba dichoso al ver á Lionel Haughton separado de una manera permanente de Sofía. Sobre la tierra no había un hombre en buena posición social y buena reputación á quien hubiera concedido la mano de Sofía con tanto dolor como al hijo de Carlos Haughton.

¡Pobres jóvenes amantes! ¡Todo parecía conspirar contra ellos! ¡Era aun poco que Guy Darrell se mostrara tan obstinado! ¡Era preciso además que el dulce William Losely se opusiera también á su felicidad!

Pero cuando el buen anciano observó aquella noche con más atención á su nieta, le asaltaron crueles presentimientos; comprendió que en el interior de la joven aun destilaba sangre la herida de su corazón.

¡Ay! Arabela Crane había tenido el don de la profecía, cuando al ver en el teatro de M. Rugge á la pobre niña lánguida, pero tranquila y resuelta la dijo:

«— ¡Cómo amarás algún día!»

Waife pasó toda la noche en vela, pensando en to-